

la cuadrilla de Juan Leon; pero su carácter y sus alentadas aspiraciones no le consentían sobrellevar el pesado yugo de la dependencia en aquel tiempo, y prefirió probar fortuna de su cuenta con mayor azar á la expectativa de ascender por el patrocinio de un diestro interesado en su favor. Abandonada la especialidad de banderillero, en que tanto llegó á sobresalir, Manuel se incorporó á Luis Rodriguez, yendo con él á Utrera, Jabugo y el Ronquillo y á Badajoz, Llerena Zafra, el Castaño y Fuente del Maestro; organizando cuadrilla de jóvenes, con la cual hizo ajuste en plazas de orden subalterno, creándose cierta nombradía que auguraba felices progresos al novel espada. En 1835 lidió de medio-espada con Juan Leon, y de resultas de un choque entre el genio dominante del maestro de Cúcharos y la nativa independencia de nuestro héroe, juró el primero al segundo una hostilidad bastante peligrosa, procediendo de un hombre que era entonces la primera figura de la profesion torera. El disgusto de aquel suceso influyó poderosamente en que Dominguez aceptara en 1836 un contrato de siete meses y para veintiocho corridas en Montevideo, firmando en Cádiz la escritura con los empresarios americanos.

La fragata *Eolo* transportó á los antiguos dominios de España en el mundo nuevo del piloto genovés al joven diestro, natural de Gelves, con los picadores Luis Luque y Carlos Puerto, y los peones Torrecillas, Botija y Carnero; llegando en cuarenta y siete dias de navegacion á Montevideo, donde fueron admirablemente recibidos los lidiadores por todas las clases de aquella sociedad, gustando infinito en las primeras funciones que se celebraron con extraordinario concurso. A los cuatro meses de residencia en el pais, y trabajadas quince corridas de las veintiocho del contrato, la guerra civil por la presidencia de la turbulenta república, disputada por Rivera y Oribe, arrastró en el armamento forzoso de los naturales á los españoles, que allí carecian de proteccion consular, y Dominguez tuvo que tomar parte activa en la campaña, que terminó por invasion del general Rosas, presidente de la república Argentina, en auxilio de Oribe y en destruccion de la preponderancia de su contendiente. En 1840 se dipusieron en la capital del imperio del Brasil espléndidos festejos por la coronacion de Don Pedro II, y Manuel pasó á Rio Janeiro con una cuadrilla hispano-americana, dando cuatro lucidos espectáculos en dicha córte, con aplauso del público y obsequios galantes de la familia imperial. Habiendo conocido en Montevideo al dictador Rosas, creyó posible Manuel conseguir del tirano de Buenos-Aires el permiso de construir en aquella capital una plaza de toros, y con tal objeto se embarcó para dicho punto en las proximidades del equinoccio, sufriendo el rigor de bravíos temporales en la travesía y el desengaño de sus esperanzas al arribo á la metrópoli de la república Argentina. Rosas era el Mario de aquel pueblo sin ventura, donde la proscripcion mantenía su amenaza sangrienta sobre disimulados desafectos, mientras que la confiscacion pesaba sobre el patrimonio de los enemigos, inmolados, prófugos y fugitivos de su infeliz patria. Apoyándose en la plebe para contrarestar las antipatías de las demás clases, el déspota había formado la *mazorca negra*, autorizando crímenes y tropelías á la hez del pais y de los extranjeros, y yá se concibe que en sociedad tan monstruosa mal pueden recibir impulso las artes, las industrias y los ejercicios, que florecen al abrigo de la paz y necesitan afiliarse á la prosperidad de los pueblos, para recoger el fruto de sus solaces y de su abundancia de recursos. Dominguez se encontró en aquel pais sin proteccion ni medios de subsistencia, extraños á las costumbres, expuesto entre la gente más

záfia y criminal de América, y con la antipatía que allí escitan los *gachupines*, antiguos dueños del territorio. Avezado á fiar en sus propias fuerzas y haciendo frente á todo género de obstáculos, Manuel aprendió á montar, echar el lazo y acosar reses como los *guajiros* y forzado por la necesidad en un pueblo semi-salvaje, sostuvo peleas con los perdonavidas de aquella tierra hasta merecer la denominacion de señor Manuel (el *Bravo*), que si constituia para unos título de respeto era para otros un motivo de jactanciosa provocacion. El predilecto discípulo de Pedro Romero, en tanto que sus compañeros de escuela tauromáquica obtenian fama y fortuna en los cosos españoles, servia de mayoral de negrada en vastos ingenios, teniendo que regir cuadrillas de siervos africanos, no tan sumisos que dejen de conspirar contra el hombre que los manda y que los castiga; entraba de capataz en los saladeros de la Francesa, Seis valientes y Cambaceri, habiendo de regir con su imperiosa voluntad á centenares de insurgentes y desalmados subalternos, que no reconocian más fuero que el de la fuerza moral y física: aceptaba el mando de una partida rural contra los indios, persiguiéndolos hasta en sus guaridas de Chapaleofú y en las asperezas de Sierra-Ventana, y yá con algunos fondos, y harto de correrías, y de temeridades que parecian retos á la muerte, se establecia en la capital, interesándose en el acarreo del muelle con sus carros y en tráficos y especulaciones, que habrian producido un caudal en otro pais, menos aflijido por guerras intestinas y cuantas plagas esterilizan el trabajo en las sociedades, condenadas al cruel castigo de un anárquico desorden. Diez y siete años bastaron á cansar la paciencia de Manuel y en 1852, á la caida del dictador Rosas, se embarcó en la fragata *Amalia*, llegando al puerto de Cádiz el treinta de Mayo, á los cuarenta y dos dias de su salida de Montevideo.

Siempre, y en medio de los azares de su existencia en la América española, Dominguez habia soñado en realizar los proyectos que le condujeron á la escuela de tauromaquia en 1830 y que vino á dificultar en 1835 la violenta enemistad de Juan Leon, y al pisar el suelo pátrio con escasos haberes y quebrantado por tantas y rudas fatigas en Montevideo y Buenos-Aires, ocupaba su imaginacion el pensamiento de reanudar en los palenques taurinos la interrumpida historia de las faenas, en que á los veinte años habia logrado conquistarse una nombradía pródiga en augurios felices. No podia ocultarse á Manuel la desmejora que sus facultades habian experimentado en virtud de ejercicios tan opuestos entre sí como los ecuestres en ingenios y saladeros y los sedentarios de muelles y aduanas; pero la escuela reposada de Ronda requería menor movimiento que la bulliciosa de Sevilla, y á las contínuas intimaciones de Pedro Romero de —«*pára los piés, muchacho,*»—el alumno habia aprendido á sortear de cerca, viendo llegar á los hichos, dándoles salida con holgura y aplomo, y reservando las piernas para los recursos extremos. Visitó á Cúchares en su huerta de Villalon y á instancias de ciertos amigos de ambos; pero Curro tuvo la mala ocurrencia de recibirlo friamente, y como no sabia disimular sus impresiones y estaba acostumbrado además á decir lo que pensaba sin atenuaciones ni miramientos, le aconsejó que *toreara por los pueblos*, hiriendo así el amor propio de un hombre de los bríos y de la perseverancia de Dominguez. Entonces comprendió Manuel lo que podia prometerse de sus antiguos conocidos por la conducta irregular del que pasaba por la primera figura del toreo, y resolvió comenzar período nuevo en el arte, sin relacion con sus antecedentes ni consideraciones á lo

pasado; renunciando hasta á su fuero de antigüedad á trueque de habérselas uno por uno con todos los diestros altos y bajos de la península, ganando terreno al exclusivo impulso de sus obras y sin pretender ni aceptar patrocinio de ninguna persona influyente, ni cooperacion de matador alguno de entre los de primera línea en la escala. La altiva resolucion de nuestro hombre llegó al grado de rehusar en su cuadrilla á esos peones, acreditados por la eficacia de su ayuda en la brega á fin de que no pudiera decirse de él que traia gente que le servia de mucho; bastando más de una vez que un banderillero extraño le dirijiese la voz comun de —*Ahora*—para que hiciera correr el toro y le buscara en otra suerte, quizás menos propicia, con tal de no parecer que seguia la indicacion de un subalterno.

Los que en el otoño de 1852 le vieron lidiar en Sevilla, asociado al espada Conde, extrañaron aquel tipo de la antigua escuela de Ronda, que carecia de representantes en nuestra época, y le encontraron admirable en cuanto á valor y destreza, pero frio en cotejo con la movilidad de los nuevos lidiadores y algo seco en el trasteo de las reses, al estilo de los Romeros. Verdad es que durante la ausencia de Dominguez se habia modificado el toreo á la influencia poderosa de Paquilo, Leon, Cúchares y Redondo, y que el recién llegado de América desconocia las nuevas fases del ejercicio, tras de carecer de esa soltura en las suertes que solo mantiene la práctica; pero en 1853 parecia otro el nuevo espada, apenas pudo apreciar en sus cólegas las evoluciones del arte en el transcurso de diez y siete años, y tan pronto como estudió en los públicos el gusto por la escuela de José Redondo, el más igual en irse á los toros y traérselos que ha existido despues de la castástrofe del malogrado Curro Guillen. En el brillante período de la reaparicion de nuestro hombre en los circos hispanos hasta la tragedia inolvidable del primero de Junio de 1857 en el coso del Puerto de Santa Maria, Manuel midió ventajosamente sus fuerzas con casi todos los matadores de nuestro pais, Arjona Guillen, Manolo Arjona, Juan Lucas Blanco, Julian Casas, Cayetano Sanz, Antonio Sanchez, Manuel Diaz Labi, Antonio Luque, José Manzano (*Nili*), los Carmonas (José y Manuel), José Rodriguez (*Pepete*), Antonio Conde, Manuel Trigo, y otros de provincia y menos señalados en la profesion; prestando á una aficion que iba decayendo la vitalidad más robusta; conteniendo con su táctica los manejos y arbitrios de un toreo, falsificador de las clásicas condiciones de esta lid; atrayendo la predileccion de los aficionados hácia la verdad de la lucha entre la industria del hombre y los instintos de la fiera astada en su estado salvaje; llevando á Madrid y Aranjuez los recuerdos ilustres de los insignes Romeros de Ronda; singularizando en Portugal la lidia de pausa y garbo, como singularizó Trigo en el circo de Santa Ana la de agilidad y jugueteos; mostrando en Bayona su bravura y gentileza ante las Magestades, dignatarios y alta servidumbre del imperio francés; enlazando reses bravías en la dehesa de Tablada, á ruego de SS. AA. los señores Duques de Montpensier, y en obsequio al rey viudo de Lusitania, D. Fernando de Coburgo; adquiriendo inmensa fama de animoso hasta la heroicidad y de sufrido hasta la indiferencia estóica, y elevando los públicos hasta la apoteosis sus testimonios de admiracion á un hombre tan singular.

En el período que parte de la horrible desgracia de 1857 en el Puerto de Santa Maria, con la pérdida del ojo derecho, y que comprende hasta 1864, Manuel Dominguez ofrece al estudio de los entendidos y curiosos en materia de lides taurinas un objeto de consideraciones particulares y dignas de quedar sentadas en

esta obra para lección de los venideros. Un hombre de innegable competencia en el toreo y de autoridad irrecusable en la materia, José Antonio Calderón (el *tuerto Capa*), al saber que á los cincuenta y tres días del tremendo lance del Puerto lidió Manuel en Málaga una corrida de Concha Sierra, con tanta felicidad como en sus días mejores, manifestó su asombro, confesando francamente que cuando él perdiera el ojo izquierdo anduvo dos años sin concierto ni tino, y siempre tropezado, por equivocarse en los bultos y medidas del terreno en las lidias. Las hazañas más relevantes de Domínguez datan de aquel percance funesto que muchos creían causa más que suficiente de su retirada de nuestros circos; pero hasta 1860 sostuvo aquel hombre un combate desesperado con la disminución de sus calidades ventajosas para la lucha, con los combinados esfuerzos de competidores engreídos por la probabilidad de superarle al fin, y con las infinitas molestias y repetidos siniestros que hubieron de sobrevenir en una vida, salvada casi por milagro de entre las garras de la muerte. Ya tuerto y con los achaques de un vicio humoral, apoderado de las articulaciones de las piernas, hemos visto á Manuel trazar con la espada el pequeño círculo, en que esperó impávido á uno de esos toros de quienes decía Juan León que eran *la ira de Dios en un pellejo*; le aplaudimos al mirarle asombrados recibir á un bicho dándole las tablas y cubriéndole la querencia con alentada resolución; le contemplamos en 1858, y después de tres corridas en que parecía anonadado bajo el peso de la fatalidad, resistiendo á la altiva preponderancia de Antonio Sánchez (el *Tato*) en toda la potencia de la edad y de su toreo, y resucitando aquel entusiasmo indescriptible que desde la muerte de José Redondo solo Domínguez supo escitar en el público, interesando en su explosión á los espectadores más inertes. En estas alternativas de decaimiento y de arranques bizarros menudeaban las cojidas, los puntazos y las lesiones; acreditándose con testimonios de una deplorable frecuencia la entereza de ánimo del ilustre torero y su incomparable resistencia á las curas más dolorosas que puede sufrir criatura humana. Hasta en los lidiadores más dotados de enérgico temple se nota el fenómeno de acortarse sus ímpetus después de un encuentro aciago con las fieras, que es lo que llaman los aficionados *sentirse á los golpes*; pero en Manuel padecen caso de excepción las reglas comunes y los usos corrientes, y apenas restablecido de una herida ó todavía no cicatrizada la última, se ostentaba más guapo y audaz con los toros, como si tratase de vindicar el agravio de su fuero y la ofensa de su persona. En las ocasiones señaladas y en las fiestas que no consienten más espacio que días precisos Domínguez ha sabido como pocos de su arte combinar con raro acierto las oportunidades de lucir su toreo particular, dejando para las funciones por temporadas esa especie de retraimiento que limita el trabajo de los gefes de cuadrillas á cumplir su cometido, sin excederse de ese encargo con los medios y arbitrios que se emplean cuando se aspira á producir sensaciones extraordinarias. En las corridas de otoño en Córdoba, Sevilla y Cádiz en 1862, y con motivo del viaje de la corte á las provincias andaluzas, nuestro héroe selló su renombre con proezas inolvidables en los tres circos; recibiendo de las Reales personas regalos de tanto gusto como valor, y en los festejos en pró de la beneficencia domiciliaria, y en Valencia, Zaragoza, Pamplona, Bilbao, Vitoria y Valladolid, y en las pugnas con cuantos matadores han tratado de suscitarle contienda en la arena del palenque, Manuel dejó materia inagotable á esos recuerdos que el historiador recoge para con-



JOSÉ RODRIGUEZ (PEPETE)

densarlos en las páginas de un estudio biográfico como el presente. En 1865 tuvo necesidad de recurrir á los baños medicinales de Chiclana, no admitiendo ya dilaciones la cura radical de los edemas que le entorpecian los movimientos de las extremidades inferiores, y en 1866 se empeñó en torear, no obstante las dificultades evidentes de su situacion y la conveniencia del reposo que tenia preceptuado por los facultativos, arrojando en pena de su obstinacion indisculpable ciertos abusos de mando de una presidencia inconsiderada, que hirieron tanto su amor propio como el buen sentido del público. En 1869 y en dos corridas con José Lara (*Chicorro*) ha merecido una ovacion al pueblo sevillano; pero sus numerosos amigos, despues de esta última y satisfactoria campaña, le aconsejan renunciar á nuevos compromisos en el coso, donde pudiera perder un dia el fruto de tantas glorias y de tantos afanes.

XXXII.

JOSÉ RODRIGUEZ (*Pepete*).—Maestra de la vida llama Ciceron á la historia, y no fuera si tal ciñéndose á dar cuenta de los sucesos, no dedujera de ellos oportunamente la enseñanza que proporcionan á la humanidad las lecciones de lo pasado, para servir de reglas á lo presente y de útiles datos á lo futuro. Lo mismo en la historia de los pueblos que en la última reseña biográfica hay una síntesis suprema que reúne todos los hechos en una consecuencia moral; porque en la lógica del poder providente que preside á los destinos del universo nada hay sin razon de ser y sin resultados positivos, y esta razon y estos resultados se resuelven por necesidad en una conclusion definitiva, que es precisamente la que produce esa provechosa instruccion á que se refiere el egregio Marco Tulio. Estos Anales no pueden sustraerse á las condiciones históricas, por más que se reduzcan á la especialidad de la lidia de reses bravas en nuestro pais, y yá en otros relatos precedentes quedan expuestas las reflexiones que se derivan de la narracion de los acontecimientos, ilustrando con la sancion de la esperiencia principios útiles y avisos saludables. La biografía de José Rodriguez, por otro estilo que la de Juan Lucas Blanco, desengaña con la elocuencia de un terrible ejemplo á esos hombres que en la ceguedad de su preocupacion desdeñan aprender lo que les importa, jactándose de suplir la inteligencia con el temerario arrojo; hombres que apoyándose en la sentencia famosa de Horacio de que á los audaces favorece la fortuna, abusan de este veleidoso favor hasta el crítico momento en que esa fortuna, que Carlos Quinto solia llamar caprichosa cortesana, los abandona ante el peligro; entregándolos sin defensa á sus crueles trances y á los tardíos recuerdos de aquellas tácticas prudentes que menospreciaron cuando ellas salvan ciertas dificultades que no se superan con el valor más heróico.

Nació José Dámaso Rodriguez y Rodriguez en la ciudad de Córdoba, en once de Diciembre de 1824, hijo de José, conocido por *Pepete*, y de Maria del Rosario; habiendo recibido el agua regeneradora del bautismo en la iglesia parroquial de Santa Marina de Aguas-santas, segun la hoja publicada en la coronada villa con no-

ticias de su trágico fin en aquella plaza y un relato de su vida y hechos bastante curioso, aunque tratado con lacónica brevedad. Los padres de Rodríguez tenían holgada posición y dieron á su hijo una educación regular, dedicándole después al tráfico de abastos para los mercados públicos, especialmente de carnes de matadero y perneo, en cuya industria había logrado reunir algún capital *Pepete* (padre) hombre de buena fama y de relaciones extensas en Córdoba y su dilatada provincia. Sustituyendo á su padre en las fatigosas excursiones de la marchantería de ganados, vacuno lanar y de cerda, y familiarizándose en el trato con la gente del campo de la Merced, adquirió nuestro héroe la afición de torear, animándole á este arriesgado ejercicio el gran desarrollo de sus fuerzas, la ruda energía de su indómito carácter y el estímulo de los consejos y advertencias de los principales lidiadores cordobeses, amigos suyos y camaradas en cacerías, riñas de gallos y otras ruidosas diversiones. Casado en Diciembre de 1844 con Rafaela Bejarano, pariente de toreros de nombradía en Córdoba, *Pepete* creyó preferible á continuar el rumbo que le trazara la profesión paterna dedicarse á peon de lidia de reses bravas; adelantando más por este camino que por una especulación ya decaída y entregada á personas tales que habían hecho menguar considerablemente sus productos. Los toreros de nota como *Gonzalez (Panchon)*, *Rodríguez (Meloja)* y *Sanchez (Poleo)*, no habían enseñado á *Pepete* más que la generalidades de la tauromaquia que sirven de regla á los que sortean los toros por gusto y pasatiempo, sin iniciarle en esas particularidades de la lucha que arreglan el proceder de los toreadores de oficio en la multitud de casos prácticos que vienen á poner á prueba el saber, la serenidad y las facultades de cada uno en súbitos y aventurados trances. Al decidirse Rodríguez por la carrera de lidiador contaba pues con una dosis extraordinaria de ardimiento, con unas disposiciones físicas admirables, con la protección del espada *Antonio Luque (el Camará)* y la estimación de sus paisanos que aplaudían la resolución que adoptara; pero sin conocimientos que protegiesen su existencia en los apuros de una lid tan ocasionada á funestos incidentes.

En el toreo, como en todas las artes y ejercicios de espectáculo, hay condiciones que todos llenan, circunstancias que algunos reúnen y cualidades que entre muchos distinguen á pocos; siendo aun menos los que sobresalen por la generalidad de sus conocimientos ó la singularidad de sus dotes, y contados los que disfrutan el privilegio de hacer lo que todos como no lo realiza ninguno, ya por el concurso venturoso de sus disposiciones y de una enseñanza cuidadosa y fecunda, ya por ese mérito del realce que valió la escelencia de su crédito á *Hillo, Guillen y Montes*. Rodríguez como banderillero fué guapo, listo y largo en la postura de rehiletos; pero sin afinar la suerte ni en los envites, ni en los arranques, ni en el encuentro con los toros, ni en la salida de la cabeza, y ya en la categoría de espada, escogiendo los bichos para lucirse con ellos, y preparados por sus parientes *Caniqui y Lagartijo*, le veíamos clavar muchos pares, entrando y saliendo con presteza por un lado y por otro del testuz, sabiendo aprovechar todos los elementos favorables; pero ningún accidente particular y fuera de lo común demostraba en él, como en *Redondo, Trigo y Antonio Carmona*, al banderillero de primera línea elevado al rango de matador. Hay banderilleros que sin descollar en las cuadrillas cuando salen por parejas á poner los palos sirven más que otros para correr y parar las fieras, sacarlas de querencias y abrigos, volverlas para comodidad de los diestros,

despegarlas cuando se ciñen demasiado en los pases, traerlas cuando se escupen del engaño, embeberlas al capote para hacerlas entrar en el terreno del espada, fijarles la atención para dar hueco á la acometida si son recelosas ó están muy enteras en el último tercio de la lid, y finalmente, lo que se conoce por brega en este ejercicio. Pepete nunca pudo alcanzar el tipo de peon de brega que tanto contribuyó á los ascensos de Antonio Ruiz, Luis Rodriguez y Juan Yust, porque siendo más bravo que entendido y haciendo consistir el toreo en el arrojo más que en las tácticas cautelosas, no se había acostumbrado á discurrir sobre sus observaciones para crearse método conforme á los principios de su experiencia, y cuando alguna vez pretendía auxiliar á un compañero en casos de compromiso acontecia lo que sucedió en Sevilla con Dominguez en 1860, que le volvió el toro por el lado contrario, exponiéndolo á una cojida contra las tablas si no llega á ampararse del burladero.

En 1847 le dió la alternativa de espada Antonio Luque, y en once y trece de Junio de 1848 lidió en Córdoba con el Camará y Julian Casas (el Salamanquino) toros de Guadalcazar, Muñoz y Escobedo, aplaudido fuera de todo encarecimiento por un público, cuyas clases todas conocian y estimaban á Rodriguez como partícipe en cuantos ejercicios y recreos se comparten la afición de los hombres de un país, desde la montería hasta las riñas de gallos. Pepete se interesó en algunas funciones como empresario á la vez que matador, y hasta 1850 hizo pocas excursiones fuera de las provincias de Córdoba, Granada, Jaen y Ciudad-Real; teniendo que separarse de Luque, convencido de que semejante union le impedia contratarse en muchas plazas, donde deseaban verlo en tanda con otros, más acreditados ó simpáticos que el Camará. Entonces organizó cuadrilla con Martinez (*Riñones*) y Alvarez (*Onofre*), picadores cordobeses, sacando como peones á Rodriguez (*Caniqui*) Fuentes (*Bocanegra*) y Bejarano; yendo á Cartagena, Alicante, Albacete, Bilbao y Cáceres, sin desmerecer de los diestros con quienes tuvo que alternar en dichos cosas, ya conocidos y apreciados por sus hechos anteriores en aquellos puntos. En 1853 era ya Rodriguez uno de los diestros de segunda línea más aventajados en su profesion, y en 1854 en Málaga lidió con Manuel Trigo, siendo medio-espada Manuel Perez, las corridas de once y trece de Junio, jugándose bichos de Picavea de Lesaca y Taviel de Andrade, y mereciendo que le regalaran dos toros á petición del público, prendado de su gallardo desplante y de su denuedo en los lances decisivos de ambas jornadas. En 1857 se le reconocia ya por las empresas de España y por los diestros de mayor auge como primer espada en fuero de ejercicio, aunque apareciese inferior á otros en orden de antigüedad, y entre sus mejores trabajos en aquella temporada taurina pueden contarse las lidias de primero, dos, cinco y seis de Junio en Cartagena y Murcia, llevando de segundo á Antonio Sanchez (*Tato*), toreando bichos de la ganadería del Marqués del Saltillo, y favoreciéndole los espectadores en una y otra plaza con señales marcadísimas de su agrado, manifestadas también en la prensa periódica por correspondencias, en que menudamente se describian los rasgos de valentía y de audacia del diestro cordobés en ambos palenques.

En 1858 puede fijarse la época del apojeo de José Rodriguez, datando de ese año sus contrataciones al nivel de los matadores de primera línea, y el afán de los públicos por verlo en competencia con los diestros más reputados por su habilidad ó su valor, y en el Puerto de Santa María en veinticinco de Mayo toreó con Do-

minguez y Manuel Carmona una corrida de Romero Balmaseda y otra de Castri-llon en doce de Setiembre, con Juan Lúcas Blanco y Juan Jimenez; ganándose las simpatías de la concurrencia por esa fé en su pujanza, por esa despreocupacion en sus faenas y ese atrevimiento de intentarlo todo sin curarse de los peligros de su audacia, que caracterizaron antes de él á Gaspar Romero, á Manuel Lúcas Blanco y á su malaventurado hijo. En 1859 creció su fama, á juzgar por las proposiciones de ajustes que le fueron dirigidas por las empresas de circos principales, ya con su cuadrilla ó bien para trabajar en union de los espadas en boga; tocándole la alternativa con Dominguez en Granada y Antequera, en veinticuatro de Junio y veintiuno de Agosto, y extendiendo sus expediciones á provincias que no habia visitado ni como banderillero y que reclamaron su presencia, escitadas por la reputacion del paisano de Gonzalez y Guzman. En 1860, y contando en Sevilla con amigos y apasionados lidió en alternativa con Manuel Dominguez, promoviendo con sus esfuerzos y sus expuestas maniobras unas parcialidades desatentadas, que llevaron á la prensa cuestiones desagradables, ventiladas en hojas sueltas de ingrata recordacion. En el Puerto de Santa María con los Carmonas, José y Manuel, y con Dominguez, en los dias veinticuatro y veinticinco de Junio, jugándose toros de Romero Balmaseda y de Barrero, estuvo bravo y resuelto hasta donde no cabe más, y en Córdoba, en las tardes del quince y veintiseis de Agosto, con Dominguez y Fuentes y con Luque y Ponce, lidiando bichos de Barbero y de la señora de Angulo en Villarubia, elevó su crédito de intrepidez y aplomo imperturbable á un grado inconcebible para quien no presenciara ambas corridas, siendo testigo del entusiasmo con que le aclamaban los cordobeses como al representante de sus glorias tauromáquicas.

En 1861 habia llegado Pepete á consentirse tanto en su toreo de poder á poder, como decia gráficamente Juan Leon, que tuvo algunos graves aprietos, recibiendo contusiones y puntazos, no tanto en la muerte de los brutos, como en la manía de bregar en quites, capeos, quiebros y juguetes, cual lo ejecutaban con buen arte Cúchares, Sauz y el Tato, hábiles para estos floreos y duchos en las oportunidades de hacerlos con las fieras, en sazon de lucirse con notorias ventajas. En el Puerto de Santa Maria, en veintitres de Junio, con Mariano Anton, y en quince de Agosto, con Dominguez y Fuentes (*Bocanegra*), siendo ambas corridas de Romero Balmaseda, pasó de valiente á temerario; viéndosele con pena arrostrar terribles y voluntarios riesgos, empeñado en trazar una línea que nadie osara pisar al lado suyo, á menos que no aceptara un duelo á muerte en una pugna feroz é insensata. En 1862 fué contratado por la empresa de Madrid para primera temporada con Cayetano Sanz y Pablo Herraiz de sobresaliente, siendo los picadores Calderon (Antonio), Cortés, Arce, Bruno, Osuna y Alvarez y banderilleros Domingo, Torres, Yust, Garrido y Caniqui; debiendo romper el campo en la tarde del Domingo, veinte de Abril, con tres toros de Salido y tres de Miura. El segundo toro, llamado en la ganadería de Miura *Tocinero*, berrendo ensabanado, seco, duro y de recarga acudió al envite de Calderon con tanta furia y presteza que suspendiendo al caballo y derribándole con las ansias de la agonía, dejó en descubierto al ginete, á corta distancia del animal, cebado en el destrozo de su víctima. José Rodriguez, que hablaba con los del tendido número trece, apercibiéndose de la situacion extrema del picador, y avezado á seguir sus primeros impulsos, entró al quite por



ANTONIO SANCHEZ, TATO.

la salida del toro cabalmente; encontrándose con él, y siendo inútil el capote; pues *Tocinero* le recojió con el asta derecha por el muslo izquierdo, y punteándolo con el asta izquierda sobre una costilla, lo levantó para darle otra cornada mortal, partiéndole el corazón y despidiéndolo de la cabeza. El desgraciado Pepete se levantó con algun trabajo (segun el *Boletín de loterías y toros*) llevándose la mano al rostro como para limpiarse el sudor ó quitarse la arena, pero á los diez pasos, y cerca de la puerta de Alguaciles, cayó exánime, arrojando bocanadas de sangre y causándose una herida en la frente contra los tableros. Esta catástrofe produjo honda impresion en Madrid, comunicada á toda la península por periódicos y particulares correspondencias, vendiéndose millares de retratos fotográficos del bizarro espada cordobés y de la tremenda cabeza de *Tocinero*.

XXXIII.

ANTONIO SANCHEZ (*El Tato*).—Pocas obras conciliarán como la presente el desempeño de su cargo con el gusto de los autores, así en el pensamiento de la publicacion, como en el laborioso y prolijo arreglo de sus materiales, y en la explicacion correspondiente de un asunto de vivo interés para los aficionados á nuestro festejo nacional y curioso por sus detalles para los que deseen conocer los puntos de una cuestion antes de tomar partido en la polémica, suscitada en dias recientes, y con motivo de las corridas de toros. Sin embargo, como no hay goce cumplido en esta peregrinacion por el valle de lágrimas, acibaran de vez en cuando mi complacencia en escribir estos Anales yá una lúgubre memoria, yá el recuerdo melancólico de un amigo malogrado, yá la triste necesidad de referir accidentes imprevistos en el curso de una existencia gloriosa. Si lastimaron mi alma las amargas reminiscencias de Juan Lucas Blanco y de Manuel Trigo, si promoviera una expansion de mi acerbo pesar el traer á cuento en la galeria biográfica á mi infortunado cólega en esta empresa, Francisco Arjona Guillen (*Cúchares*), comprenda el lector el sentimiento que moverá mi pluma al haber de terminar con la narracion del cruel fracaso del siete de Junio de 1869 en el coso de Madrid la reseña respectiva al jóven y famoso diestro Antonio Sanchez, que hace un año, en la plenitud de su poderío y en la flor de la edad, me diera tan satisfecho como obsequioso, tantos útiles antecedentes de su carrera, que parecia dilatarse en un horizonte más sereno y más vasto del que le reservaban los decretos del destino. Expuestos muchos datos con relacion á este personage en el capítulo XLIV de la Parte primera de este libro, trazaremos en panorama su figura en las épocas de su toreo, siguiendo el método que nos ahorrara de molestas repeticiones en el estudio biográfico de Manuel Dominguez.

Inteligentes reconocidos por tales, aficionados de indudable competencia y hasta lidiadores de acreditado saber teórico y práctico, opinan que sin dominar todas las faenas del peon de cuadrilla no cabe distinguirse en el rango de los diestros; citando en abono de este dictámen á Hillo, á Guillen, á Ruiz, á Leon, á Yust y á Redondo, y sosteniendo que solo por este escalafon se llega legítimamente á la

categoría de espada, ocupando la primera línea en el ejercicio. En contra de este parecer, de que me consta que no participaban Leon, Montes ni Yust, pudiéramos alegar dos razones muy determinativas en sus palmarios ejemplos: la reputacion de matadores como Paquilo, Gonzalez, los Blancos y Cúchares, que nunca fueron banderilleros sobresalientes, y el inútil afan de inmejorables peones, como Nuñez (*Sentimientos*), Santos, Calderon (*Capa*) y Baro, por elevarse á la esfera superior en su especialidad, nivelándose con quienes creian de ménos recursos y elementos en el palenque. Antonio Sanchez allega una comprobacion respetable á mi sentir en este punto, y no se alegue en contradiccion obcecada á este nuevo tipo la desgracia en el circo de Madrid, como consecuencia de no proceder de la clase de banderilleros de nota, pues que Hillo y Guillen fueron víctimas de mayores catástrofes, y no todos los siniestros provienen de ignorancias y lijerezas como los de Juan Lúcas Blanco y José Rodriguez (*Pepete*). El Tato no prometia gran cosa cuando ya Curro, su maestro y protector, habia adivinado en el puntillero al espada valiente y simpático que se proponia educar, ocultándole el destino que le deparaba, y no insistiendo en que aprendiese lo que le faltaba para alternar con sus compañeros en la briega y en las lucidas y airosas suertes de banderillas. «*Correr y parar son opuestos, (decia Juan Leon) y quien corre bien pára mal, y quien pára demasiado no corre cuando es preciso.*»—Cúchares, que sabia el trabajo que costó á Juan Yust sujetarse hasta adquirir aplomo de diestro, no quiso que su educando perfeccionara lo que podia perjudicarle en su rumbo, y sus lecciones fueron dirigidas á desarrollar condiciones de matador en el mancebo, hasta poner á prueba sus cualidades en la villa y córte, en el otoño de 1851, y como queda consignado en oportuno lugar de la Parte primera de esta obra.

Desde 1852 tomó Antonio la alternativa de espada, y su maestro le llevó á últimos de año á las ocho ó diez corridas, posteriores á la segunda temporada de Madrid, guiándole con sus advertencias y facilitándole con su auxilio material las faenas de la muerte de los toros, en que tantos engreimientos y tantas desilusiones suelen encontrar los que principian cuando carecen de una direccion hábil y cuidadosa, como lo era la de Curro. En aquel año alternó en Cádiz con Manuel Dominguez, despues de la corrida en que toreó el recién llegado de América con Julian Casas, y el público repartió sus aplausos entre el discípulo de Pedro Romero y el protegido de Cúchares; reconociendo con seguro instinto la éra de animacion y movimiento que auguraban al espectáculo nacional aquel representante del toreo clásico de la escuela de tauromaquia preservadora de Sevilla y aquel jóven imberbe, aun vacilante entre aguardar á los toros como Martincho ó partir hácia ellos como Costillares. En 1853 era Sanchez un embrion confuso de contradictorias cualidades, no permitiéndole fijar escuela sus recuerdos de José Redondo, los ejemplos de Juan Leon y Arjona Guillen, y el tipo de Dominguez, que se engrandeció á su vista en la tarde del tres de Junio, haciendo alardes prodijiosos de bravura y de seguridad táctica. En Octubre de aquel año cerró temporada en Zaragoza con Curro, en los dias trece y catorce, y en ambas lidias reconoció sobradamente en el trabajo de su maestro más garantías y menos exposicion que en la difícil escuela de la verdad, orijinaria de Ronda. En 1854 tuvo lugar la separacion del Tato de su patrono y amigo, bastante parecida á la ruptura de Redondo con su favorecedor generoso Francisco Montes, y para identidad más sensible en-

tre ambos casos, uno y otro de los noveles diestros se llevaron de las cuadrillas de sus valedores la gente más granada, tanto de peones como de ginetes; agravando con esta conspiracion el cargo de poco agradecidos que sobre los dos hicieron pesar las quejas de Paquilo y Cúchares y los comentarios consiguiendo de amigos, parciales y afectos de uno y otro de los querellantes de tal pago á sus beneficios. En 1855 todavia no habia marcado Antonio su especialidad en la suerte de espada, por más que en los quites, el galleo y los juguetes con animales que se prestaban á los *floreitos* y monerías de Curro, se ganaba la ruidosa aprobacion de esos públicos de reducida esperiencia y de esos espectadores que se dejan cautivar por la desenvoltura y el gracejo, prefiriéndole á la impavidez y al aplomo. En el Puerto de Santa Maria con Dominguez, lidiando toros de Romero Balmaseda en la tarde del quince de Julio, estuvo el muchacho tan guapo y tan metido en briega que parecia aspirar á la emulacion arrogante con el matador de moda, y poco despues la prensa de España y Francia contaba maravillas del garbo y el valor de Sanchez en las funciones de Vitoria á principios de Agosto, y en las corridas de Bayona en los dias veintitres, veintiseis y veintisiete, recibiendo infinitos obsequios de nuestros entusiasmados vecinos de allende el Bidasoa. En 1856, y escarmentado por una multitud de percances y de cogidas con fortuna, renunció el Tato á sus pretensiones de trasteo en imposible imitacion de Cúchares, como á las azarosas tentativas de recibir á los bichos como Dominguez ó de aguantarlos como Rodriguez, *Pepete*, calculando un espediente, que sin serlo se conoce por *tranquillo* ó maña consistia en un juego del trapo tan parco y decisivo como los de Paquilo y Redondo, y un corto y ceñido arranque al volapié, con entrada briosa é hiriendo recto y firme, si bien faltándole esos dos requisitos principales de la suerte de Joaquin Rodriguez, que son vaciar al toro, embebido en el engaño, y rehurtar el cuerpo de alcances de esos brutos que se estiran al sentir la ofensa del estoque. En 1857 estuvo Antonio en la lidia funesta del primero de Junio en la plaza del Puerto de Santa Maria, y despues del horrible siniestro de Dominguez mató al receloso y picardeado *Barrabás*, primero de la corrida, despachando los siete restante con tanto brío como suerte, y en Andalucia, Castilla, Aragon, y provincias del norte, actuó en más de treinta y cinco lides, cobrando una facilidad y un despejo en su peculiar sistema que disminuyeron los accidentes ordinarios de anteriores temporadas, y el *Tato* llegó á la primera línea á los seis años de figurar como diestro.

Ajustado en Madrid en 1858 y agradando extraordinariamente por sus notables y rápidos progresos en la lidia, fué contratado para dos corridas en la metrópoli de la Andalucia baja en el mes de Mayo; teniendo que publicar una manifestacion, pretestando que al aceptar las proposiciones de la empresa de Sevilla ignoraba que se hubiese roto la escritura al mísero Juan Lucas Blanco y desvaneciendo la equivocada creencia de que su venida reconociese por objeto competir con Dominguez, como lo indicaba un periódico de la capital. Ya en la villa y corte, en la vista de diez y nueve de Abril, habia sufrido una cornada del sexto bicho en el brazo derecho, y en el Puerto de Santa Maria, lidia del veintinueve de Junio, el primero de la ganadería de Martinez Azpillaga le hirió en el mismo brazo de bastante gravedad; experimentando otra cojida de cuidado en Madrid, en el segundo toro de la funcion extraordinaria de tres de Octubre. En 1859 creció la fama del jóven y

bizarro diestro con sus afanes por justificar la predilección declarada del público, y se vió precisado á desechar várias propuestas de contrata por no darle espacio sus compromisos á viajes y festejos. En los puertos andaluces, con Dominguez, Gonzalo Mora y Mariano Anton, en el reino de Córdoba con Arjona Guillen, en las provincias con Cayetano Sanz, y Julian Casas, y en toda la península con todos los matadores de España, el Tato cerró aquella temporada torera con cuarenta y una corridas, libres de accidente de intensidad y mimado por los públicos como no es comun que suceda con los lidiadores de mérito más relevante. En 1860 nuestro héroe afinó su toreo en ese grado que no admite adelantos ulteriores, y perfeccionó su juego de muleta, sacando buen partido del pase echando los toros por detrás; fiando su lucimiento á la generalidad de casos de encojerse los brutos al sentirse heridos y resignándose á puntazos y golpes de astas de los bichos que se estiran y á cornadas de los pocos que embisten cuando reciben la ofensa del hombre. En Madrid lo tuvo enganchado un toro buen rato en la tarde del treinta de Abril. En la tercera de la temporada lo cojió la fiera, desabrochándole el chaleco y reteniéndolo en el piton por la faja. En la lidia del siete de Mayo en el mismo palenque el segundo toro lo arrolló dándole un baretazo hácia el hombro derecho. En veintiuno del propio mes y en la misma plaza el sexto toro le punteó en un derrote la mano derecha, y en Valencia y en Castellon de la Plana, por el més de Junio, sufrió dos cojidas que pudieran ser de atroces resultas si no hubiesen estado muertos los animales que hicieron por él y lo tomaron en la cabeza. Sin embargo se portó admirablemente en cuanto podia esperarse de su escuela en la corrida de Miura en Sevilla, en diez y siete de Mayo, con Dominguez; en Córdoba con Mariano Anton, en las tardes de 27 y 29, jugándose toros de Arias de Saavedra y Don Rafael José Barbero; en Cáceres con Anton en los dias once y doce de Agosto; en Badajoz en las lidias de quince, diez y seis y diecisiete del mismo, siendo los bichos de Arias de Saavedra, Perez de la Concha y Castrillon y en Valladolid, con Cúchares y Anton, en las cuatro vistas del veinte al veintitres de Setiembre, suministrando los bichos las ganaderías de Don Elías Gomez (Colmenar viejo), de Don Agustin Rodriguez (Fuentes de Rogel), llamados del Pinganillo por un corte de marca en la papada, de Don Fernando Tabernero, de Salamanca, y de la señora viuda de Mazpule, vecina de Madrid. A fines de este año depositó Sanchez por autoridad judicial á su futura, Maria de la Salud Arjona y Reyes, en casa del Señor Don Francisco de Paula Moran, calle de Cervantes; desposándose con ella en cinco de Enero de 1861, vencida al fin la repugnancia del bondadoso Curro; recibiendo las bendiciones nupciales del afamado predicador y estimable sacerdote, Don Manuel Jurado. Concluida la ceremonia, Cúchares dijo á la velada con ruda franqueza:—«*Hija, no creas que todos los toreros son como tu padre que os dice vuelvo y vuelve; que casi todos suelen volver en carta ó por alambre.*»—A los pocos dia de la boda del Tato dió un banquete en honor de los consortes el difunto conde del Águila, con la suntuosidad y el buen gusto con que solia distinguir sus fiestas entre las más señaladas en la capital de Andalucía. En primero de Abril de 1861, y en el coso madrileño, el segundo toro de la corrida arrolló y puso en riesgo á Antonio, y en la lidia de ocho de Julio, en la misma plaza, el segundo toro lo recojió al vaciarse del testuz; dándole un puntazo en la tetilla derecha, que le obligó á retirarse á la enfermería. En Mayo, segun los periódicos de la corte, contaba yá con treinta

y cinco escrituras, algunas de cuatro funciones como las de Palencia, Gijon, Bayona y Valladolid, y entre las demostraciones afectuosas y los obsequios, merecen particular mencion los recibidos de las Magestades Imperiales en Bayona y Biarritz y del general Prim en Gijon en la corrida del veintiseis de Agosto.

Fijémonos en la situacion de Antonio Sanchez respecto al personal de los diestros de España y hasta la temporada de 1862; porque á partir de este año comienza á sostener esa lucha constante y comprometida que Bellon trajo á los Palomos; Costillares llevó á Juan Romero; Pedro Romero á José Delgado; Curro Guillen á Gerónimo José Cándido; Juan Leon á Antonio Ruiz, y José Redondo á Arjona Guillen. El Tato por su juventud, por su graciosa figura, por su genio alegre y bullicioso, por el contraste de su toreo listo y pródigo en animados efectos con la gravedad y comunes trámites de otras escuelas, y por una atraccion simpática, que lo propio influia en las clases superiores que en las ínfimas en declarado favor de aquel afortunado mancebo, tuvo raros y propicios términos de descollar entre los matadores de primera línea, sin que los de segunda tanda se le adelantasen, como aconteció á Paquilo con Juan Yust y después con Cúchares y Redondo. Arjona Guillen ofrecia escasas novedades en el tipo que representaba en su profesion: Dominguez economizaba sus fuerzas, resistiendo comprometerse á muchas lides y prefiriendo pocas y bien retribuidas: Sanz y Casas seguian su rumbo respectivo, sin esa incitacion de la curiosidad que producen los lidiadores de quienes se esperan adelantos en el desarrollo de facultades: José Rodriguez (*Pepete*) descubria á las personas entendidas en el arte tauromáquico la condicion de *torero de los toros*, como se denomina á los que afrontan continuos riesgos sin contar con defensas hábiles: José y Manuel Carmona llevaban atraso de tiempo á Sanchez en distinguirse como espadas con cuadrilla propia y sin dependencia de otros matadores: Juan Lucas Blanco perdia terreno hartamente en su ejercicio: Manuel Arjona Guillen, torero de faena pero desairado, no lograba abrirse camino hasta la primera línea en su especialidad. Era preciso para rivalizar con el Tato que apareciese en los cosos una criatura excepcional por su inteligencia, gracia y condiciones particularísimas y todo esto concurrió en Antonio Carmona (el *Gordito*), banderillero sin pareja, más aplaudido que los mismos gefes de cuadrilla que le contaban entre sus peones, recibido en todas partes con la exaltacion del entusiasmo y elevándose á la esfera de diestro, vivamente resentido del proceder de Antonio Sanchez.

Basta á nuestros designios con apuntar los preliminares de una cuestion, que seguiremos en sus peripecias más importantes y de mayor relieve; pero nuestra franqueza leal exige una declaracion terminante de que el Tato dió motivo á la enemistad de Antonio Carmona con su oposicion tenaz y poco generosa á que el Gordito figurase como espada, y sin retribucion por su trabajo, en la corrida á favor de la ilustre asociacion de damas, que bajo la presidencia de la Señora Infanta, duquesa de Montpensier, promovia la beneficencia domiciliaria en la tercera capital de la Península.

La temporada de 1863 no fué ciertamente la más exenta de contratiempos para Antonio Sanchez, pues que trabajando en Madrid con Cúchares y el Gordito quedó enganchado en el piton derecho del segundo toro en la lidia del cuatro de Mayo, recibiendo un baretazo al despedirlo; en la del diez y ocho del propio mes lo recojió á la salida del volapié el segundo toro, infiriéndole una herida en la

parte inferior izquierda del pecho; en la de cinco de Julio el primer hicho lo encunó á la salida de la suerte, rompiéndole chaleco y faja en un derrote, y en siete del antedicho mes, en el circo de Pamplona, lo tomó en la cabeza un toro navarro, causándole una herida de consideracion en el brazo derecho y contusiones en el rostro. En Cartajena, segun los periódicos y en el mes de Agosto precisamente, estuvo en peligro de ser asesinado en su mismo alojamiento por un licenciado de presidio. En aquel año perdió las corridas en Cádiz de veinticuatro y veinticinco de Mayo con Ponce y Agustin Perera, por su herida en la plaza de Madrid; pero toreó con Cúchares en el Puerto de Santa Maria en las tardes de veinticuatro y veinticinco de Junio; en Cadiz, y con su padre político, en veintiocho y veintinueve del propio mes, en el Puerto y con Arjona Guillen en quince y diez y seis de Agosto, y en Zaragoza, alternando con Curro y Mariano Anton, en los dias trece, catorce y quince del mes de Octubre. En 1864 esperimentó nuestro héroe algunas desgracias, que formaron el contraste con sus triunfos y las satisfacciones de amor propio en alhagos y obsequios sin medida. En la funcion de diez de Abril en el coso madrileño fué enganchado por el bicho y lanzado al aire en la salida del volapié, donde estuvo siempre la arriesgada imperfeccion de su toreo, En Sevilla, y en la lidia del veintiseis de Mayo, lo tomó el tercer toro por la pierna izquierda, arrollándole y volviéndole á recojer sin pasar el destrozo de la ropa. En Cádiz, el veinticuatro de Junio, ya metido en el burladero, recibió una cornada del tercer toro de Arias de Saavedra entre una pierna y otra. En el vuelco de la diligencia al sitio de Despeña-perros, Antonio, que venia en el cupé, se rompió la clavícula del brazo derecho no pudiendo tomar parte en la corrida del catorce de Agosto en Cádiz, y saliendo el diez y ocho de la Carolina para Córdoba, en un carruaje del señor marqués de la Merced, y algo más aliviado de su dolencia pasó á Sevilla á restablecerse en el sosiego de su casa y en el seno de su familia. En veinticuatro de Junio de este año mismo lidió en Cádiz con Antonio Carmona, y sus apasionados le dispusieron una ovacion, que tuvo lugar á la muerte del primer toro; repartiéndose versos por todas las localidades del circo y arrojándose á la arena tres coronas, una de flores y dos de plata. En 1865 abrió temporada en Madrid con Cayetano Sanz y el Gordito, y en Cádiz en la corrida de veintinueve de Junio pudo comprender la mudable condicion de los públicos, cuando allí donde el año anterior se le hiciera una apoteosis, se prefirió marcadamente á su rival, y hasta pidieron los espectadores que Rafael Molina (*Lagartijo*) matara el quinto toro de Romero Balmaseda, cediéndole el Tato su vez y lugar, á lo que se opuso en razon de su derecho; y entonces Carmona brindó al aventajado peon cordobés la muerte del sexto bicho, en cuyo acto recibió aplausos estrepitosos y vítores entusiastas. En Junio sufrió Antonio la reduccion de la primera falanje del pié izquierdo, relajada en un salto de la barrera, un puntazo en la tetilla derecha al salir de la suerte de volapié y baretazos diferentes en esos encuentros con el testuz, no evitados por la salida clásica de la muleta para despegar á la rés del bulto,

Entramos en el último período de la vida artística de Antonio Sanchez, y en vez de completar el estudio de sus hechos con esa prolijidad minuciosa, con que hasta aquí los venimos presentando á la consideracion de nuestros lectores, abordemos la cuestion de las emulaciones escandalosas entre el Tato y el Gordito; pues que ellas absorven la atencion pública, determinan sucesos de cierta importancia,

dividen á la aficion en opuestos y ardorosos bandos y llevan el recuerdo de sus manifestaciones al seno de la representacion nacional en una de las sesiones más interesantes del período constituyente de 1868.

Cuando se disputaban la preferencia espadas émulos, como Guillen y Cándido y Leon y Ruiz, los respectivos afectos á unos y otros de los contendientes reservaban las demostraciones de su predileccion para oportunidades de lucimiento de sus protegidos; pero desde los tiempos de Francisco Montes, la prensa, el folleto y los homenajes amañados, falsearon las expansiones de la opinion pública, creando atmósferas artificiales y todas esas intrigas de la industria contra el arte, que parecian exclusivo patrimonio del teatro é inaplicables á espectáculos tan positivos como las luchas y los juegos circenses. Si alguna vez los aplaudidores de un lidiador no arrastraban en su afectado arretrato á los muchos por quienes se ha introducido el adagio de ese Vicente que *vá con el ruido de la gente*, las notas y correspondencias en los periódicos suplían la emocion, imposible de suscitar en el anfiteatro, llevando á todos los ángulos de España la noticia de supuestos y esplendorosos triunfos; coronando la farsa de algunas celebridades poesías, palomas, alhajas y reseñas biográficas, que yo debo abstenerme de calificar. Despues de sus pugnas en una y otra plaza, prevaleciendo aquí el uno y allí el otro, y de conducirse de una manera, que si divertia la aviesa inclinacion de muchos, disgustaba á los aficionados de buen crédito y á los hombres sensatos, se supo en el otoño de 1866 que habian hecho al fin las paces Antonio Sanchez y Antonio Carmona por la gestion de amigos de influencia y laudables intenciones, y para la primera temporada de Madrid de 1867 fueron contratados por la empresa, en union de Salvador Sanchez (*Frascuero*.) Á poco de trabajar unidos los tres jóvenes en el redondel de la Puerta de Alcalá se levantó una polvareda formidable contra el Gordito; principiando por señalarse cierta seccion del público contra el peon de lidia José Cineo (*Cirineo*) y acabando por tratar al menor de los Carmonas con tanta violencia, saña y vilipendio, que se denunciaban con más evidencia así la injusticia ó el reprobado interés de tales agresiones, porque solo bandos, influidos por móviles de cierta especie, dan á su reprobacion circunstancias tan agravantes y escandalosas. Al par que los pronunciados contra Carmona agotaban en desaire de sus faenas, cencerros pitos y naranjas, apareció *El Mengue*, periódico especialista taurómico, repartido profusamente en Madrid y provincias, que tenia todas las trazas de inspirado en sus análisis de las suertes por una, y nada vulgar, inteligencia práctica, y de sujerido en sus juicios por acérrimos adversarios del Gordo, que á vueltas de alguna razon en ciertas opiniones críticas le juzgaban con una severidad y un encono, que hacian singular contraste con la escesiva indulgencia, empleada con el Tato y Frascuelo, distantes ambos del tipo de perfeccion torera que solo se alcanza con una escuela definida y consecuente en sus trámites.

Antonio Carmona salió de Madrid, abrumado por una conjuracion tan indigna como la de Ronda contra Curro Guillen, como la de los liberales de la coronada villa contra el Sombrerero; como la de Cádiz, y en los tendidos inferiores, contra Juan Leon; como la de Sevilla contra el bravo picador Juan Pinto y contra Paquilo más tarde; como tantas otras que pudiéramos citar si hiciesen falta ejemplos de la presion que ejercen sobre la masa neutral de los espectadores los bandos favorables ú hostiles á un lidiador á quien se trata de realzar ó de hundir, ha-

ga lo que hiciere, y falseando, en su honra como en su agravio, la expresion espontánea de la opinion pública. Los efectos naturales de semejantes conjuraciones, una vez pronunciadas en su tenaz malevolencia contra un lidiador, no pueden ser otros que una catástrofe ó bien ese desconcierto que no permite al hombre obrar con el dominio de sí propio, que tanto requiere la lucha de la intelijencia con el instinto feroz del astado bruto, y este desconcierto se explota para dar un aire de justicia al preparado y fiero sacrificio. No consignaremos en nuestros Anales las versiones diferentes con relacion á los sucesos de Madrid, porque ciertas ocurrencias se hacen constar sin pormenores, á fin de que no altere la exactitud del hecho principal ningun error en sus detalles; pero la prueba de que en la Península se estimó aquel desaire sistemático al Gordito como una maquinacion bastarda la suministran los desmandados desahogos de indignacion en la plaza de Sevilla contra dos peones madrileños de la cuadrilla de Cúchares y las demostraciones vengadoras de otros públicos en loor y enaltecimiento del jóven espada, tratado en el coso matritense con tan inalterable rigor.

Tomando cartas la aficion en aquel juego de enconadas pasiones en toda España, y principalmente en Andalucía, los años 1867 y 1868 fueron pródigos en episodios notables de ambos émulos en vários palenques, y alcanzó tal extremo aquella intransijible pugna, que en la sesion del juéves, diez y nueve de Mayo de 1869, historiando en la Asamblea nacional el señor ministro de Ultramar, Lopez de Ayala, la partida del duque de la Torre en el vapor *Vulcano* de la bahía de Cádiz á su confinamiento en las islas Canarias y refiriéndose á la indiferencia con que el pueblo miró aquel destierro, sin tributar á los deportados una muestra de pacífica simpatía, pone en vehemente contraste aquella inercia con la agitacion por causas infinitamente inferiores en su entidad é interés, y dice con relacion á las rivalidades del Tato y el Gordito en el coso gaditano los textuales conceptos que siguen:— «Pocos dias antes de estos sucesos tuvo la autoridad militar (y es un detalle histórico muy importante) que tomar algunas precauciones. El motivo de puro pueril se convierte en altamente significativo. Trabajaban en competencia dos toreros: los partidarios del uno y del otro se encontraban en tal estado de escitacion que todo el mundo temió un choque y encontró muy prudentes las precauciones que para evitarlo se habian tomado.»—Tal era realmente en Cádiz, como en otros puntos, el antagonismo de ambos lidiadores y la contraposicion violenta de sus partidarios respectivos, cual la describia en su cáustico parangon el Sr. Ayala.

En 1869 Antonio Sanchez abrió temporada en la plaza de Madrid con el mismo y caluroso aplauso que en años anteriores, y en la lidia extraordinaria de siete de Junio, fiesta en celebridad de la nueva constitucion política del Estado, al cerrarse á la suerte de volapié con *Peregrino*, toro cuarto de la corrida y de la ganaderia de D. Vicente Martinez, quedó recojido por la fiera, recibiendo la herida fatal que hizo necesaria al fin la amputacion de la pierna derecha. Se dijo por entonces que el bruto mantenía fresca en las astas la sangre de un caballo, enfermo de arestin, y que este vírus corrosivo, infiltrado en la herida de Antonio, produjo la gangrena que hizo la amputacion indispensable. De todas suertes es dolorosa la pérdida de un diestro que animaba nuestro nacional espectáculo con sus tareas estimables, asegurándose la estimacion pública á la vez que aumentaba su patrimonio; y aunque sus amigos se congratulan de que á favor de los admirables progresos de la

ortopedia llegue á reaparecer en nuestros circos, vencidas las dificultades en el espedito uso de una bien construida pierna mecánica, los que bien le quieran, como el autor de este libro, le aconsejarán que deseche un pensamiento que puede traer en su realizacion consecuencias desastrosas.

XXXIV.

LOS CARMONAS (*José y Manuel*).—Todas las reseñas biográficas que preceden reúnen á su principal objeto, (que no es otro que presentar el relieve de cada personaje en la especialidad de las lidias de reses bravas) el propósito moral de una leccion de estímulo ó de escarmiento, deducida de los accidentes de cada existencia, que revistamos á la vez como críticos de los hombres del arte y observadores de las costumbres y hábitos de nuestros héroes. En más de un estudio de los que comprende nuestra galería biográfica hemos demostrado las consecuencias del temerario arrojo, las resultas de la disipacion licenciosa, ó los tristes efectos de la irreflexiva determinacion que no atiende ni al tiempo ni á las circunstancias; dando la estimacion debida á la inteligencia asociada al valor, al proceder mesurado y decoroso de ciertos gefes de cuadrillas y notables lidiadores, y á los caracteres que comunicaron el realce de sus nobles rasgos á la evidencia plausible del mérito artístico. Al ocuparnos de José y Manuel Carmona, conocidos en la profesion por los *Panaderos* en razon á la industria de sus padres, vamos á bosquejar un cuadro, sencillo en cuanto á sus tareas en nuestros cosos y en los del reino lusitano; pero edificante en las relaciones de familia; ejemplar en el comportamiento de estos jóvenes en todas partes, y lleno de cuerdos avisos para los que entienden que el toreo es una carrera dilatada y que la prudente economía desdice del tipo de los toreadores de cierta y reconocida importancia. Estos hermanos, tan diferentes en sus escuelas y en sus destinos, si bien tan conformes en sus ideas y en sus resoluciones acertadas, han de proporcionar con los datos de sus biografías muchos antecedentes que ahorren preliminares á la de Antonio Carmona (*El Gordito*.)

Nació José Carmona en el barrio de San Bernardo, en veinte de Marzo de 1825, hijo de José, dueño de una atahona acreditada, y de Gertrudis Luque, educándose con esmero, pues los autores de su sér aspiraban á darle carrera si la fortuna protejia sus esfuerzos por adelantar en los negocios: esfuerzos que en algo contribuyeron á comprometer sus intereses en empleos en cereales, que marcaron la decadencia del capital precipitada por los préstamos y consumada más tarde por la acumulacion de réditos ruinosos. Los jóvenes del barrio eran todos aficionados á la lidia de reses, á pié y á caballo, en la casa-matadero y en el toril de Tablada, y José comenzó á sortear ganado bravo por alternar con sus amigos cuando ignorante de la situacion de su casa, no podia concebir la idea de torear por recurso y en auxilio de su familia. Siendo yá adolescente, y habiendo venido á los últimos apures la casa paterna, resolvió Carmona valerse de sus facultades y disposiciones en el ejercicio de lidiador de toros y Juan Pastor lo incorporó á su cuadrilla en algunas funciones, y Juan Leon le llevó á otras como banderillero, y Juan Martin y Juan Lucas Blanco utilizaron alguna que otra vez sus servicios,

pero sin fijarlo en su compañía como requerian sus progresos y era menester á su porvenir en el arte. Al fin logró que José Redondo (*el Chiclanero*) se decidiera á proteger á un torero sevillano de buenas esperanzas, desatendido por los diestros de su pais, y conociendo el partido que se podia sacar de sus ventajosas condiciones y prendado del trato fino y buen porte del mancebo, como de su rectitud é intachable conducta, le presentó en calidad de medio-espada en algunos circos, le ajustó de segundo en otros, y sin la necesidad de conceder la preferencia á Jimenez y Baro, paisanos suyos y empeñados en pasar de banderilleros á matadores, Redondo eleva á Carmona á la categoría de notabilidad; cultivando sus dotes y haciéndole lucir en los cosos como lo permitian su despejo y sus nada comunes cualidades. Al fallecimiento de Redondo quedaba José con cuadrilla propia, trabajando en las plazas de menos consideracion y sin que Curro, Manolo, Blanco, ni espada alguno de Sevilla, le empleara en segundo lugar, ni aun en casos de falta y conveniencia; habiendo tenido que ceder el fuero de antigüedad á diestros que le impusieran esta condicion al proponerle ajustes mezquinos.

A esta fecha Manuel Carmona, hermano de nuestro héroe, menor en edad con diferencia de siete años, adiestrado en las lides por aldeas y villas, con terrible y continua exposicion de su persona, se unió á José en clase de segundo espada, y juntos acordaron vencer toda especie de óbices á sus propósitos de subvenir á la decente subsistencia de sus padres y hermanos y de crearse, á fuerza de afanes y á costa de privaciones, un modesto pero suficiente capital, que los pusiera un dia al abrigo de percances y de miserias. Dispuestos á trabajar cuanto bastara á conseguir ambos designios, y acomodados á prescindir para ello de reparos y de pretensiones, que no todos se resuelven á sacrificar, en 1853 figuró Manuel como banderillero en Barcelona, siendo diestros en las lidias del diez y siete y treinta y uno de Julio, Blanco, Lábi y José Carmona; en Antequera, matando Juan Lucas, José y Narciso, en veintiuno de Agosto, y en Jerez de la Frontera, alternando José con Casas y Mendivil (*el Provinciano*.) Yá en 1854 alternó Manuel en cinco funciones con Pepe y como segundo espada, sin perjuicio de reducirse á peon de cuadrilla en Cádiz, con Casas, José y Mendivil, fiestas de catorce de Mayo, cuatro y cinco de Junio, y veintinueve con los mismos espadas y Cúchares, y en Jerez en las tardes de veintitres y veinticuatro de Junio; matando en la primera el último bicho de Hidalgo Barquero. En 1855, y adelantado José en su crédito, dejó de contratarse con otros espadas por que Manuel tomase el rango de matador, y así apareció en la corrida de siete de Junio en Granada con su hermano y Manuel Sanchez (*el Pintor*), en las cuatros lidias de Alcalá de Guadaira por Setiembre, y en vários cosos de segundo y tercer orden en diferentes provincias. En 1856 entró Antonio Carmona; en la cuadrilla de sus hermanos, distinguido ya por su escelencia entre los jóvenes más adelantados en el ejercicio y por su desenvoltura, limpieza y gracia particular en todas las suertes; y así como estaba convenido que José y Manuel aceptaran alternativas con otros diestros, cuando no obstaran estos compromisos á la série de sus contratas, se estipuló que el Gordito admitiera proposiciones de otros gefes de cuadrillas, siempre que dieran hueco las funciones convenidas con los Carmonas. En dicho año anduvieron los tres mancebos por Granada, Antequera, Jerez, Extremadura y Barcelona, y separados con Cúchares, Blanco y Dominguez, el Nili y Casas, en casi todos los circos de Castilla, Aragon y Andalucia; retirando á su familia del barrio de san Bernardo é instalándola en la calle de las Doncellas, parroquia de Santa Maria la Blanca con mayores comodidades.

La empresa de Madrid, estimulada por los buenos informes que llegaron hasta ella del comportamiento de José Carmona en Cataluña, y Castilla, le ajustó en 1857 para alternar en seis vistas de toros con Cayetano Sanz; incluyéndose Antonio en la cuadrilla como peon supernumerario, y labrándose en aquel circo una base de crédito por su generalidad en la airosa suerte de banderillas, y su garbo en parear de frente y saliendo á paso corto y de cerca de los bichos. En aquella temporada José y Manuel estuvieron separados la mayor parte del tiempo; llevando el primero en su compañía al Antonio á Málaga, Almería, Jerez, Alicante, Cáceres y otros cosos extremeños, y trabajando el segundo con Arjona Guillen, Manolo, Manzano (*Nili*) y en Barcelona, Almería y Zafra con sus hermanos. Hasta entonces los hermanos Carmona, José y Manuel, habian sido los sostenedores de su familia y el amparo de Antonio, que en 1854, y en la parada que en todos los espectáculos produjera la invasion del cólera, llegó al extremo de entrar de peon de albañilería en las obras del edificio de la Fundicion de cañones para atender en tal conflicto á las necesidades de su casa; pero en 1858 el menor de los tres lidiadores puso en planta su idea del cambio famoso ó engaño de las fieras, estrenando su ejecucion pública en Sevilla en la corrida segunda de Abril y en el tercer toro, y esta novedad, y sus méritos y simpatías, le valieron una fama, de que se aprovecharon grandemente José y Manuel para agregar á sus contratas directas las que llevaban el objeto de ofrecer á la curiosidad escitada del público la flamante y azarosa suerte del cambio del *Gordito*. Los Carmonas, unidos yá en una cuadrilla corta pero notabilísima, trabajaron en multitud de plazas, aplaudidos sin límites, obsequiados cual no otros, y dejando en todas partes los recuerdos de sus tareas y las impresiones de su buen trato y escelente conducta. En las dos corridas extraordinarias de Setiembre los Carmonas alternaron con Casas y Dominguez, rivalizando Antonio con el célebre banderillero Francisco Ortega (*el Cuco*), y en la lidia de invierno, á beneficio de Antonio Ruiz (*el Sombrerero*), Manuel mató con Cúchares y el Tato, y Antonio obtuvo una acojida que escede á toda ponderacion.

En la temporada de 1859 se hicieron multitud de proposiciones á Antonio Carmona para separarle de sus hermanos, atrayéndole á otras cuadrillas y contratándole de cuenta de ciertos empresarios; más todas las diligencias fueron vanas en ambos sentidos, y los tres *Panaderos*, ajustados para el palenque de Lisboa por Francisco Rodriguez Alegría, causaron un efecto imponderable en la hermosa capital del reino vecino en las seis funciones convenidas y en dos extraordinarias, regresando á su pais con ricas dádivas y memorias lisonjeras de aquel inteligente y culto público. En el Puerto de Santa María sufrió Manuel una cojida del primer toro en la tarde del veinticinco de Junio, que puso su existencia en tremendo peligro durante los primeros dias; pero al final de temporada, satisfactoriamente restablecido, alternó en algunas corridas con Cúchares, Ponce y José, torero más parado y ménos ardiente que Manuel en los lances dificultosos. Ya en 1860 concedió la fortuna sus favores á los Carmonas, requeridos con empeño y pagados con esplendidez por las empresas de Ronda, Jerez, Algeciras, el Puerto, Sevilla, Badajoz, Cáceres y Granada, con ocho festejos en la arena de Santa Ana en Lisboa, y en 1861 cerraron la temporada con cuarenta y dos lides, sin más accidentes que la herida de José en la ciudad de Boabdil, causada por el tercer toro de la corrida, y trabajando seis en la corte con un resultado prodigioso, especialmente para el inimitable *Gordito*, que allí, como en Santander, oscureció las reminiscencias de los banderilleros más famosos en

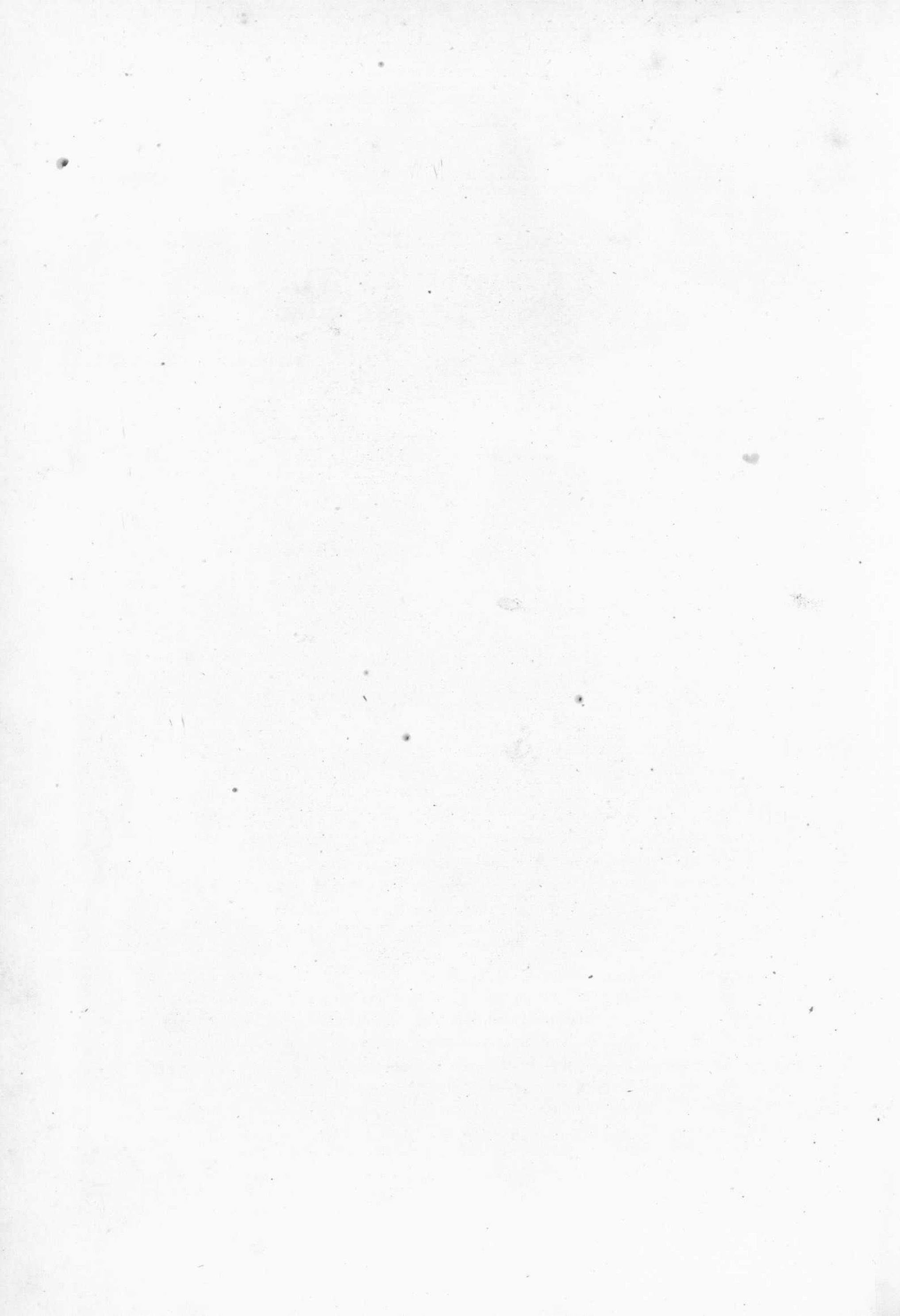
la época presente. En 1862 Antonio ardia en impacientes deseos de tomar la alternativa de matador con Curro, quien rehusaba el compromiso; aspirando á separarse de sus hermanos, creyendo que bastaba con las ganancias adquiridas en comun, y que solo, y con cuadrilla propia, tendria más fácil acomodo que con aquella triple alianza, que servia de rémora á muchos ajustes. Mientras que orillaba los inconvenientes de su proyecto, vencidos al postre en Córdoba, y en dos funciones con José y Manuel, y en otras dos con Juan Martin y Manuel Dominguez, toreó con sus hermanos treinta y dos corridas y tres en la plaza de Lisboa, con Manuel y su gente, conviniendo en fin en repartirse los productos de la asociacion, con tanto mayor motivo cuanto que casado Manuel y deseoso José del descanso de tantas y tan rudas faenas, Antonio ambicionaba tentar por sí la suerte que le tuviera deparada el destino en las sendas que conducen entre fatigas y riesgos á la celebridad y á la fortuna.

José puede llamarse con razon un torero de nota en su línea, porque sin llegar á la elevacion de raras y culminantes figuras en su arte, ha reunido condiciones que no es frecuente ver juntas en los lidiadores modernos; y así es que se iba á los toros y los aguardaba con bastante oportunidad y despejo, si bien preferia lo primero á lo segundo, arrastrado por esa marcha, casi general hoy, de lancear sin parar los piés y empleando ventajas que rayan en perfidias. Manuel no conoció las tradiciones del toreo clásico como José, ni alcanzó las lecciones de Redondo; pero su valor frisaba en temeridad y su anhelo por sobresalir era tan vehemente que en cambio de algunos lances felices, y de algunas empresas coronadas por el éxito, arrostró cojidas de grave intensidad y sufrió vários accidentes adversos, sin disminuir su arrojo, ni ceder en su prurito de distinguirse á fuerza de resolucion y briosos ímpetus. José pertenecia á la escuela del aplomo y del sorteo reposado de Ronda y Chiclana, por tradicion de Romero á Montes y de este á Redondo, mientras que Manuel representaba esa derivacion bulliciosa del toreo de Sevilla, que empieza en Juan Leon, continúa en Cúchares y se completa en Antonio Carmona.

En 1863 cubrió José Carmona con el Nili, Ponce, Sanchez (*el Pintor*) y su hermano Manuel, algunos compromisos pendientes con várias empresas, á cuyas preferencias amistosas debia corresponder agradecido, y al fin de temporada se retiró de los cosos, contento con su modesto capital y con el íntimo goce de haber labrado el porvenir de su familia, salvándola de una situacion angustiosa y dirigiendo á sus hermanos por la senda de sus deberes y por el camino de la prosperidad. Manuel alternó con Antonio en 1864 en diferentes plazas, y en 1865 en Marchena, en la tarde del primero de Setiembre, en un quite de la suerte de vara, fué cojido por el toro, llevando una cornada profunda en la nalga izquierda y otra de pronóstico siniestro en la ingle derecha, que le retuvieron por bastante tiempo en el lecho del dolor; inspirándole la acertada idea de retirarse de tales campañas; disfrutando en paz de algunos haberes, reunidos con tanta exposicion y fruto de su arreglo y economía. Ambos hermanos viven cómoda y tranquilamente en la tercera y privilegiada capital de España, cuidando de su hacienda, entregados á los santos goces de familia; frecuentando poco la sociedad, hoy tan revuelta y ajitada por pasiones tempestuosas, consagrando á sus ancianos padres cariñosas atenciones y deslizándose sus dias, apacibles y serenos, *ni envidiados ni envidiosos*, como dijo Fray Luis de Leon.



ANTONIO CARMONA, EL GORDITO.



XXXV.

ANTONIO CARMONA (*El Gordito*).—Después del texto del capítulo XLV de la Parte primera de estos Anales y de los antecedentes relativos á este jóven y singular lidiador de toros, expuestos en las reseñas biográficas de Dominguez, el Tato y los Carmonas (José y Manuel), no cabe otra cosa que un estudio de tan conocido y popular personaje en sus condiciones de toreador y en sus facultades y tareas como diestro; rehusando, conforme á casos análogos anteriores, repetir ideas y juicios y procurando asociar en estos cuadros la enseñanza de las observaciones con la curiosa relacion de hechos y particularidades. Demostrado yá en otras biografías ese espíritu de imparcialidad, que ni sobornan amistades ni pueden alterar prevenciones antipáticas, no procede encarecerlo ahora, y al tratarse de un hijo de Sevilla á quien hemos seguido cariñosamente desde sus primeros ensayos en novilladas y hasta la cúspide de su favor y fortuna; pero la crítica desapasionada que no ha ocultado defectos y lunares de Francisco Arjona Guillen (director pericial de esta obra) no resignará fácilmente sus fueros ante la estimacion afectuosa que profese el analista al héroe de esta detallada relacion individual. Al considerar á Antonio Carmona en sus primitivos y ásperos trabajos de peon aventurero, después nivelándose con los superiores en la primera línea, luego adelantándose á todos y marcando un tipo sin rivalidad, y por último, llegando á matador al par con los más aventajados en su época, nos corresponde reconocer sus títulos á la nombradía inmensa de que disfruta en su arte, sin disimular ciertos errores de su proceder, ni encubrir su participacion en las derivaciones del toreo moderno de sus circunstancias clásicas á jugueteos y novedades inconvenientes.

Nacido Antonio Carmona en diez y nueve de Abril de 1838, tercero-génito de los consortes José y Gertrudis, conoció su casa en el período más sensible de su decadencia, y á los diez años de edad vió á su hermano incorporarse en las cuadrillas de Pastor, Blanco y Martin, para buscar elementos de subsistencia á una familia casi arruinada, y á Manuel bregando en el matadero, en Tablada, y en capeas por los pueblos de corto vecindario, preparándose para seguir el propio rumbo que el primejénito. Antonio emprendió su aprendizaje á los once años no cumplidos, y á los doce acompañaba á Manuel á muchas funciones por las villas comarcanas á la capital, haciéndose notable entre sus compañeros por su edad, por su figura que le valió el sobrenombre del *Gordito*, y por una destreza y una astucia que conquistaban el agrado y la predileccion de los espectadores al gracioso novillero. Pronto no fué bastante á satisfacer su desmedida aficion la compañía de su hermano, y solo unas veces, y otras en sociedad con excursionarios, mayores que él, pero menos hábiles con mucho, se iba por aldeas y villas á buscar ajustes; dándose á conocer y haciéndose en extremo bien quisto en el radio de la provincia de Sevilla y en las de Huelva y Extremadura. En 1853 se verificó la union de Manuel Carmona con su hermano José y Antonio entró en la especialidad de lidiador de toretes, bajo la proteccion del Nili y de Fajardo, en la plaza de Sevilla, sin abandonar no obstan-

te las corridas de los pueblos, aunque contratándose yá para despachar los toros de muerte en festejos más formales que las simples capeas. El gitano Francisco Rodríguez Alegría, empresario de dos cuadrillas de pegadores portugueses y de indios farpeadores del Brasil, ajustó al Gordito, con cuatro jóvenes banderilleros, para amenizar sus funciones extraordinarias en las provincias del norte y circo de Bayona, y en 1854 salió á la plaza de Sevilla este infatigable peon, brindando la muerte de un becerro á Juan Pastor, que estaba en un tendido de sombra, y que al consumir la suerte con fortuna el novel espada le arrojó una onza y una petaca de puros en correspondencia á su brándis. En aquel año le llevó á Lisboa Manuel Trigo, con José de Mora y Manuel Perez (*Zalea*), aplaudiendo el público portugués á aquel *capinha* de diez y seis años, tan desenvuelto y tan listo con los toros.

Al entrar Antonio en la cuadrilla de sus hermanos en 1856, y coincidiendo con ellos en el plan de asegurar á fuerza de trabajos el porvenir de su familia, antes de atender á sus propios peculios, estipuló que cuando lo permitiese el orden de tareas de la triple alianza tendría facultad para incorporarse de peon en otras cuadrillas y licencia para actuar en las novilladas á que se le invitase como director de tales espectáculos. En 1857 se empeñó en ir con José á la villa y corte, aunque no se le asignara estipendio y saliera al circo en la desairada situacion de excedente, y ya fijó la atencion de aquel experto público por su desembarazo y finura en las suertes, y en particular en las poco usadas de á topa-carnero y sescando á derecha é izquierda con igual facilidad y perfeccion. En todas las corridas de aquella temporada, que fué de las mejores para los diestros asociados José y Manuel, demostró el Gordito que podia sostener la competencia con los banderilleros más relevantes de su tiempo, sacándoles ventaja en el modo de entrar, hacer y salir de los lances; puesto que eran escasos los que reunian estas tres condiciones en todas las escuelas de aquella época, degeneradas de las antiguas considerablemente. Aquí nos importa dejar sentado que de los banderilleros de Guillen, Panchon, Ruiz y Jimenez (el *Morenillo*) á los de Leon, Montes, Yust, Cúchares y el Chiclanero, decia Juan Leon que habia la distancia que media entre maestros y aprendices de un ejercicio, y que entre estos, que llamaba Leon aprendices, y sus inmediatos sucesores en la profesion la diferencia parece mayor aun: abundando los que clavan rehiletos de sobaquillo, los de un lado solo, de relance y traseros ó delanteros por falta de cuadrar al testuz de la fiera, segun previene el arte. Muñiz, Domingo, Lopez, Blayé, Lillo, Bocanegra y el Cuco, constituian escepciones de una decadencia lastimosa de los peones tácticos de antaño, y su mérito resaltaba infinitamente en la comparacion con aquellos lidiadores de tranquilo, desprovistos de recursos y faltos de lucimiento en toda su desmañada y súcia brega con los toros. Antonio Carmona, criado entre las reses bravas como Arjona Guillen, torero por vocacion y por hábito, contraido á pensar y á hacer en los brutos y con los brutos todo género de pruebas de valor y aptitud, empleando en la lidia todo su tiempo, y con ocasion de ver, observar, y emprender cuanto se ejecutaba y podia ejecutarse en la lucha de la inteligencia con el instinto, tardó muy poco en descollar al nivel de los mejores en sus dias, trazándose el tipo especial en que vamos á juzgarle con el detenimiento que merece.

No contento el Gordito con bregar con las reses en el matadero, en el toril, en las plazas, en los tentaderos y herraderos de los criadores, en las corralejás de los caseríos rústicos y en las dehesas de ganado salvaje, se ejercitaba con sus ca-

maradas en correr, saltar, quebrar á un lado y otro en el ímpetu de la carrera y en el desarrollo de sus fuerzas en los juegos de barra y pelota, que habia visto en el pais vascongado en su excursion con Rodriguez Alegria. Establecidas escuelas gimnásticas en Sevilla por los mejores discípulos de Venitien, alumno brillante del célebre coronel Amorós, Antonio cultivó esta hijiénica enseñanza, tocando resultas benéficas en el desenvolvimiento de su sér físico y en sus adelantos en la tauromaquia, merced á la conciencia de su poderío y de su aguante. Carmona habia visto en Portugal una coleccion de quiebrós, cuarteos y cambios, que nadie ejecutaba en España con toros de asta libre, y el avisado mancebo comprendió perfectamente que quien llegara á hacer aquellas cosas en un país, donde el estudiante de Falces mereció que le pintara Goya en el acto de quebrar á los toros, enmedio del coso y embozado en su capa, se elevaría sobre todos sus contemporáneos, como lo hizo Francisco Montes por aquel vigor de piernas y brazos, á que aludia Pedro Romero en su ya referida carta al *Correo Literario*, fecha de ocho de Setiembre de 1832. Si en cada ejercicio sorprendente se detuviera la consideracion en el cálculo de sucesivas faenas que han ido acumulándose para conseguir ejecutarlo primero y dominarlo completamente después, se estimaria algo menos la habilidad en su valía y prestigio y algo más la resolucion y constancia del hombre, que emplea un capital de años en lograr el efecto de un instante, como el salto de los tres trapecios de Leonard, el paso del Niágara de Blondin y el cambio de Antonio Carmona. Y no es exacto ni justo lo que dicen del cambio los detractores sistemáticos de toda brillante especialidad, cuando le niegan las condiciones de suerte, alegando que carece de defensa en el caso de que el diestro no engañe al bruto; porque á todos los toros no se les dá el cambio, como no se les salta con la pica, ni al trascuerno, ni se les capea, ni se les recorta; sino que se escojen los propios por su índole para este lucido y vistoso juguete. El cambio se daba ceñido por los banderilleros ájiles y frescos cuando el bicho les ganaba el terreno al meterle los brazos, y lo mismo puede cambiarse en un apuro cuando la fiera viene al cuerpo, no engañada por el quiebro falso, buscando salida al lado contrario, como lo hemos visto hacer á Carmona, al Manquito de Triana, á Fuentes (Bocanegra) Lagartijo y Peroi. Y no se compare el cambio con las osadías de Martincho, con las temeridades del Panchon y el Morenillo ó con el irreflexivo arrojito de Juan Lúcas y de Pepete; porque mucho más ocasionados son á desavíos el capeo por detras que imaginó José Delgado, atronar á los toros flojos ó apurados, como lo hacia Curro Guillen, y cambiar el terreno en pases de pecho, cual lo ejecutaba Juan Leon; y á fé que los toreros de nota, por sus facultades y dominio de las circunstancias de las lides, capeaban por detras, atronaban á los bichos sin juego y mudaban de terreno con los brutos resabiados; peligrando en estos lances, como en otros vários, los lidiadores que hacen lo que pueden porque no saben lo que hacen. En el cambio han experimentado siniestros todos los que probaran fortuna sin la serie de ensayos que conducen á esa suerte, y claro es que la experiencia tiene que dar de si tales resultados; pero si se frustra el engaño del animal y se viene al hombre, como este sea sereno y hábil, burla el intento de la fiera, segun lo hemos presenciado con todos los que consuman ese trance de la tauromaquia con la pericia, la frescura y despreocupacion, que reclaman su dificultad y lucimiento.

Antonio Carmona sacó al cambio mucho más partido que el logrado por Fran-

cisco Montes del salto de la garrocha; y desde que lo aplaudió frenéticamente el público sevillano en la corrida segunda de Abril de 1858, y la prensa comunicó aquella brillante é incitativa novedad á los demás pueblos de nuestra monarquía, todas las empresas vieron un estímulo á la espectacion popular en aquel mancebo que se mofaba de los toros á cuerpo gentil y harponeando con una soltura que carecia de términos de comparacion. Luego se hizo más conocida la suerte, y el Gordito la amenizó colocando los piés en el centro de un aro; atándose las manos con un pañuelo; poniéndose grillos como Barcáiztegui; sentándose en una silla frente al toro; con sus hermanos en extraño grupo, á la puerta del toril. De grado en grado, y engreido por las aclamaciones entusiastas de los públicos, Antonio llevó el cambio hasta la extravagancia, escediendo los límites de la conveniencia, y Pepete decia de él con su espontaneidad brusca:—*Eso ya no es torear, sino hacer títeres con los toros.*»

Antonio Carmona no ha tenido predecesores inmediatos ni rivales como banderillero, y lo prueban dos hechos notorios é inconcusos: primero, que con solo bregar corto, franco, limpio y desenvuelto, sin habilidades extraordinarias todavía, se elevó sobre todos y los más aplaudidos, que si estaban bien en determinados trámites de la suerte, decaian en otros, prefiriendo por lo comun lo más fácil á lo más lucido: segundo, que los banderilleros que más han brillado despues son discípulos de su particular escuela, como Lagartijo, y Chicorro. Fuentes, el Lillo, el Cucco, y cuantos han sostenido la competencia con el menor de los Carmonas, ó rehusaron pronto emulacion tan arriesgada ó probaron un desengaño público de su arrogancia en el *terreno de la verdad*, como llamaba Juan Leon al redondel en sus contiendas con Ruiz y Montes. El cambio y el quiebro dieron tan preciado esmalte al mérito especial del Gordito que ya no cabia ni suponerle contacto con los banderilleros más celebrados de tiempos anteriores; porque el coleo y derribo de reses de Martincho, el sortear con su sombrero á los toros hasta rendirlos de José Cándido y los quiebros de Paquilo y Redondo, eran meros accidentes y no un sistema aplicable á todos los trances de la lidia, como acontece con este singular torero. Así lo comprueban la cuantía y forma de las ricas dádivas que personas excelsas, ilustres y notables en España, Portugal y Francia, han hecho al jóven toreador de Sevilla, en testimonio del reconocimiento de la superioridad de sus tareas. Los Duques de Montpensier, después de la corrida del tres de Mayo de 1858, llamaron á Antonio al palacio de Santelmo, regalándole un estuche con avíos de fumar, de oro esmaltado. La Emperatriz de Austria vé lidiar á Carmona en el circo sevillano en 1863, y haciéndole subir al balcon del Príncipe para entregarle un agasajo, dice al alcade Vinuesa en francés «*El toreo de este me gusta más.*» En 1862, y acabada la corrida del dos de Setiembre en Sevilla, en obsequio de la corte espedicionaria á las provincias andaluzas, la Reina hace entregar una rica cadena de oro á nuestro héroe por conducto del Alcalde, con el encargo de darle las gracias por sus esfuerzos para poner banderillas al quiebro al resabiado toro cuarto, de la ganadería de Taviel de Andrade.

Antes de juzgar á Carmona ya en la categoría de diestro, ó sea de 1862 en adelante, consagremos algunas líneas á su personalidad como lidiador, tan querido de los públicos, cual enredado en escisiones con muchos de sus compañeros; si unas, promovidas por envidias ruines, otras, escitadas por el Gordito, ó por impetuosidad de carácter ó por el excesivo engreimiento en su general y unánime aceptacion. Antonio,

que posee cualidades excelentes y que es simpático en grado extremo, no sabe reprimirse, ni dominar ciertas situaciones, que no se salvan sino á fuerza de prudencia y tacto. Una gran parte de su terrible disgusto en Valladolid, en la corrida del veinticinco de Setiembre de 1861, en la que estuvo á pique de ser destrozado por el pueblo furioso, sufriendo prision y multa de mil reales, provino de la ira y descaro, con que interpeló á los concurrentes al tendido, de donde salió una piedra que lastimó bastante á su hermano José. Todas sus disidencias con Antonio Sanchez (*el Tato*) proceden del agresivo comunicado en el periódico sevillano *El Porvenir*, con fecha treinta de Abril de 1862, desahogando su bilis en reiterada ofensa de los antecedentes, conducta y sentimientos de un jóven espada, halagado, con muchas y buenas relaciones, y herido en lo más vivo por aquel documento procaz y candente. Su impaciencia y su ánsia de sobresalir le han comprometido muchas veces á intentos infundados ó extravagantes, como empeñarse en sacar partido de brutos que carecian de condiciones para sus juegos y hacer uso de una bota para echar vino á los toros, despues de cansarlos en la brega. En su toreo reflejan los defectos de su índole, y por ostentar su mano de muleta desperdicia hartas ocasiones, aburre á las fieras otras veces, y se precipita á herir cuando no es tiempo todavía ó cuando no es tiempo ya. Si á sus conocimientos en el arte y á sus prendas como individuo particular añaden la experiencia y el tiempo la mesura y el aplomo de los hombres, formados en esa escuela de tan útiles enseñanzas, Antonio Carmona coronará su carrera con el triunfo más difícil; el de sí mismo.

Desde 1862, y lograda la alternativa en Córdoba, Antonio ha demostrado bien la diferencia de su carácter de la índole de otros matadores, que parecen empeñados en obstruir la senda de ulteriores progresos á los jóvenes que prometen un porvenir á la profesion, recelando que eclipsen su estrella, disminuyendo al par sus productos. Carmona, como Juan Leon, ha gozado en trasmitir los principios de su escuela á los muchachos de mejores instintos y capaces de seguir sus huellas en el toreo, y Rafael Molina, Caniqui y José Lara, pueden atestiguarlo, y más aun Cineo, causa inocente de los agravios de Madrid en 1867, que nos excusa de recordar su detallada referencia en anteriores páginas. Es loable, á fuer de raro, que el menor de los tres *Panaderos*, olvidándose de las trabas y óbices con que se ha tratado de cortar sus adelantos en el ejercicio, renuncie á imponer á otros la dura ley á que le sujetara por tanto tiempo la animadversion de sus cólegas, y se muestre siempre propicio á elevar á los que valen y reclaman su patronato generoso. Antonio ha probado con sus primeras tareas en la línea de matador de toros la exactitud de nuestras observaciones acerca de los obstáculos que encuentran los banderilleros consumados en su especialidad cuando se fijan en la de espadas que ya requiere otras circunstancias, y algunas opuestas á las que justifican el mérito de los peones de cuadrillas más acreditados. Juan Leon, Francisco Montes, Francisco Arjona Guillen, Juan Martin y Manuel Dominguez, hablando conmigo sobre el particular, han convenido en esta observacion, autorizándola con ejemplos de Antonio de los Santos y otros muchos, que entiendo inutil traer á cuento. Carmona es la personificacion de lo que ha dado en llamarse *toreo movido*, que será muy animado y más seguro para los lidiadores; pero que en la realidad priva á la lucha del hombre con el toro de ciertos rasgos de intrepidez y de várias suertes precisas y caracterizadas; apurando con la muleta á los bichos boyantes y duros, que permiten más claro y airoso

juego; fiando á la industria y al amaño algunos lances que deben resolver el valor y el brio; atendiendo más á los accidentes de toreadores que á los requisitos esenciales del diestro, y contribuyendo á esa degeneracion de la tauromaquia, que por una série de licencias pudiera derivar en la anarquía de los herraderos. Desde 1867 Antonio ha marcado rumbo á su trabajo, y hoy le vemos con placer más sentado, seguro y conveniente en sus faenas; indicándose en él ese período, en que el torero llega al grado máximo de su habilidad y á la cúspide de su fortuna.

Antonio Carmona, en cuanto á virtudes domésticas y á conducta social, puede sostener el paralelo con los tipos de más relieve en ambos particulares y sus ancianos padres llaman con justicia *hijos de bendicion* á José, Manuel y Antonio, que han deparado á su vejez consideraciones y comodidades, antes de pensar en su propio establecimiento y en acrecer sus respectivos patrimonios. Asegurados yá la subsistencia y el descanso de su familia, merced á los comunes esfuerzos de los hermanos, Antonio contrajo matrimonio con la simpática y virtuosa jóven, Maria del Cármen Garcia, hija de José, rico panadero, en 14 de Noviembre de 1864. Exento de vicios, económico y laborioso, emplea las utilidades de su trabajo en la adquisicion de fincas urbanas, con cuyos productos vive y aumenta su ya respetable capital; disponiéndose á dejar la lidia antes de ese período que marca el descenso de facultades y la disminucion de las fuerzas del lidiador: período de riesgos ó desengaños, segun el torero se obstine en hacer lo que ya no pueda ó se retraiga de intertar lo que antes ejecutara con tanta soltura.

XXXVI.

Cumplido el propósito de la Segunda Parte de este libro—*«Galería biográfica de principales lidiadores,»*—no podemos, sin embargo, cerrar esta série de reseñas históricas sin la debida mencion de los diestros, que ó frisan yá en la línea de los principales ó dan fundadas esperanzas de llegar próximamente al término feliz de sus adelantos en la primera categoría de su profesion. Algunos merecerian capítulo especial, y no pareciera favor dedicárselo cuando circulan sus biografías entre aficionados y curiosos con justificada estimacion; pero nos han retraido de semejante idea consideraciones poderosas, que nos creemos en el caso de exponer á la atencion del público para que juzguen nuestra conducta en estas circunstancias. Nuestros Anales se escriben con el doble objeto de satisfacer el anhelo constante de los afectos al festejo nacional y de iniciar al profano en todo lo concerniente á un espectáculo, juzgado mal por no conocerlo bien; y por consecuencia no cabe en ellos, si han de llenar su cometido, nada que pueda estimarse como gracia especial á unos en agravio de otros, ni que altere el riguroso método é imparcial crítica que preside á esta ímproba tarea. Por mucho que prometan, y aun valgan, los espadas que siguen á los inclusos en la galería precedente, como no es caso raro un progreso tal que selle las habilidades con la marca de los génios en el arte no lo es tampoco un retroceso, que burlando pronósticos y conjeturas, frustre lastimosamente una carrera, comenzada bajo los auspicios más brillantes. Incluyendo á todos en una mencion particular, y sin diferencias, gratas á estos y

ofensivas á estotros, queda libre espacio á la continuacion futura de estos Anales, sin desflorar cuestiones del porvenir; y si pluma ó más autorizada ó más dichosa que la mia se emplea en el asunto dentro de algunos años, encuentre sin embarazo su tarea biográfica, cual yo la encontré al trazar este libro despues de publicada por G. de Bedoya la *Historia del toreo* en 1850.

En el grupo de diestros andaluces, que eslabonan sus tareas á los recuerdos de los hombres célebres en la tauromaquia hispana, se singulariza el jóven matador, Rafael Molina y Sanchez (*Lagartijo*), nacido en Córdoba en veintisiete de Noviembre de 1841, de José, conocido por el apodo del «Niño de Dios», banderillero y matador en novilladas, y Maria, hermana del torilero del coso córdobes, significado con el mote de *Poleo*. Educado en el matadero de su ciudad natal y discípulo de Antonio Luque, salió en la cuadrilla infantil, formada por el *Camará* en 1852, figurando como banderillero á los nueve años, y recorriendo las plazas de Almagro, Ciudad-Real, Jaen, Úbeda, Écija, Granada y Málaga. Tomando parte en cuantas funciones disponian los toreros cordobeses, y adelantando cada dia en ejecucion y limpieza de las suertes del peon de lidia, Rafael entró en la cuadrilla de su paisano José Rodriguez (*Pepete*) hasta que se unió á los hermanos Carmona en 1862, acompañándolos á Portugal y á todos los circos españoles, con grande aprovechamiento, y agrado expresivo de los públicos. Banderillero del Gordito, adiestrado en su animada escuela y protegido con loable empeño por Antonio, Rafael tomó la alternativa á fines de la temporada de 1865, y yá en 1866 estoqueaba en Madrid con el Tato y Carmona, iniciándose en el rango de los espadas con una extraordinaria aceptacion. Desde entonces, y por una série de visibles y satisfactorios progresos, Molina va haciéndose el matador en boga; habiendo sostenido rudísimas competencias con todos los diestros reputados en nuestro pais, sustentando su pabellon con un ardimiento y una intrepidez admirables. Hace poco que se ha publicado en Córdoba su biografia completa y detallada, al final del folleto —«*Toreros Cordobeses*,»—escrito con tanta competencia como acierto por Don José Perez de Guzman, sobrino del malaventurado Don Rafael, y recomendamos su lectura á los aficionados y curiosos, por la importancia, variedad y exactitud de sus noticias biográficas y necrológicas de los diestros que desde los tiempos primitivos del toreo de espectáculo y en cuadrillas han salido de la antigua corte de los Califas Occidentales, ilustrando con sus proezas en los cosos los fastos de nuestra esplendorosa y bizarra fiesta nacional.

Manuel Fuentes, nacido en Marzo de 1837 en la ciudad de Córdoba, primogénito del banderillero conocido por *Canuto*, fué discípulo de Antonio Luque en el matadero de dicha ciudad; perteneciendo como primero de los peones á la cuadrilla infantil, formada por el *Camará* en 1852 y que celebrara funciones en vários circos andaluces con un éxito superior á todo cálculo. En 1853 alternaba yá Fuentes con Antonio Luque (*Cúchares*) en la muerte de los novillos, y yá se le distinguia con el alias de *Bocanegra* por cierto marcado parecido con el banderillero de Redondo, que pereció en la plaza de Madrid por entonces. Banderillero de Pepete, y pareja del inteligente lidiador, Francisco Rodriguez (*Caniqui*), Fuentes pasó á la cuadrilla de Manuel Dominguez, formándose pronto un gran partido y rivalizando en su especialidad hasta con Antonio Carmona en el Puerto de Santa Maria. Despues de vários ensayos y pruebas afortunadas, Dominguez concedio á Bocanegra la alternativa en la corrida de ocho de Setiembre en 1862; dando principio la carrera del jóven espada, que harto animoso y prematuramente emancipado de la enseñanza de su maestro y protector, ha sufrido percances dolorosos

y frecuentes, que ni quebrantan su enérgico carácter, ni le retraen de preferir la faena de aguantar á los toros á la de quebrarles los piés é irse á ellos, como es comun en esta época. Aplaudido en Madrid, despues de la ocurrencia del Gordito en aquel palenque, y llamado con estimacion á diferentes plazas en union de Rafael Molina, Bocanegra se prometia con razon un porvenir de honra y provecho; pero una rebelde oftalmía le obligó á ponerse en cura, perdiendo el trabajo contratado para 1869, y siguiendo aun delicado de la vista, aunque los facultativos le dan esperanzas de próxima y radical curacion de su sensible dolencia.

José Ponce, natural de Cádiz, representa una escuela, que con algun más arte en la brega con los toros, sería la de Ronda, inmortalizada por una generacion de Romeros; pero fiado el éxito de los lances de la lid á la bravura y al aplomo, sin los recursos tácticos de la esperiencia en casos de escepcion, acontece que el diestro, lucido con los brutos boyantes y francos, se desluzca despues con los recelosos y huidos, por falta de cualidades que completen la educacion de los lidiadores. Ponce es un jóven de airosa figura; parco en floreos y juguetes; toreando ceñido y corto; esperando á las fieras como ningun otro despues de Dominguez; grave y digno en sus modales; duro á los encuentros con las reses, y trabajando siempre con ese afan de los toreros, cuya aficion resiste á todo género de contratiempos y contrariedades. En 1856, mató los dos últimos toros en Madrid, en la corrida del diez y seis de Junio, gustando su serenidad y mesura en aquella jornada y en la funcion de siete de Junio de 1857 en Sevilla se hizo aplaudir con justicia en la muerte de los bichos que le correspondieron y que afortunadamente se prestaron á su sistema de torear por sus índoles bravas y querenciosas. Ponce ha tenido cojidas muy sérias en Valencia, Bilbao y Madrid en 1860, y la del Puerto de Santa Maria, en veinticuatro de Junio de 1862, en el sexto bicho de la ganadería de Martinez Enrile, fué tremenda y pudo costarle la vida el arrojo de cortar la retirada á un animal huido y con querencia á las tablas. Es Ponce un matador guapo y por el estilo de Manuel Lucas, y como él vá adquiriendo alguna maña para dominar las reses resabiadas y que no se dan á partido al trasteo claro y natural; pero su tendencia predominante es á recibir y aguantar á los toros, y en tiempos pasados, y cuando las ganaderías bravas no habian sufrido la degeneracion en que tanto influyen intereses egoistas, José habria emulado con Juan Lucas en su mejor época, porque nadie le aventaja en resolucion ni sangre fria, siendo además un escelente compañero y persona de agradable trato.

Francisco Arjona Reyes (*Currito*), hijo del famoso Cúchares y de su ejemplar esposa, fué dedicado á los estudios por un padre, ansioso de la elevacion de sus descendientes á costa de toda especie de gastos y sacrificios; pero mientras que el malogrado Felipe aprovechaba los años en las asignaturas preparatorias de la carrera de arquitecto, Curro declaró que no queria malgastar el tiempo y el dinero á la vez; consagrándose á la gestion de los negocios de su casa en apariencia, pues en realidad se adiestraba en el toreo, por más que en ello disgustara á su padre, quien solia decirle que bastaba de *torería* en los Arjonas. Al fin hubo que revelar á Cúchares la determinacion de su primojénito, pués ya en doce de Junio de 1864 toreó en una lidia de novillos en el coso sevillano y en ocho de Setiembre de 1865 salió como primer espada en cierta funcion á beneficio de la hermandad de la Virgen del Rosario, desmostrando lo que llaman los aficionados *sangre torera* en el tercer becerro, que lo cojió por dos veces, y á quien despachó de un volapié, descabellándole al primer golpe. Francisco Arjona Guillen comprendió sobra-

damente que valia más regir de cerca la afición entusiasta de su hijo que dejarle expuesto á las resultas de atreverse á lo que no permitiera desempeñar su falta de conocimientos en muchos lances de compromiso y de apuro, y así se explica que le llevara aquella temporada á Cádiz, á Ronda y á otros circos, en calidad de banderillero, y dándole á matar los *toritos alegres*, como decia gráficamente Juan Leon, para que pudiera lucirse y creara base de crédito. En 1866 alternó Currito con su padre en buen número de plazas; siendo muy de notar que marcase el tipo seco y bravo de Montes y Dominguez, separándose de la escuela de movimiento y rebullicio de Cúchares y el Tato, y en 1867 se labró una reputación tan lisonjera en las provincias del norte, que en el otoño se le contrató con Curro para una función extraordinaria á beneficio del hospital de operarias de la Fábrica de tabacos de Madrid; comportándose en la lidia de tal manera que los empresarios de la corte hicieron á los Arjonas propuestas ventajosísimas, que el sobrino de Guillen tuvo la inoportunidad de no admitir, difiriendo la respuesta. En 1868 no bregó mucho nuestro brioso mancebo, aunque en las corridas en que tomara parte se acreditara de arrojado y sereno hasta un punto indecible; negándose Curro á llevarle consigo á la expedición por las Antillas y América española, por más empeño que pusiera en acompañarle, deseoso, como joven y ávido de novedades y aventuras, de ver lejanas tierras, curiosas costumbres y otro orden de existencia que el de nuestro clima y sociedad. Después del fallecimiento desgraciado de Cúchares en la Habana por el mes de Diciembre, se hicieron á Currito varias proposiciones de ajuste muy halagüeñas y en relación con las simpatías por el difunto y con el interés por el animoso mancebo; comenzando temporada en Abril de 1868 en Sevilla con Antonio Carmona, vestido de luto y recojiendo abundante cosecha de aplausos por su determinación y solicitud por complacer al público en cuanto alcanza la inesperienza de sus juveniles años. En 1869 ha figurado entre los espadas mejor recibidos por la afición en todas las provincias, y en 1870 lleva dos corridas en la plaza de Madrid, alternando con Cayetano Sanz y Salvador Sanchez (*Frascuelo*), tratado en las revistas tauromáquicas con una distinción extremadamente honrosa y grata para los que consideran en los méritos que ilustran al hijo la memoria gloriosa y querida de su padre.

José Lara, conocido por *Chicorro*, es nativo de Jerez de la Frontera, y oriundo de una familia de castellanos nuevos, ocupados en las faenas y tráfico de la casa-matadero en dicha ciudad; por consiguiente desde los primeros años de su infancia ha vivido familiarizándose con lidiadores de reses y tomando parte en el sorteo del ganado bravo en los corrales del referido establecimiento. A fuerza de sobresalir entre los aficionados al toreo en su tierra, Lara consiguió intercalarse entre los novilleros de los puertos andaluces, y distinguiéndose de los más aventajados en su esfera, logró que los hermanos Diaz (*Lábis*), Cúchares y José Carmona le emplearan como banderillero en repetidas ocasiones. Mannel Diaz lo llevó á la América española, donde *Chicorro* gustó infinito, alborotando en Méjico y Lima con el salto de la garrocha, en que supera á los memorables Montes y Juan Manzano. De regreso en España, y decidido por Antonio Carmona dar á Molina la alternativa de matador, entró José en la cuadrilla del Gordito, aprovechando extraordinariamente las lecciones de Antonio y los ejemplos del Lagartijo; aprendiendo el cambio y á parrear de frente con banderillas de á media cuarta. Separado el espada cordobés de la compañía de Carmona, Chicorro ocupó su lugar de preferencia entre los peones y comenzó á ensayarse en la muerte de los toros siempre que podia obtener de Antonio esta gracia y al fin en 1867 recibió la anhelada alternativa, contratándose en cosos de consideración y para trabajar con los diestros de

más renombre. En 1869, y después de la desgracia del Tato, fué ajustado á Madrid, en cuya plaza sufrió una cojida idéntica á la de Antonio Sanchez, aunque curada á los pocos días, y en 1870 rompió el campo en Sevilla, en dos lidas de Abril con Rafael Molina; pasando luego al circo de Santa Ana en Liboa, donde al frente de los *canpihas casteços* ha hecho cuatro funciones, siendo aplaudido, obsequiado y favorecido en extremo por el culto y galante público lusitano.

Inmediatos á la significacion de primera línea en el rango de matadores podemos contar á Jacinto y José Machio, discípulo el primero de Manuel Dominguez y protegido el segundo por el finado Arjona Guillen, que le llevó de espada en su cuadrilla á nuestras posesiones de América: lidiadores de facultades, inmejorable deseo y en edad y aptitud de abrirse paso en su carrera hasta el último y satisfactorio término de sus aspiraciones. Agustín Perera, que en 1861 y sobresaliente de espada con Dominguez en el coso de Sevilla, hizo alarde en sus toros de valor y de calma, impropios de su corta práctica en las lides, adiestrado luego en muchos ensayos de matador, con cuadrilla propia, en plazas de segundo y tercer orden, pasó á Madrid á fijar domicilio, de donde salió á diferentes puntos á cubrir sus compromisos con varias empresas; agradando mucho por su figura simpática y su afán de merecer la estimacion de los espectadores. José Giraldez (*Jaqueta*) ha toreado como inteligente peon de lidia con los espadas sevillanos de su tiempo, encontrando reiteradas dificultades para ascender y postergado con frecuencia á otros que valian menos en el ejercicio, aunque tuviesen más favor con los matadores de la época. Dedicado á novilladas y funciones subalternas, y figurando alguna vez que otra en la cuadrilla de Cúchares, la empresa de Sevilla le contrató para trabajar con Manuel Carrion y José Cineo en dos temporadas extraordinarias, dando á conocer sus buenas disposiciones. En 1869 obtuvo la alternativa, y desde entonces viene comprendido entre los espadas noveles que pugnan por elevarse, merced á sus alentadas faenas y á costa de las rudas fatigas que pasan los que se inician en la categoría de diestros, sin más patrocinio que su propio y exclusivo valer en el arte y expuestos á las contingencias acerbadas de la imprevision ó del descuido. José Cineo (*Ciríneo*) pertenecía al número de esos muchachos, imbuidos en la afición á la lidia y rebeldes á dedicarse á otra ocupacion diferente á la que encierra en sí el bello ideal de sus ambiciones, sin desmerecer de su encanto por la consideracion de los peligros, ni por su palpable inminencia. Enteramente votado á la lucha con reses bravas, salió sin estipendio en varias corridas de novillos, y después ganando alguna cosa como banderillero, probado ya en el cumplimiento de sus faenas. Unas veces en cuadrillas de orden inferior y en excursiones aventureras por las provincias de Andalucía y Extremadura, y otras supliendo faltas y llenando número en cuadrillas de más consideracion, Cineo salió de la esfera vulgar, indicándose á sus cólegas y al público como un peon de esperanzas por su manejo, desenvoltura y teson en la brega con los toros. Protejido con empeño por ciertas personas de influjo en la afición, *Ciríneo* fué contratado para matar en corridas extraordinarias de toretes, de la ganadería de Romero Balmaseda, alternando con José Giraldez, y el público dió en concurrir á estas funciones, atraído por el interés que supieron despertar los jóvenes espadas y avivó cada día más el espíritu de partido; proporcionando utilidades á la empresa de Sevilla en las temporadas de estío de 1866 y 1867. En 1868 Antonio Carmona llevó á Madrid á Cineo, estimulado por las muestras de su feliz disposicion y también por eficaces recomendaciones de muchos de sus amigos y afectos, y por

José empezaron las amañadas hosquedades, que descargaron luego en el Gordito con tanta violencia y obstinacion. En el mismo año recibió la alternativa y trabajó en Barcelona en la temporada de otoño, y en 1869 lidió en Sevilla con *Jaqueta* y en los puertos y plazas principales de Andalucía; aceptando proposiciones para Buenos-aires y Lima, que se le dirijieron por la Agencia hispano-italiana, establecida en la capital del Principado. Manuel Carrion, conocido por el *Coracero*, aficionado á torear en su adolescencia, no perdió el gusto por las lidias en el período de su servicio militar y ya en el campamento de la dehesa de los Carabancheles, terminadas las maniobras de los simulacros belicosos, ya en Tetuan y en coso improvisado, dirijia novilladas como diestro de empuje y sereno por demás. Cumplido su tiempo de servicio y de regreso en Sevilla, su pais natal, Carrion se ha dedicado á la brieda con los toros; alternando en algunas novilladas con lucimiento y prometiendo un espada de poco trasteo, pero entrando á la cabeza de los bichos con alma, hiriendo derecho y firme y dominando á las reses con su elevada estatura y su intrépida planta en las suertes de recibir y aguantar.

En el grupo de diestros de las provincias castellanas, y despues de Cayetano y Julian, se destaca Salvador Sanchez (*Frascuero*), jóven lidiador, incansable en la brieda, parecido á Sanz en la regularidad y aplomo del trasteo, hiriendo mejor y con más arranque, y reuniendo al estímulo de los toreros pundonorosos condiciones para ser mucho y presto, si una desgracia inopinada no viene á cortar en flor esperanzas legítimas de una carrera envidiable. Salvador ha tenido por modelo á Cayetano, y como la escuela de Sanz deriva del tuerto *Capa* y el mancebo cuenta con más brío que sus predecesores, resulta un matador hábil y resuelto, coronando los deseos impacientes de Madrid por tener en su abono un hombre de esta especie, en rivalidad con Andalucía. Frascuero empezó por novilladas que le valieron un numeroso partido, y como peon de lidia en cuadrillas de crédito probó ámpliamente sus dotes; pasando á figurar en temporadas extraordinarias como matador de toros, alternando con toda la segunda tanda de toreadores madrileños y andaluces. Al fin, y favorecido con razon sobrada y esfuerzo comun por el público y las empresas, Salvador tomó la alternativa, y en 1868 lidió en la coronada villa con el Tato y el Gordito; yendo á Granada con Molina en reñida competencia, y trabajando en Cádiz con brillante aceptacion. En 1869, y asentada su reputacion en sólidas bases, se le propusieron muchos ajustes de importancia, correspondiendo las ofertas á la curiosidad de los públicos, escitada por las escelentes noticias del mérito de este novel y ya notable diestro castellano; pasando al Perú, con el espada Garcia Villaverde, y recibiendo en la plaza del Acho de Lima una inusitada ovacion, de que se ocuparon los periódicos del nuevo y antiguo continentes. En 1870, y administrado el coso de Madrid por aquella Diputacion provincial, se han unido á Cayetano y á Francisco Arjona Reyes con Salvador Sanchez, y la prensa periódica en sus reseñas de las corridas hasta la fecha trata á los espadas jóvenes como á continuadores afortunados de las glorias de un arte que podrá extinguirse un dia más ó ménos remoto; pero que siempre tendrá su rango en la historia de este bizarro pueblo por haber constituido su espectáculo nacional propiamente.

Ángel Lopez (*el Regatero*) ha sido un banderillero de punta, honor de los peones de lidia de Madrid, y era punto menos que imposible que en su ascenso á matador quedara al nivel de su popularidad, como sobresaliente entre los subalter-

nos; siendo imposible del todo que marcase como espada tipo más alto que en su rango en la cuadrilla de Sanz. Cumplir no basta en artes y ejercicios, donde solo el primer término proporciona la doble adquisición de honra y lucro, y Ángel, que era una escelencia como lidiador, es una medianía en la clase de los diestros. Pablo Herraiz procede asimismo de la notable y distinguida tanda de los banderilleros de su época, empeñados en subirse á mayores, con más quebranto que aumento de su fama y por consiguiente de su porvenir en la profesion; convenciéndose aunque tarde y á su costa, de que la inteligencia de los peones de lidia y los afanes por adelantos en la carrera no son caminos directos para llegar á el primer peldaño de la dificultosa escala. Gonzalo Mora comenzó bajo los auspicios más felices, lisonjeado en extremo por el público de Madrid; atreviéndose con fortuna en los lances de compromiso; supliendo el saber con el arrojo y cultivando con gracia y tacto las simpatías en su favor; pero los toreros no consuman su carácter en esta especialidad hasta que no reúnen el valor y la prudencia en un compuesto armónico y semejante al ataque y defensa en la esgrima, y Mora es desigual por falta de la union de estas cualidades; pareciendo hoy temerario y huido mañana, y en la misma funcion ambas cosas muchas veces. Domingo Mendivil (el *Provinciano*) es un espada de segundo término, muy estimado por su buen arte, acepto á los matadores por sus escelentes prendas, y que ocupa su lugar con todos los diestros con quienes alterna en los principales cosas, y Mariano Anton lleva el propio camino, siendo tanto más de apreciar en ambos una modestia que no es comun, como lo prueban tantos otros que con mucho ménos se tienen en bastante más. José Antonio Suarez se presenta bien hasta ahora, augurando progresos en su escuela, que es la de Cayetano; si bien más decidida al herir y más franca en el trasteo para no apurar á los toros, dejándoles arrancar, si tal es su índole.

XXXVII.

Para completar la Parte segunda de nuestros Anales, llenando en su texto las más prolijas exigencias de los aficionados y curiosos que los favorecieren con su lectura, vamos á pasar ahora en revista rápida los fastos de la profesion, desde los espadas de segundo orden á los picadores y banderilleros que han figurado en las cuadrillas más notables en cada época, siguiendo el orden gradual de categorías que viene respetándose de antiguo en carteles y anuncios de las funciones taumáticas.

Durante la competencia de Costillares con los Romeros de Ronda en Madrid, torea-ban en otras provincias Lorencillo y su discípulo José Cándido, Antonio Ramirez, Sebastian Jorge, Antonio Campos, Nicolás Martinez y Julian Arocha; sobresaliendo entre todos Martin Barcáiztegui (*Martincho*) por su rara intrepidez y Francisco Herrera (*Curro*) por su extrema pericia en la brega con los toros. Contemporáneos de Pepe Hillo fueron Juan Conde, Juan José de la Torre, Ambrosio Valdivieso, Bartolomé Jimenez, Manuel Alonso (el *Castellano*), Francisco Garcia (*Perucho*) y Francisco Herrera Guillen, padre del célebre Curro. Con los Romeros y Cándidos alternaban

como espadas Antonio de los Santos, Juan Miguel Rodriguez, Antonio Baden, Juan de Alcázar, Francisco Hernandez (el *Bolero*), Manuel y Lorenzo Baden, Antonio Bejarano y Juan Nuñez (*Sentimientos*). En la época de Curro Guillen le seguian en la escala como diestros de nombre Agustin Aroca, Francisco Garcés, Alonso Alarcon, Juan Garcés, Manuel Correa y el Fraile del Rastro. En la emulacion ruidosa entre Antonio Ruiz y Juan Leon ocupaban el segundo rango en el ejercicio José Maria Inclan, Manuel Romero Carreto, Francisco Ezpeleta, José y Francisco de los Santos y Antonio Rue (Nieves). De los discípulos de Antonio Ruiz vive aun Luis Rodriguez, tio de Juan Yust, y murieron José Parra, Juan Miranda y José Garcia (el *Platero*) de Cádiz, debiendo á Juan Leon útiles consejos Antonio Gonzalez (el *Confuso*) protegido por Curro Guillen; Pedro Sanchez (*Noteveas*); José Vazquez y Parra y José Monge, espadas de cierta consideracion en el ejercicio. La escuela de tauromaquia preservadora de Sevilla en su corta duracion produjo las celebridades que dejamos consagradas en las precedentes reseñas de nuestra Galería, y sirvió de origen á reputaciones menos extensas, aunque bien asentadas, como las de Montaña (el *Fraile*) Francisco Puerto, Antonio Monge el (*Negrilo*) Antonio Calzadilla (*Colilla*), víctima de un toro de la ganadería de D. Aniceto Alvaro, en la plaza de S. Genís el veinticinco de Agosto de 1845, y José Diaz (*Mosquita*) que pereció en la Habana el mismo año, de resultas de una cojida en la funcion del veintiocho de Junio. En el apogeo de Francisco Montes campearon como diestros de segunda tanda Pedro Mulas (el *Salamanquino*), Manuel Arestoy y Antonio Velo, Francisco Benitero (el *Panadero*) del Puerto de Santa Maria, Juan Monge, de Cádiz y Juan de Dios Dominguez, primero picador y natural de la Isla de S. Fernando. En la emulacion de José Redondo con Francisco Arjona Guillen, y en segundo término podemos contar á Juan Jimenez (el Cano) Manuel Macías, Francisco Vilches, el *Lilli*, de Granada, Antonio Conde, Francisco Bejarano, de Córdoba, José Gimenez, el *Granadino*, Andrés Martinez, *Quico*, de Cádiz, José Lami (el *Francés*), José Martin, de Navalcarnero, Antonio Ortega, y Manuel Sanchez (el *Pintor*), ambos de Sevilla. Ya en los tiempos de alternativa de Cúchares y Dominguez en la primera línea del arte, y significándose en la evidencia de sus méritos Antonio Sanchez y José y Manuel Carmona, se conocian como espadas á José Muñoz (*Pucheta*), rey de las turbas de Madrid en Julio de 1854 y sacrificado en la lucha sangrienta del diez y seis de Julio de 1856; á Miguel Sancho y Antonio Nicolau, ambos de la coronada villa; José Vazquez (*Parreta*) de Valencia del Cid; José Rubio Gaspar, de Gélves; Antonio Luque (*Cúchares*), de Córdoba, hijo del *Camará*, y Antonio y Joaquin del Rio, madrileños y sobrinos de Gregorio Jordan; y coetáneos del Tato y los Carmonas fueron José Manzano (el *Nili*), hijo del famoso Juan, lidiador de primera nota; Francisco Martin (el *Corneta*); Juan San Pedro Cazalla; Juan Acosta, de Badajoz; Abasolo, vascongado; Peroi, catalan; Joaquin Gil (el *Huevatero*), de Zaragoza, muerto á consecuencia de una cojida en Octubre de 1862; Manuel Perez (el *Relojero*); Domingo Vazquez y Vicente Garcia Villaverde, nativos de la corte.

Las Maestranzas de caballería de Ronda, Sevilla y Granada, reconocieron preferencia á los varilargueros sobre los peones de lidia, por alternar con los caballeros rejoneadores en las séries de los primitivos festejos y después que la nobleza dejó de torear consideraba á los picadores como ejercicio más aristocrático por requerir habilidad de ginetes y alientos de acosadores de reses bravas. En anuncios y esquelas de convite de funciones de Maestranzas hasta el promedio del siglo XVIII

preceden los picadores al espada y á la cuadrilla á pie, costeándose por las corporaciones á los lidiadores montados chaquetillas, moñas, espadas y varas. Al formar sus cuadrillas los Romeros y los estoqueadores andaluces y vascos, prefiriendo las Maestranzas y empresas entenderse con los diestros al ajuste parcial de los toreadores, ocuparon lugar de preeminencia los primeros espadas, como gefes de la tropa; mas seguian los picadores inmediatamente, y hasta el medio-espada iba despues en carteles y papeletas, á la cabeza de los banderilleros, que unas veces se especificaban y otras se comprendian en la breve fórmula —«y una lucida cuadrilla de peones.—» José Delgado (*Hillo*) comenzó á exigir que constaran en avisos y cédulas los nombres de sus banderilleros, y estableció esa costumbre, si bien guardando á los picadores su fuero de preceder á los peones de lidia, hasta que Francisco Montes, que no era muy afecto á la gente de á caballo, hizo poner en los carteles, paralelos unos á otros, á sus peones y á sus ginetes; introduciéndose esa práctica y caducando el antiguo privilegio de los varilargueros españoles. Examinemos ahora, y por el orden que lo hicimos con los espadas, las tandas de picadores que se han sucedido en nuestros cosos, desde los Romeros y Costillares hasta el presente.

Joaquin Rodriguez (*Costillares*) llevó á diferentes plazas á Felipe de Lerma, Gil Garcia, Sebastian Varo, Juan Ortega, Francisco Gomez, Diego Lozano, Manuel Rendon y Juan Marcelo. Pedro Romero empleaba á hombres como Manuel Jimenez; Pedro Rivillas; Antonio Parra; Francisco Tinajero, (el *Granadino*); Cristóbal Marchante y Juan de Arévalo. Pepe Hillo utilizaba como ginetes á Bartolomé Padilla, jerezano; Diego Molina (*Chamorro*), de la Algaba; Juan Jimenez; Juan Misas y Juan Lopez, de Guadajocillo, que picó el toro que causó la muerte á Delgado. Gerónimo José Candido y Curro Guillen lucieron en sus cuadrillas á picadores tales como Francisco Rodriguez; Antonio Peinado; Antonio Herrera, (*el Cano*); los Ortices, Francisco y Cristóbal; Luis Corchado; Bartolomé Manzano; Joaquin Zapata y Manuel Diaz. A la muerte de Guillen sus discípulos, Antonio Ruiz y Juan Leon, se repartieron las celebridades en el toreo á caballo, que eran Juan Mateo Castaño; Sebastian Miguez; Julian Diaz; Juan Pinto; Juan Marchena (*Clavellino*); Manuel Rivera y Juan Martin. Francisco Montes tuvo en tanda á notabilidades como Francisco Sevilla; Francisco Hormigo; Antonio Sanchez (*Poquito-pan*); Francisco Tapia; Francisco Briones; Manuel Carrera; Juan Gutierrez (*el Montañés*) y Juan Gallardo, mientras Juan Leon y sus hechuras Juan Pastor, Juan Yust y Francisco Arjona Guillen, ocupaban á José Trigo; José Fabre; Andrés Hormigo; Antonio Fernandez; Joaquin Coyto (*Charpa*); Manuel Gonzalez, sobrino de Juan Pinto; Juan de Dios Dominguez, después matador; Juan Diaz (*el Coriano*) y José Alvarez. José Redondo añadió á los bravos picadores de Paquilo la adquisicion de Lorenzo Sanchez; José Sevilla (*Troni*); Francisco Atalaya; Bruno Hazañas; los Puertos, Carlos y Francisco; Juan Alvarez, *Chola*, y Manuel Ceballos; agregando Cúchares y sus antiguos campeones á caballo á los nuevos José Barrera (*Trigo*); Francisco Miguez, hijo del famoso Sebastian; Antonio Arce; Francisco Ángel; Antonio Lemos, y los Calderones, Antonio y Francisco. Manuel Trigo y los cordobeses Luque y Rodriguez, llevaban en sus cuadrillas á Erasmo Olvera, Manuel Payan, José Llaveró, Antonio Fernandez, Onofre Alvarez y Juan Ceballos, trabajando con Sanz y Casas los picadores Mariano Cortés (*el Naranjero*); Juan Antonio Mondéjar, *Juaneca*; Ramon Fernandez (*el Esterero*); José Marqueti; Antonio Rodriguez y Ventura Martin (*el Salamanquino*). Manuel Dominguez ha contado con Pedro Romero (*el Habanero*); Juan Fuentes; Manuel Perez y Miguel Ala-

nís, y Antonio Sanchez (el *Tato*) además de los Calderones, Antonio, Francisco y José, ha sacado al bravo Antonio Pinto, hijo del célebre Juan; á Antonio Navarrete; Francisco Oliver; José Ortiz, (el *Chamusquino*) y Francisco Roda. Los Carmonas reforzaron su cuadrilla con José Salvador y Antonio Aceves; y en tanto que Cúchares admitia en la suya á Tomás Sanguino y á Tomás Sanchez (el segundo *Habanero*), Juan Lúcas Blanco se valia de Manuel Morales (*Corchado*) y de Juan Lanceta; Manuel Arjona Guillen admitia en su seccion montada á Juan José Bedia (el *Guantero*) y á Manuel Gonzalez, y José Manzano (*Nili*) sacaba á probar fortuna á Manuel de los Santos y á Francisco Vargas, de Alcalá de Guadaira. Antonio Carmona ha protegido á los nuevos picadores, José Calderi y José Cazalla (el *Caíto*) de Cádiz, y aquí hacemos punto en materia de ginetes de lidia; pasando á tratar en capítulo aparte de los banderilleros, dando tregua á la fatigada atencion de nuestros benévolos lectores.

XXXVIII.

Los Palomos y Manuel Bellon de Sevilla, los Romeros de Ronda, Francisco y Juan, Leguregui y Barcáiztegui, toreros vascongados, se cuidaban poco de anunciar á los peones que los auxiliaban en sus lídias, y Joaquin Rodriguez (*Costillares*) en su lucha perenne con Juan Romero fué quien pensó en nombrar á sus muchachos en carteles y papeletas, datando de su tiempo las reputaciones de José Delgado, Miguel Arocha, Bernardo Asensio, Francisco Garcés, Alonso Caraballo, Gerónimo y Francisco Maligno, Vicente Estrada y Juan Herrera. Se sabe por documentos y memorias de la época que Juan Romero contaba con Juanito Apiñani, Tomás Fernandez y Vicente Ranilla, y que Costillares admitió entre sus banderilleros á Cristóbal Ruiz Pelaez y á Gerónimo de Luua, cuando hizo su segundo á José Delgado y ascendió á media espada á Ambrosio Valdivieso. Renovando algun tiempo después el personal de sus respectivas cuadrillas, Rodriguez dió á conocer ventajosamente á Nicolás Martinez, José Jimenez, Manuel Rodriguez (*Nona*), Manuel de la Vega, Francisco Claro, Mariano Aguilar, Antonio de los Santos, Manuel Bueno y José Almansa, y Pedro Romero sostuvo dignamente su competencia con ayuda del insigne Manolo (el *Castellano*) que capeó, banderilleó y mató á caballo en la jura de Carlos IV. Gerónimo José Cándido; Pedro Palomo; Ambrosio Recuenco y Bartolomé Jimenez. Pepe Hillo llevaba en su selecta tropa á Alonso Alarcon (el *Pocho*) Cristóbal Diaz, Felipe Vargas, Manuel Alonso, Juan José Claros, Sebastian de Vargas (el *Flamenco*) José Garcia, Manuel Sanchez (*Ojo Gordo*), José Diaz y Manuel Jaramillo. Diéronse maña para sobresalir en su especialidad, no obstante la postracion del toreo por el trájico final de José Delgado, los banderilleros Silvestre Torres (el *Fraile*), Ramon Garcia Juan Ramos, Francisco Hernandez (el *Bolero*), José Maria y Cosme Rodriguez, tios maternos de Curro Guillen y Domingo del Corral, y Gerónimo José Cándido y Francisco Herrera Rodriguez en su rivalidad tenian por subalternos á lidiadores como Vicente Parolo, Gregorio Jordan, el Fraile de Santa Lucía, Fernando Carreto, Luís Ruiz, Juan Leon, Juan Jimenez (el *Morenillo*), José Antonio Calderon (*Capa*) y

Arjona (Costura), padre de Cúchares. Antonio Ruiz (el *Sombrero*) educó buen número de peones, entre los cuales sobresalieron Luis Rodríguez y el cordobés Rafael Rodríguez (*Melaja*) y Juan León hizo distinguirse con su enseñanza á Manuel Guzman y á Manuel Camilo. Francisco Montes empezó uniendo á Jordan y al tuerto Capa con Juan Martínez (el *Raton*), Isidro Barragan y los madrileños Felipe y José Usa; renovando sus peones con Manuel Rodríguez (*Chauchau*); Juan José Jimenez; Ignacio Espeleta; Manuel Trigo; Enrique Ortega; Manuel Aragon (*Paquilillo*); Nicolás Baro; Manuel Jimenez (el *Cano*) y José Redondo. Juan León tuvo de subalternos á Antonio de las Nieves; Pichoco; José María Inclan; Juan y Javier Pastor; Juan Yust; Francisco Arjona; Juan Campos (*Majaron*); el Negrito, notable por sus cuarteos; Juan Manzano (*Nili*); Manuel Dominguez; Márcos Juliano; Antonio Rodríguez, el (*Panadero*) Juan Caridad y Antonio Calzadilla.

El Chiclanero, además de los peones de la cuadrilla de Paquilo, tuvo á Bocanegra, José Carmona, Manuel Ortega, Ignacio Espeleta, Matías Muñiz y José Fernandez. Cúchares en su dilatada carrera ha llevado en su compañía á Blás Meliz (*Minuto*), Manuel Ortega (*Lillo*), Francisco Ortega (el *Cuco*), Fernando Arestoy, Manuel Bustamante (la *Pulga*) Rafael Bejarano, Manuel Sanchez, Ignacio Martínez (*Propinas*), Francisco Torres (el *Loro*), el Poncho, Antonio Velo, Juan Sanchez (*Noteveas*), Antonio Sanchez el (*Tato*) Juan Yust, Andrés Narciso, Marcelo Ureña, Victoriano Alarcon (el *Cabo*), Benito Garrido (*Villaviciosa*) Juan Mota, Juan Rico, Francisco Rechina, Pablo Herraiz, Manuel de las Casas (el *Manquito*), Antonio Monabe, Joaquin Vega, Antonio Boj, José Giraldez (*Jaqueta*) Manuel Martín, Francisco Arjona Reyes y José Machío. Cayetano Sanz ha empleado á Domingo, Angel Lopez (el *Regatero*) Joaquin Carbonero (*Quini*), Anselmo Alanís y Mariano Anton; distinguiéndose bajo la dependencia de Julian Casas Mateo Lopez, Quintin Salido, Cristino Perez, José Rodríguez y Santiago Aller. Manuel Dominguez compuso su cuadrilla de los chiclaneros Baro y Paquilillo, de Chauchau y los banderilleros de Manuel Trigo, Ceferino Berló y Manuel Perez (*Zalea*); contando después en ella á Jacinto Machío, Manuel Fuentes (*Bocanegra*), Antonio Carmona y el Gallito, José Rodríguez (*Pepete*) traia á su lado á Rafael Bejarano, Francisco Rodríguez (*Caniqui*), Manuel Fuentes y Rafael Molina (*Lagartijo*). Antonio Sanchez, llevándose lo mejor de la cuadrilla de Cúchares, la fué renovando con José Morilla, Mariano Anton, Matías Muñiz y Antonio Huertas. Antonio Carmona ha sacado á Rafael Molina, á José Lara (*Chicorro*) Rafael Librero, el Chesin, Sebastian Villegas y José Cineo (*Cirineo*). A José Ponce deben su posicion Ricardo Antunez de Sanlúcar de Barrameda; Francisco Diaz (*Paco de Oro*); Juan Ramirez (el *Raton*) el Poncho y Fernando Buceta. Entre los banderilleros provincianos citaremos por su mérito relevante á Pedro Aixalá (*Peroi*) el Zapatillero, el Marinero y los aragoneses Abasolo y Ranera.

XXXIX.

Así como en el capítulo XLVIII de la Parte primera de este libro (*Reseña histórica de la lidia de reses bravas*) concentramos en interesante sumario las materias, tratadas en

las páginas sucesivas de aquella sección de nuestros Anales, vamos ahora á formar un resumen de los asuntos sobre que versa la Parte segunda (*Galería biográfica de los principales lidiadores*), tanto para justificar la cuestión de método que venimos siguiendo rigurosamente, cuanto para que sirva de indicación útil á los lectores cuando deseen consultar un punto determinado en las biografías que anteceden.

Empieza el primer capítulo de esta Parte exponiendo las razones de crítica y de conveniencia que se han tenido presentes para el orden, estructura y pormenores de estos estudios biográficos; diferenciándolos así de otras tareas del propio género y en la especialidad misma, ya en colección, ya de ciertos lidiadores exclusivamente.—Siguen antiguos y curiosos datos de los hermanos Juan y Pedro Palomo, de Manuel Bellon, el *Africano*, y de Martin Barcáiztegui, conocido por *Martincho*.—Los primitivos Romeros de Ronda, Francisco y Juan, se presentan en su verdadero relieve en la historia del arte taurino; rectificándose algunos conceptos equivocados respecto á invenciones, atribuidas á uno y á otro.—En la biografía de Joaquin Rodriguez, *Costillares*, y dando al diestro de Sevilla todo el realce que corresponde á su mérito, se refuta la idea de que introdujera el volapié en la lidia de toros.—A Pedro José y Antonio Romero se juzgan en su relacion con la escuela de Ronda y en la diversidad notable de sus caracteres respectivos.—El cuadro de la romántica existencia de José Delgado, *Hillo*, se desarrolla en su tipo de lidiador, en las costumbres de su época y en la singularidad de su índole; formando un estudio ameno é importante.—Gerónimo José Cándido ocupa el lugar que procede como representante de las tradiciones de la tauromaquia rondeña y segundo maestro en la Escuela de Sevilla, creada en 1830 por Fernando VII.—La reseña biográfica de Francisco Herrera Rodriguez, vulgarmente denominado Curro Guillen, se funda en datos, noticias y detalles, que ningun biógrafo del insigne espada ha tenido ocasion de reunir, y que se deben á la circunstancia de dirigir esta obra su sobrino carnal, Francisco Arjona Herrera, «Cúchares.»—La vida y hechos de José Ulloa, *Tragabuches*, dan á la serie biográfica de lidiadores cierto intervalo de novedad y de dramática escitacion que sirven al ánimo de esparcimiento de su atencion fatigada.—Antonio Ruiz, el *Sombrerero*, y Luis su hermano llenan el capítulo siguiente, precediendo al cordobés Francisco Gonzalez, *Panchon*, discípulo de los Romeros, espada de una audacia y de un valor extraordinarios.—Juan Jimenez, el *Morenillo*, protegido de Curro Guillen, emplea en su personalidad el capítulo XII y el inmediato se dedica al malogrado torero Manuel Parra, una de las esperanzas del toreo sevillano en su era.—En la biografía de Juan Leon se esceden los límites de una reseña hasta donde pueden autorizarlo la grande valía del sugeto y la estimacion cariñosa de quien escribe la relacion biográfica.—Roque Miranda, Rigores, diestro de Madrid, antecede á Manuel Lucas Blanco, matador de la escuela sevillana, memorable por sus tareas en principales cosas y por el tristísimo fin de sus dias.—El juicio crítico de Francisco Montes, como el de Juan Leon, sustituye con una opinion fundada y sólida las exajeraciones diversas del favor y el odio respecto á personajes de tanta y merecida celebridad en su esfera.—Escrita por su estimable sobrino, Don José P. de Guzman la biografía del animoso quanto infortunado Don Rafael, discípulo de Juan Leon, hemos honrado con ella las páginas de nuestro libro, antes de que apareciera en el recién publicado folleto «*Toreros Cordobeses*.»—Juan Yust precede en los fastos del ejercicio á Juan Pastor (el *Barbero*), cuya vida de aventuras y peregrina-

nos lances se trata en el panorama que consiente la índole de esta publicación.— Juan Martín, el segundo espada de Paquilo, tiene asignado el capítulo XXI de esta Parte segunda y el que sigue especifica la ruda y laboriosa brega del espada madrileño Isidro Santiago, Barragan.—La catástrofe del famoso maestro, Francisco Arjona Guillen «Cúchares,» en la Habana y en el día cuatro de Diciembre de 1868, ha intercalado en esta Galería una reseña biográfica que, siendo su héroe director pericial de estos Anales, no hubiera procedido publicar; y con el estudio del célebre discípulo de Juan Leon forma contraste el relativo al patrocinado de Montes, el singular José Redondo, el (*Chiclanero*,) émulo constante del sobrino de Curro Guillen.—Antonio Luque, «el Camará», está mejor comprendido en nuestras reseñas como director de una escuela tauromáquica en el matadero cordobés que en calidad de diestro de nombradía, y el orijinal lidiador Manuel Diaz, (*Lábi*), hermano del alentado Gaspar, se retrata en su tipo torero y en los rasgos oportunitísimos de su escéntrico carácter.—Dedicado el capítulo XXVII á las noticias respectivas á la varia y ajitada existencia de Juan Lucas Blanco, versa el sucesivo acerca de los antecedentes y méritos del estimable espada de Madrid, Cayetano Sanz, discípulo de Capita.—Manuel Trigo está ofrecido á la consideracion pública en todas las peripecias afanosas que complicaron su significacion en el ejercicio y en el inopinado lance que cortó cruelmente su ventajosa carrera.—Julian Casas, el (*Salamanquino*), espada que toda España conoce y aprecia, se encuentra calificado en su doble personalidad de individuo y de matador de toros con la imparcial crítica que no aventura un dictámen sin robustecerle con pruebas.—La biografía de Manuel Dominguez abarca los episodios aventureros de su vida novelesca, que tiene compartidos sus efectos en el antiguo y nuevo mundo, y la de José Rodriguez, (*Pepete*), es una fiel relacion de sucesos, que enseña en el siniestro final las resultas funestas del valor, cuando no le rige una táctica providente.—Antonio Sanchez, el *Tato*, llena el capítulo XXXIII con la exposicion minuciosa de sus principios en la profesion, de sus progresos; de su consumacion en el arte, y del sensible fracaso que le roba á las ovaciones del público en lo mejor de su edad.—José y Manuel Carmona anteceden á su hermano Antonio, el *Gordito*, que cierra la série de biografías circunstanciadas ó estudios individuales de esta Parte segunda.—Consideraciones, debidamente esplanadas en el capítulo XXXVI, nos han movido á la mencion histórica, y nó á la particular reseña, de los jóvenes espadas Rafael Molina Sanchez (*Lagartijo*); Manuel Fuentes (*Bocanegra*); José Ponce; Francisco Arjona Reyes; José Lara (*Chicorro*); Jacinto y José Machío; Agustín Perera; José Giraldez (*Jaqueta*), José Cineo (*Cirineo*) y Manuel Carrion; formando grupo en la escuela tauromáquica de Madrid Salvador Sanchez (*Frascuelo*); Ángel Lopez (el *Regatero*); Pablo Herraiz; Gonzalo Mora; Domingo Mendivil (el *Provinciano*); Mariano Anton y José Antonio Suarez. Faltaba al complemento de la Parte segunda una revista general de espadas subalternos y de las tandas de picadores y peones de lidia en las cuadrillas principales, que han figurado sucesivamente en nuestras plazas, y este vacío lo llenan los capítulos XXXVII y XXXVIII en cuanto puede abarcarse en un relato tal número de personas.

Escrita la historia de la lidia de reses bravas, y ofrecida á la consideracion de inteligentes y aficionados al toreo, como á la investigacion de los curiosos, la reseña biográfica de los principales diestros, con mencion detenida de sus auxiliares más dignos de memoria por su competencia en las suertes, réstanos dedicar algunas páginas á la cuestion de ganaderías; órden de divisas; cosos más notables de la Península; accidentes del festejo en las provincias principales de España, y observaciones, por último, sobre lo que pudiera y deberia de hacerse para impedir que el espectáculo nacional por escelencia, degenerere, como empieza á indicarse, por falta de toros de lidia y de lidiadores de inteligencia y buena práctica.

PARTE TERCERA.

I.

Harto se comprende que al tratar separadamente de estos propósitos de la 3.^a parte de los *Anales del toreo* habremos de ser más compendiosos que en el resto de la obra, tanto por la vária diversidad de las materias, cuanto por que de nuestras indicaciones en ciertos particulares deducirá el lector fácilmente consecuencias, que no necesitaremos por tanto detallar, evitando así el abuso de la atencion de los que nos favorecen con la lectura de este especial trabajo.

Circunstancias recientes, anexas á toda revolucion radical, han frustrado algunos designios, destinados á favorecer grandemente el porvenir de las lidias de toros. Nos referimos á la extincion de los Reales Cuerpos de Maestranzas de Caballería; constándonos, especialmente de la de Sevilla, que abrigaba el proyecto de instituir una clásica Escuela de tauromaquia, á imitacion de la antigua, dirigida por Pedro Romero, Gerónimo José Cándido y Antonio Ruiz (*el Sombrero*); contando ya con el afamado diestro Manuel Dominguez, y con el aventajado toreador, Juan Martin, para que enseñaran el toreo de tradiciones y de defensa á los que se entregan hoy á todos los excesos de la temeridad y de la irreflexiva audacia.

Todavía cabe llenar el vacío que en este punto importante de la lidia de reses bravas deja la extincion de cuerpos de maestranza, que parecian indicados al propósito de restaurar el toreo; oponiéndose con pródidas disposiciones á su decadencia y lastimosa derivacion de su origen; pero sería necesario para ello que verdaderos afectos á la fiesta española, de acuerdo con los dueños de ganaderías de lidia, sufragaran los gastos iniciales de Escuela y de tauromaquia, consagradas á encauzar los adelantos del toreo; cortando el camino á extravagancias y arbitrariedades, que hoy prestan á esta lid algunos de los caracteres distintivos de la gimnasia de espectáculo.

II.

España ha sido una nacion, esencialmente agrícola y ganadera; y el estudio de su legislacion denuncia los constantes es-

fuerzos de Reyes, Córtes, Consejos, Municipios, Señores y Comunidades, por acordar los intereses, contrapuestos hasta cierto punto, del cultivador de tierras y del ganadero; formulando el intento más enérgico en este vital, como importante asunto, la institucion del honrado consejo de la mesta, cuyas tendencias y Estatutos no se dirijian á otra cosa que á regularizar armónicamente la Agricultura con la ganadería.

En determinadas regiones de nuestro país, la relacion entre los habitantes y el terreno de sus distritos era tan desproporcionada que más de una tercera parte de la tierra quedaba vírgen y salvaje; proporcionando dehesas de enorme extension para la cría de ganados de várias especies, y sobre todo del cabrío y vacuno. Así se explican las toradas en Andalucía, Provincia de Salamanca, Extremadura, Mancha y Navarra; debiendo tenerse en cuenta la despoblacion de aquellos distritos por la expulsion de la raza morisca en la época de Felipe III y la distancia de cerrados y veredas de ganadería de caminos públicos y carreteros, por lo cual criábanse los animales en estado salvaje propiamente y bravos por consecuencia.

La alimentacion de carnes del ganado vacuno tenia lugar por piaras más domésticas, y contíguas á los centros de poblacion, criadas con pastos propicios al objeto de cebarlas, y por el deshecho de las reses de labor, que la marchantería se procuraba para abastecer los mataderos públicos; repugnando los consumidores las carnes desabridas de los animales, que consumian los salistrosos pastos marismeños; nutriánse con jaras, adelfas y brótanos de montes bajos, ó despuntaban los brotes ásperos de terrenos fuertes, nunca laborados por la cuidadosa inteligencia agrícola. La industria pellejera contratava la matanza de ganado salvaje, y la salazon para proveer de carnes curadas las galeras de la Armada Real y las flotas con rumbo al mundo de Colon y Hernan Cortés, aprovechaba las carnes de las reses bravías, ménos jugosas y más idóneas por tanto para su conservacion con destino á vituallas. El ganadero en estas condiciones no solia fundar su fortuna en la mera ganancia de la grey brava; sino que opulento labrador, ó rico propietario, poseia además dehesas, que arrendaba al pasteo, criando en ellas animales de su propio dominio. De esta manera el ganadero solia ser el labrador, que pasaba de acomodado, llegando al colmo de las ventajas de su situacion.

Al establecerse los españoles en las regiones privilegiadas de la América del Sur, cuidáronse de trasladar á aquella, su

nueva patria, las condiciones todas de su existencia, y de Andalucía y de Extremadura sacaron para su embarque esos toros y vacas, que puestos en libertad en las selvas inmensas y verdes descampados de Buenos-Aires, Chile y Lima, ha procreado esa raza bovina, objeto de tantas contrataciones en aquellos países, y que constituyen tan grande especialidad en los ramos de su pingüe riqueza.

En tanto que las lidias de toros no pasaron de diversiones á beneficio de Cofradías y Hermandades piadosas, ó en provecho de instituciones públicas ó en socorro de ciertas calamidades, pero sin el concierto, las formas y el orden regular, con que se establecieron á principios del siglo XVII, los ganaderos no pudieron vincular fundada esperanza de lucro con relacion á la lidia de su ganado, y más bien regalaban sus mejores toros para contribuir á los fines religiosos ó caritativos de las lidias de entonces, que por crear una reputacion de buena casta, que les produjera resultados materiales.

Así pues, las ganaderías de toros bravos no tuvieron particulares divisas hasta que se hizo fiesta nacional la que antes era predilecta diversion de españoles y portugueses; y por más que sobrarian en nuestro país las razas bravías, no hubo interés especial en distinguirlas hasta que las empresas organizaron las contrataciones, constituyendo un nuevo tráfico, que tenia por base la calidad y el número de las reses de lidia.

En las partes precedentes han tenido lugar nuestros lectores de enterarse de los trámites, por donde vino á ser espectáculo nacional la fiesta lucida y vistosa, propia de las brillantes Cortes, y peculiares á las Villas en sus funciones religiosas y cívicas; pero completando sus noticias en este particular, diremos aquí que entre los dueños de ganado de lidia sobresalian á raiz de organizarse el espectáculo las casas andaluzas de Vista-Hermosa, Cabrera, Rodriguez y Giraldez: cuatro criadores, que por tener más de cien vacas de vientre, tenían el derecho de señalar sus toros con el *papillo*; signo que consistia en recortar la papada del animal, dejándole en medio una escrecencia á manera de escobilla. Como eran cuatro ganaderías, que gozaban de la propia distincion, idearon una diferencia bien visible, que marcara la procedencia de los bichos; escojiendo moñas de determinados colores (rojo, azul, blanco y oro) que pusieran á la vista del público el particular dominio de los animales; tomando tipo de las diferencias de colores, tan usuales en justas y torneos, cuadrillas de jugadores de cañas y cabezas, danzas y comparsas en saraos y festividades, y bandos de moros y cristianos en algaradas y correrías. A imitacion de estos cuatro ganaderos fijaron sus matices en moñas y divisas los demás de provincias diferentes y en 1794 se publicó en Madrid un plano iluminado de divisas, grabado por Juan Gutierrez de Somala, de que poseo un ejemplar, teniéndole en grande estima.

Consistiendo en vinculaciones la mayor parte de la riqueza en España, y siendo la ganadería el complemento de la riqueza en cuanto frisa en la opulencia agrícola, las ganaderías pasaban de padres á hijos, sin dividirse las greyes y llevando el mismo nombre, y usando la propia divisa. Por esta razon el cuadro de Juan Gutierrez de Somala, tuvo escasas variaciones; datando éstas de la revolucion, quedando el golpe de gracia á las vinculaciones, y desamortizando los bienes, paralizados en inflexible sucesion dominical, ha hecho pasar todos los elementos de riqueza por una série de transiciones, diametralmente opuestas al antiguo tradicionalismo; resultando de aquí que las masas de ganado de lidia de la antigua casta de Vista-Hermosa, hayan producido con su venta las ganaderías famosas de Lesaca (hoy del Marqués del Saltillo), de Arias de Saavedra en Utrera, de Taviel de Andrade, y de Barbero en Córdoba.

A este paso las ganaderías se han subdividido de tal modo,

que no ya constan de una casta, oriunda de otra de primera clase en su especie; sino que hay casta compuesta de puntas de ganado superior, que forman un misto, con derecho á dos colores de divisa. De aquí que un cuadro de divisas hoy carezca de exactitud y hasta cierto grado de oportunidad; lo uno, porque la moña de hoy es más un signo de lujo que una determinacion de casta; lo otro, porque no existe la razon severa de marca particular de dominio, que introdujo la regularidad escrupulosa de las divisas, hasta el extremo de litigarse por espediente ante las Reales Maestranzas la legalidad de una moña de oro, como sucedió en las fiestas que Sevilla diera á Felipe V y á su familia en 1729.

Es costumbre además no poner divisas á los toros cuando los seis ú ocho de una propia corrida pertenecen á la misma casta; reservándose las moñas para las lidias en competencia de ganaderías, que si bien las más incitantes son las ménos frecuentes. Añádase á esto que en las lides en provecho de las asociaciones benéficas suelen intervenir damas, encargadas en el lujo y airosa confeccion de las moñas; y abandonado completamente este particular á su eleccion y buen gusto, las trazas, colores y exornos quedan al absoluto arbitrio de las amables directoras de estas divisas; relajándose así una regularidad, que hoy carece de razon de ser y por los motivos expuestos.

Los hierros de marca del ganado son hoy su verdadera razon de origen, porque léjos de ser convencionales como las divisas, hay particular y marcado interés en conservarlos; siendo comun que se trasmitan con el dominio, particularmente en las castas que disfrutan de grande y merecida celebridad.

III.

Dejamos dicho en la parte primera de estos Anales que los primeros cosos, arbitrados á la lidia como espectáculo, pertenecian á cuerpos de maestranza ó casas de misericordia, toda vez que los permisos para verificar corridas se otorgaban por la Corona como privilegio á nobles institutos ó como recurso á la beneficencia, que en tiempo de los Borbones recibió activo y eficaz impulso en nuestra patria.

La construccion de Plazas de Toros se resintió del carácter provisional que les daban los términos de las licencias, y así se comprende que en una era arquitectónica, como la de Carlos III, la mayor parte de los Circos taurinos fuesen de madera, dentro de una cerca de material de humildes tapiales; y claro es que ni Maestranzas ni Juntas benéficas habian de resolverse á levantar cosos en proporciones de cierta grandiosidad, cuando el Consejo de Castilla daba permisos de escaso número de funciones, en atencion á especiales objetos y excusando toda amplitud, que erigiera en derecho lo que dispensaba como una gracia especialísima.

Solo en los puntos donde habia toreadores de reputacion, como en Sevilla y Ronda, ó institutos benéficos bastante poderosos para contar con licencias para corridas anuales, como Madrid, Zaragoza y Valencia, ó donde el pueblo se interesaba más por el fomento de las lidias, comprendiendo el interés de la afluencia de forasteros á sus recintos, se construyeran plazas de toros, en analogia con los antiguos Circos romanos, de que presentaban solemnes y ostentosos vestijios las ruinas de Itálica, los campos contiguos á Mérida, los llanos de Segovia, y los valles Tarraconenses. Pero el carácter provisional de estas concesiones de vistas de toros era siempre una rémora para proyectos de edificacion de circos, que correspondieran á las creces de la estimacion que alcanzaba el toreo, y al producto que dejaban las corri-

das, merced á la bravura del ganado, y á la destreza y valentía de los héroes Sevillanos y Rondeños.

En los festejos reales era de constante tradicion habilitar la primera plaza pública para torneos, ejercicios de la ginetá, cuadrillas y lidias de toros; siguiéndose esa costumbre en las bodas del Príncipe de Asturias, despues Cárlos IV, con la Princesa Napolitana, Doña María Luisa, cual lo dejamos consignado en las biografías de Costillares, Delgado (Hillo) y Pedro Romero. En capitales y villas de importancia las corridas se efectuaban tambien en la Plaza mayor, preparada al efecto; no pensándose en erijir otros palenques, porque ni el número de las cuadrillas, ni el costo de sus contratas, permitian pensar en ello; agregándose las muchas diligencias y pasos, que imponian tales festejos para obtener superior permiso, por conducto de Alcaldes, Corregidores ó Asistentes.

En tiempo de Cárlos IV llegó á su apogeo la fiesta nacional; alcanzando el decidido favor de la Córte y de los pueblos más importantes de la Península; datando de este período las primeras Plazas, con destino á la lidia de reses bravas; si bien el temor á que variase el rumbo de aquel patrocinio influyó en que las Juntas benéficas, como las Empresas particulares, restringieran los gastos; siendo pocas las graderías de piedra ó material, y demasiado comunes las andamiadas de madera, con exposicion de la concurrencia, y á riesgo de accidentes desastrosos, de que por fortuna diéronse pocos ejemplos.

Las Maestranzas y las Juntas de Hospitales y Hospicios iniciaron las construcciones de Circos taurinos; y á la vez, mejoraron la estructura de sus cosos los cuerpos nobles de Ronda y Sevilla, y levantaron plazas las Asociaciones benéficas de Madrid, Zaragoza, Granada, Valencia, Pamplona y Tudela; siguiendo el impulso Municipios y Señores en poblaciones como Medina-Sidonia, Trujillo, Ciudad-Real y otras; continuando algunas empresas la ereccion dentro de cercos murales de palenques de lidia; sacando á subasta las andamiadas de sombra y de sol, para ahorrarse los costos de una construccion definitiva de órdenes de asientos.

La antigüedad de los toreros databa de la época, en que justificaban por cartel haber lidiado en Madrid y Reales sitios; en Plazas de Maestranza; Circos á cargo de Juntas benéficas, y por último, en Capitales que tuvieran sitio fijo para el espectáculo; y las Justicias consagraron con repetidas providencias en este sentido las alegaciones de los gefes de cuadrillas; instituyendo jurisprudencia, respetada hasta el tiempo de Francisco Montes, quien rompió resueltamente con estas tradiciones del ejercicio; poniendo por cláusula que habia de torear el primero con todos los diestros de su época, escepcion hecha del maestro Juan Leon.

En las peripecias, que en su lugar dejamos referidas, y á que dieron márgen el fin desastroso de Pepe-Hillo y el regreso de Fernando VII en 1814, detuviéronse no pocas nuevas construcciones de Circos; pero cuando varió el régimen político y los Municipios salieron de la tutela del Consejo y Cámara de Castilla, apénas hubo poblacion que no comprendiese á la plaza de toros entre los edificios públicos de necesidad en la vida de los pueblos; contribuyendo á favorecer tales construcciones el número de cuadrillas, que bastaba á cubrir el notable aumento de las funciones; estando su costo respectivamente al alcance de cada localidad.

En estos dias cabalmente, después de las polémicas ruidosas en pró y en contra del toreo, y cuando en clubs y plazas públicas, tribunos, extraviados por el prurito de la singularidad, declaman contra la fiesta española, tachándola de bárbara y propensa á la depravacion de las costumbres del pueblo, en la capital de España se construye un nuevo Circo taurino, en condi-

ciones tales de solidéz, elegancia y comodidad, que recuerdan las edificaciones de aquella Roma de los Augustos y de los Aurelios, cabeza del mundo y maestra de la humanidad en cultura y poderío.

IV.

Hemos trazado en la parte primera de estos Anales el curso progresivo, que convirtió en festejo nacional la lidia de reses bravas; ejercicio primero de carácter agreste; luego muestra de habilidad y gallardía en cosos, plazas y palenques, y despues alarde bizarro en las solemnes ocasiones de públicos regocijos, y fiestas religiosas y cívicas. Naturalmente hubieron de señalarse en estas lidias los distritos, en que habia ganado bravo; y las comarcas andaluza, extremeña, castellana vieja, riojana y navarra, adoptaron la diversion de correr y jugar toros, como primera entre sus expansiones de alborozo; habiendo peones de lidia, que eran prácticos y conocedores en las toradas, y caballeros que reunian á la condicion de ginetes la de intrépidos rejoneadores; picando de vara corta, al recorte de sus amaestrados caballos, ó de vara larga, esperando al toro y sujetándolo en su acometida, mientras rehurtaban de la embestida á sus cabalgaduras, buscándoles salida por el lado contrario del arranque.

En el tránsito de estas lidias á la categoría de espectáculos no solo hubieron de consultarse las especiales condiciones de cada provincia, sino que influyeron poderosamente en la manera de ser de tales diversiones la índole particular de las ganaderías, el consiguiente sistema de toreo, y las tendencias de cada público, segun eran afectos á la gallardía, á la temeraria exposicion, al jugueteo en las suertes con el bruto astado. Así vemos en la historia de estas lidias que en tanto que Bellon y los Palomos en Andalucía introducen la escuela de quiebros, recortes y cambios, método de los Africanos y reflejo del sistema árabe, Barcáiztegui, conocido por Martincho, naturaliza en el país vasco esas suertes terribles, que hoy conocemos por las láminas al agua-fuerte del ilustre Goya, y que demuestran un arrojo, en que se jugaba la vida, siendo tan fácil una catástrofe en esas luchas del hombre con la fiera de poder á poder, como decia el maestro Juan Leon. De provincia á provincia debieron marcarse las diferencias en la *lid* á proporcion que diferian las condiciones del ganado; porque á la propia dosis de bravura de los toros, las castas andaluzas obedecen más á los envites de los lidiadores, al paso que los toros castellanos son más tardos y paran más en las suertes; por cuya razon los lidiadores andaluces se acostumbran mejor á recibir las reses y los castellanos se avazan á buscarlas para consumir las suertes. Así se explica la repugnancia de Costillares y de Hillo á luchar con toros castellanos, manifestada en una solicitud al Corregidor de Madrid, que dió lugar al choque de estos diestros sevillanos con el matador de Ronda, Pedro Romero. Así tambien se entiende cómo banderilleros, justamente aplaudidos en Andalucía, parecen desorientados en la plaza de Madrid, y en las corridas primeras; hasta decidirse á mudar de bisiesto, haciendo por el toro, en lugar de ahorrarse la mitad de la suerte, dejándole llegar al centro de la misma.

En los accidentes del festejo nacional, privativos á las diferentes provincias de España, se estudian las diversas tradiciones de raza, genial y costumbres de cada una; así como se rastrean las peripecias que en cada una han traído el toreo de ejercicio rural á público espectáculo. Es curioso en este punto escuchar los comentarios de las cuadrillas en sus continuos y su-

cesivos trabajos en diferentes plazas, donde los públicos tienen exigencias, á fuer de inteligentes; marcan tipo á las lidias, porque propenden ya al toreo parado, ya al toreo movido; ó bien se inclinan á favor de suertes vistosas, no sabiendo apreciar lo que puede llamarse clásico en este género de ejercicios.

Aunque la lidia de toros no tuviese otra ventaja que la de ofrecer al observador el panorama más lucido y completo de las poblaciones, merecería estima preferente entre todos los espectáculos: porque el extranjero, juez harto competente en la materia, es quien aprecia y ensalza esta vistosa y alegre síntesis de los vecindarios, afluyendo en bullicioso tropel á la plaza; acomodándose en sus varias localidades con escitacion atractiva, y presentando un cuadro, ó mejor dicho, una série de cuadros, que hasta al más acostumbrado al prestigio de tal golpe de vista conmueven y entusiasman.

En regiones distantes de nuestra España, en climas bien opuestos á nuestro clima, entre gentes, que en nada participan de nuestros gustos y de nuestros hábitos, yo he oido, con íntima fruicion y satisfaccion inesplicable, las impresiones profundas y gratísimas que de nuestros circos taurinos conservaban no pocas celebridades políticas, científicas, literarias, en artes é industrias; escuchando de su boca el testimonio de gustosa admiracion, tributado á las corridas de la sin par Valencia, de la heroica Zaragoza, de la altiva Pamplona, de la coronada villa, de la aristocrática Ronda, del puerto de Santa María, joyel de la Andalucía baja, de Cádiz, la perla del Occéano. Cuando escuchaba estos elogios, no podia ménos de recordar que en mi país existían gentes, que no por manía de sábio ó por tema de carácter sino por anhelo de singularidad y prurito de distincion, reclamaban la abolicion de estas lidias, objeto de conversaciones animadas y descriptivas entre personas de alta condicion en el extranjero.

Dediquemos algunas páginas á marcar las causales que en nuestros días han traído el toreo á una sensible degeneracion, hasta el punto de parecer unas veces haber retrogradado á la época de las temeridades costosas, y dar lugar en otras ocasiones, á que no parezca un arte de principios definidos y constantes aplicaciones, sino una série de aventuras, de dudoso desenlace, y con frecuencia de tristes resultas, que no contribuyen poco á favorecer las opiniones contrarias á nuestro lucido festejo nacional.

Los primeros maestros de la tauromaquia, así andaluces, como castellanos y navarros, se ajustaban con sus ginetes y peones de lidia, discípulos suyos en su mayor parte, ó cuando ménos fiados en su pericia por hombres, como aquellos espadas, cuidadosos de su crédito y celosos por el lustre y prestigio de sus cuadrillas. No eran dables las improvisaciones en el toreo; porque dependientes tales festejos de licencias sucesivas de las autoridades, éstas se guardaban muy bien de otorgarlas sin haberse cerciorado primero de que todas las condiciones de lidias estaban superabundantemente atendidas; desde la responsabilidad del diestro, con relacion á sus auxiliares en la lucha, hasta los más mínimos detalles y accesorios del espectáculo. Hasta novilladas y capeas, como fueran de las llamadas *de cartel* ó sea mediante precio, se ejecutaban bajo la direccion de un medio-espada, gefe de los peones, y quedaba solo para ensayarse á los aficionados el toro de cuerda, el becerro eral ó el ejercicio pri-

vado en corralones y toriles. Así se evitaban esas tragedias, en que la inesplicencia arrogante desafia peligros, que no alcanza á comprender en su cruel extension, cuando los provoca con esa audacia, que recibe tan digno como doloroso premio.

Cuando se multiplicaron las plazas, creándose los contratis-tas, que ó tomaban en arrendamiento las lidias, concedidas á establecimientos de Beneficencia, ó bien se procuraban permisos de las autoridades para determinado número de vistas de toros, fueron recibidos algunos toreadores, que no procedían de enseñanza de los diestros de nombradía en aquella época; empezando por entónces una improvisacion, que sin embargo de serlo, no ofrecía los peligros de hoy; tanto porque las empresas no eran numerosas, cuanto por el requisito de toreas en plazas de Maestranza, primer fundamento de la antigüedad en la profesion, y origen único de una reputacion bien asentada. Las escuelas de Ronda y de Sevilla debieron su auge á la severidad con que procedían Romero, Costillares y Delgado; no permitiendo que sus respectivos subalternos se entregaran á las arbitrariedades caprichosas, que anticipan los rangos á los méritos para obtenerlos y legitimarlos. Algo ménos escrupulosos los espadas castellanos, no fundaron escuela; porque no partían de esa unidad, que dá una autorizada enseñanza, con aplicacion á las diversas facultades de los discípulos, que dentro de un propio sistema desarrollan especialidades diferentes, ensanchando la órbita de los medios y recursos de un ejercicio cualquiera.

Por emanciparse de la saludable disciplina de competentes directores, acaecieron muchas desgracias, que evitaran preven-ciones contra la lidia de toros; y desde Hillo al menor de los Romeros, la temeridad ofrece palpitantes lecciones de escarmiento, que con su saber táctico evitaran los Romeros y Costillares, y más tarde los Ruizes y Leones.

La tan criticada escuela de tauromaquia preservadora, establecida en Sevilla, creó una pléyada de lidiadores de primera nota, como Paquilo, Cúchares, Dominguez, Just, con otros banderilleros de gran valía, cuyos nombres bien merecen los honores de la celebridad; trascendiendo los frutos de aquella enseñanza á discípulos de los discípulos de dicha escuela; sobresaliendo entre todos José Redondo (el Chielanero), único en conciliar en su simpática persona el toreo parado de los Rondeños y el toreo movido de los Sevillanos.

En balde se ha consignado en nuestros días en reglamentos de gobiernos civiles y municipios el principio justificado y eminentemente previsor de no admitir por lidiadores á los menores de 18 años, y á los que no presentaran carteles como peones de lidia al mando de diestros, reconocidos como tales. Desconociendo la tendencia salvadora de estas atinadas disposiciones, se permite que jóvenes que apenas podrian defenderse de becerros añojos, salgan á habérselas con novillos y toros; dando espectáculos bien poco recreativos, y creciendo en brutal arrojo á medida que salen impunes de sus empresas, hasta el día aciago, en que pagan el plazo extremo; sirviendo su catástrofe de tema indebido á los adversarios del toreo, en sus lacrimosas declamaciones contra un arte, que han ejercido sin funestas resultas los diestros, que han sido tales diestros.

La Administracion, que vá tomando todas las atribuciones de una verdadera providencia humana, está en el caso de impedir las deplorables resultas de una ciega impremeditacion y de un obstinado empeño; condicionando los requisitos de los lidiadores de toros, y exigiéndoles como precedente de aptitud la dependencia probada de espadas de primero, segundo ó tercer órden; y bien puede creerse autorizada al caso, en cuanto la administracion bien entendida atiende á prevenir contingencias desagradables, viciosos extremos y resultados amargos, que no sirve sentir y deplorar luego.

VI.

No cerraremos esta serie de consideraciones acerca de los accidentes principales en las lidias de toros bravos, sin formular una opinion, en que vengan á tener una especie de resumen todos los precedentes históricos que dejamos expuestos en este libro. Es comun entre los aficionados al toreo de espectáculo una prediccion de Francisco Montes, que nunca oí de sus lábios, aunque le traté con intimidad, mereciéndole no pocas confianzas. Dícese que el célebre diestro, al retirarse cansado de la azarosa vida de lidiador, hizo la afirmacion melancólica de que en un breve período no quedarian en España toros ni toreros. La degeneracion de castas taurinas y la marcha poco satisfactoria del arte de torear en nuestra época parecen autorizar hasta cierto punto un vaticinio, que sinceramente nunca creí proferido por el ilustre espada.

El maestro Juan Leon, hombre mucho más expansivo que su rival en el arte taumático, confesaba que entre Pedro Romero y Curro Guillen existia la diferencia que se reconoce entre el oro y la plata, y hablando de sí propio, con relacion á tales antecesores, se calificaba chistosamente de *torero de similar*; concluyendo por manifestar que, á escepcion de Cúchares y de Redondo, todo lo que habia era *quincalla*. Sin tener yo su experiencia práctica, su vasto conocimiento en cuanto se relaciona con la lidia, ni los alcances extraordinarios de aquella especialidad admirable, he visto marcarse las escuelas en el toreo, perdiendo siempre, y merced á las causas apuntadas en las tres partes de esta obra.

Juan Leon confesaba que, harto de la falta de inteligencia de ciertos públicos, y notando en ejemplos repetidos que sacaban más partido que él en varios cosos los matadores que falsificaban las suertes, eludiendo con mañas las condiciones de exposicion é intrepidez, se fué acostumbrando poco á poco á torcer el curso de sus primitivas tareas; llegando á decir que gran parte de los toros que habia rendido á sus piés *no lo conocian personalmente*; aludiendo á que los despachaba, valiéndose de tretas y artimañas, impropias de un hombre superior, obligado á sostener y ampliar las clásicas tradiciones de la profesion ó ejercicio á que se consagrara, con cualidades y condiciones para realizar ambos propósitos.

Puede muy bien decirse que José Redondo (el *Chiclanero*) fué el torero último de la buena escuela; porque reunió en su persona, y en raro conjunto, las dos escuelas de nuestra taumaquia; siendo bravo y sereno para aguardar y recibir, como los espadas de Ronda, y ágil y listo para provocar suertes vistosas, por el estilo de la escuela sevillana. Despues de este hombre memorable no conocemos otro intervalo de fausto lucimiento del arte de Romero y Costillares que el período en que Manuel Dominguez, á su regreso de Buenos-Aires, recordó á los aficionados antiguos el tipo del toreador en cuanto tiene de noble, esforzado y táctico; sin mistificaciones de su entidad, ni concesiones indebidas á los arbitrarios caprichos de una multitud ignorante.

Verdad es que Francisco Arjona ha sido el diestro más popular de nuestra época; pero en la historia del toreo aparece responsable de su degeneracion lastimosa, en cuanto se preciaba de buscar recursos para facilitar las suertes, descartándolas de sus condiciones virtuales, para conservar las apariencias, con ménos realidad del trabajo. El capeo por detrás del célebre Hillo, el gallego audáz de Costillares, y los finos recortes de Guillen, fueron deplorablemente falsificados por Cúchares; una gran parte de sus jugueteos con los toros venian á reducirse en puridad á *correr delante de la cabeza*, como gráficamente decia Juan Leon. Los discípulos de hombres, que de este modo falsean el arte, constituye toda una generacion de monederos falsos, y desde el punto en que el público reconoce que se le engaña está en su derecho en rechazar lo que se le vende por legítimo, siendo una imitacion dolosa de la verdad.

Sólo restableciendo escuelas y oponiendo obstáculos á las intrusiones temerarias de advenedizos sin experiencia ni cualidades, puede restaurarse el toreo; haciéndolo digno del título honroso de primer festejo español; contando además con el celo de los dueños de ganaderías en la obra de afinar las castas; refrescando las sangres, y atendiendo más á la fama de las razas, que al lucro de enagenar toros de lidia.

Mediten bien estas observaciones los que tengan intereses, ligados con la antigua y lucida fiesta española; concordando sus esfuerzos para sacarla de la postracion en que hoy yace; y sea cual fuere el porvenir que esté reservado á estas lides, consten en nuestros Anales la demostracion del mal, la demanda de los oportunos y eficaces remedios, y la escitacion á prevenir contingencias, que secunden el caprichoso prurito de tantos como creen dar pruebas de cultura, ilustracion y elevados sentimientos, declarándose enemigos pertinaces de las corridas de toros.

En esta parte del libro se trata de los aspectos más importantes de la vida social y económica de la América Latina. El autor analiza el proceso de la independencia y el surgimiento de las naciones modernas en América Latina. Se discute el papel de la Iglesia y el Estado en el desarrollo de las sociedades latinoamericanas. El texto también aborda el tema de la desigualdad social y económica que persiste en la región.

El autor también discute el papel de la Iglesia y el Estado en el desarrollo de las sociedades latinoamericanas. El texto también aborda el tema de la desigualdad social y económica que persiste en la región. El autor analiza el proceso de la independencia y el surgimiento de las naciones modernas en América Latina. Se discute el papel de la Iglesia y el Estado en el desarrollo de las sociedades latinoamericanas.

El autor también discute el papel de la Iglesia y el Estado en el desarrollo de las sociedades latinoamericanas. El texto también aborda el tema de la desigualdad social y económica que persiste en la región. El autor analiza el proceso de la independencia y el surgimiento de las naciones modernas en América Latina. Se discute el papel de la Iglesia y el Estado en el desarrollo de las sociedades latinoamericanas.

En esta parte del libro se trata de los aspectos más importantes de la vida social y económica de la América Latina. El autor analiza el proceso de la independencia y el surgimiento de las naciones modernas en América Latina. Se discute el papel de la Iglesia y el Estado en el desarrollo de las sociedades latinoamericanas.

El autor también discute el papel de la Iglesia y el Estado en el desarrollo de las sociedades latinoamericanas. El texto también aborda el tema de la desigualdad social y económica que persiste en la región. El autor analiza el proceso de la independencia y el surgimiento de las naciones modernas en América Latina. Se discute el papel de la Iglesia y el Estado en el desarrollo de las sociedades latinoamericanas.

El autor también discute el papel de la Iglesia y el Estado en el desarrollo de las sociedades latinoamericanas. El texto también aborda el tema de la desigualdad social y económica que persiste en la región. El autor analiza el proceso de la independencia y el surgimiento de las naciones modernas en América Latina. Se discute el papel de la Iglesia y el Estado en el desarrollo de las sociedades latinoamericanas.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTA OBRA.

	<u>PÁGINAS.</u>		<u>PÁGINAS.</u>
Proemio	1	Roque Miranda (Rigores) . . .	193 —
Anales de la lidia de reses bra- vas desde su más remota antigüedad hasta nuestros dias.	9-	Manuel Lucas Blanco.	197 —
Galería Biográfica.	129-	Francisco Montes (Paquilo). . .	201
Juan y Pedro Palomo.	132-	D. Rafael Perez de Guzman. . .	210
Manuel Bellon (el Africano). . .	133	Juan Yust.	214
Martin Barcáiztegui (Martin- cho).	134-	Juan Pastor (el Barbero). . . .	221 —
Francisco Romero.	135-	Juan Martin.	225 —
Joaquin Rodriguez (Costilla- res).	138-	Isidro Santiago (Barragan). . .	230 —
Pedro Romero.	142	Francisco Arjona Guillen (Cú- chares).	232
José Romero.	145-	José Redondo (El Chiclanero). .	242 —
Antonio Romero.	146-	Antonio Luque (El Camará). . .	251 —
José Delgado (Hillo).	147-	Manuel Diaz (Labí).	253
Gerónimo José Cándido.	153-	Juan Lucas Blanco.	257 —
Francisco Herrera Rodriguez. . .	157	Cayetano Sanz.	262
José Ulloa.	163-	Manuel Trigo.	266
Antonio Ruiz (el Sombrero). . .	168-	Julian Casas (el Salamanqui- no).	270
Francisco Gonzalez (Panchon). . .	173-	Manuel Dominguez.	274 —
Juan Jimenez (el Morenillo). . .	177-	José Rodriguez (Pepete). . . .	279
Manuel Parra.	181-	Antonio Sanchez (el Tato). . .	283
Juan Leon.	185-	José y Manuel Carmona.	291 —
		Antonio Carmona.	295
		Reseña de ganaderías y divi- sas.	313

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTA OBRA.

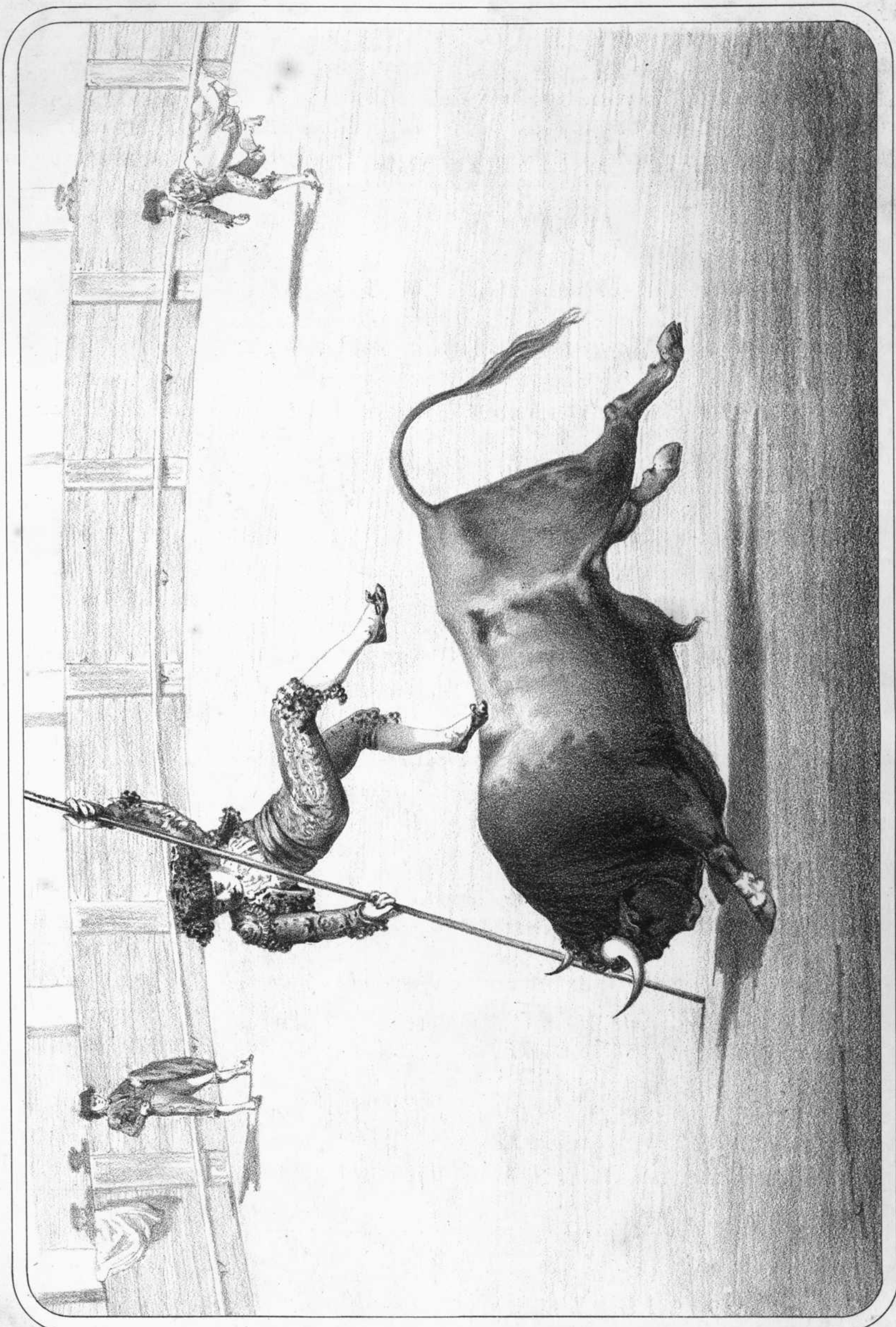
Paginas.	Paginas.
183	Proemio
187	Annales de la hidra de reses puz-
201	vas desde su mas remota
210	antigüedad hasta nuestras
214	diar
221	Galeria Biografica
225	Juan y Pedro Palomo
230	Mannel Bellon (el Africano)
	Martin Barcaxitegui (Martin-
232	cho)
242	Francisco Romero
251	Joaquin Rodriguez (Costilla-
255	res)
257	Pedro Romero
262	José Romero
266	Antonio Romero
	José Delgado (Hijo)
270	Gerónimo José Cardido
274	Francisco Herrera Rodriguez
279	José Flores
283	Antonio Ruiz (el Sombrero)
291	Francisco Gonzalez (Ranchon)
295	Juan Jimenez (el Morcuello)
	Mannel Parra
313	Juan Leon
	Resena de ganaderias y divi-
	sas



RAFAEL MOLINA, LACARTIJO.



MANUEL FUENTES (BOCANEGRA)

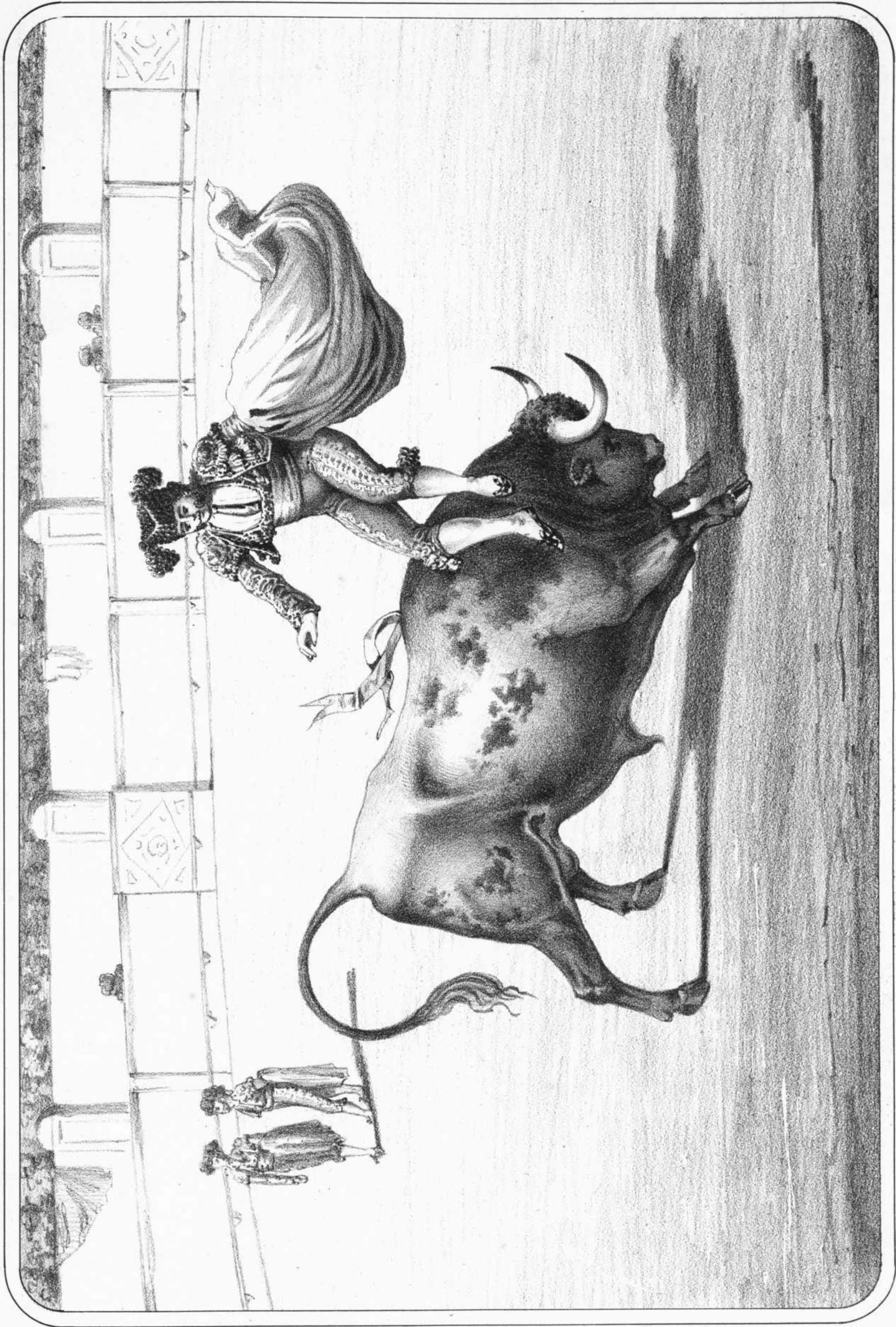


J. Riquelme del.

SALTO DE GARROCHA.

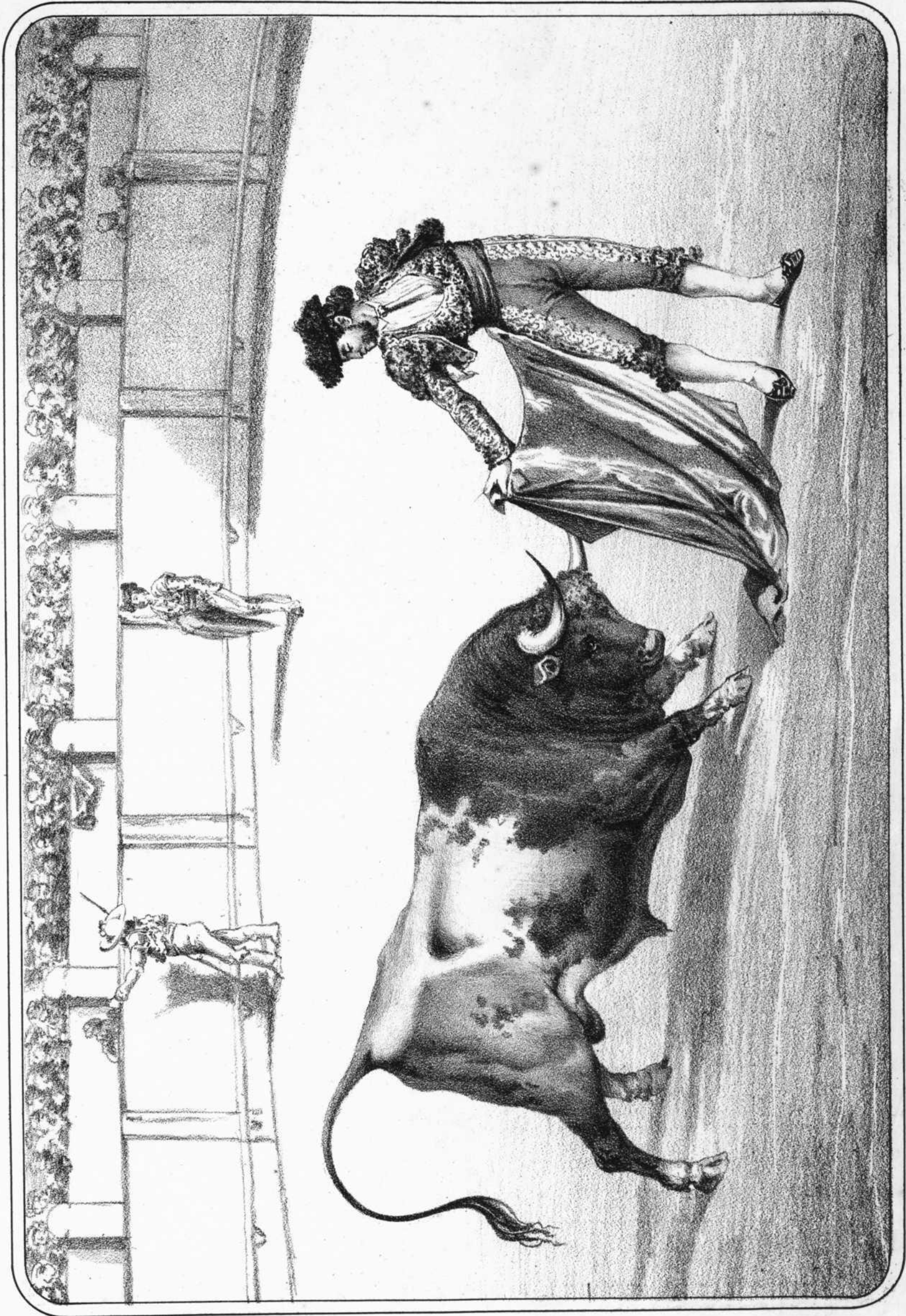
J. Chacoy del.





Engel's Art

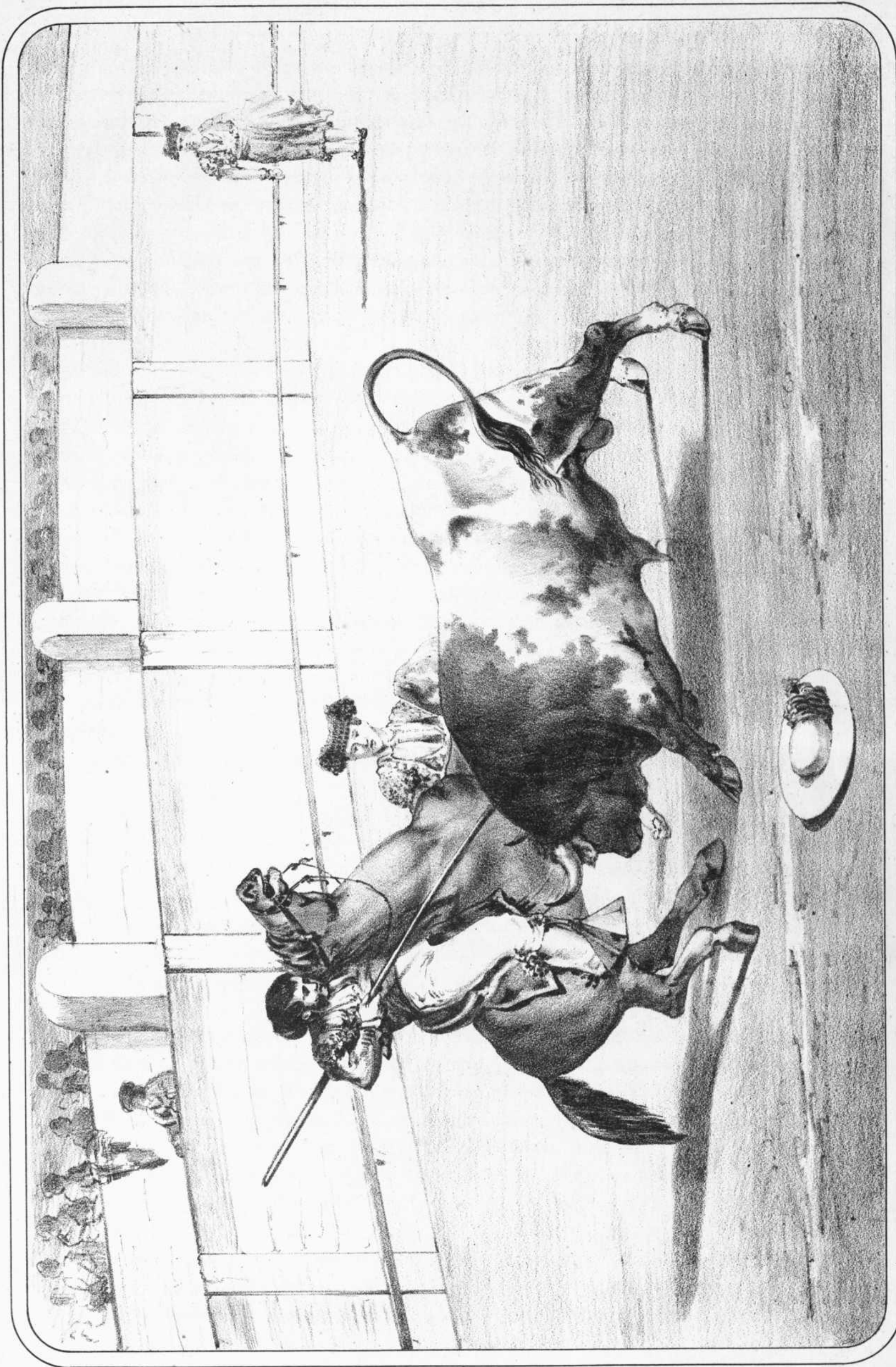
SUERTE DEL TRASCUERNO.



J. Baquero del.

J. Chaver del.

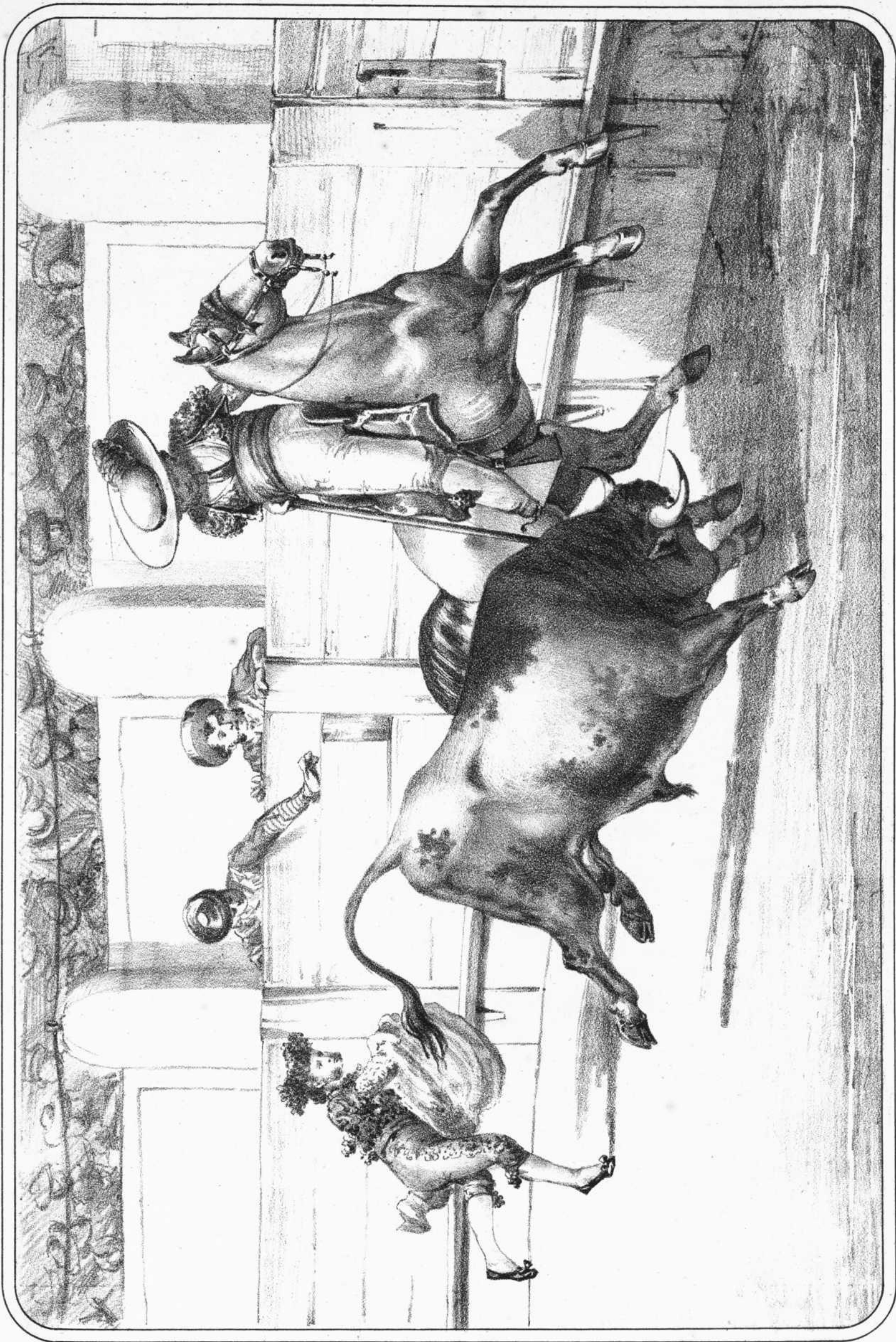
CAPEO POR DETRAS.



J. Riquelme, del.

J. Chaves del.

CENTRO DE UNA SUERTE DE VARA.

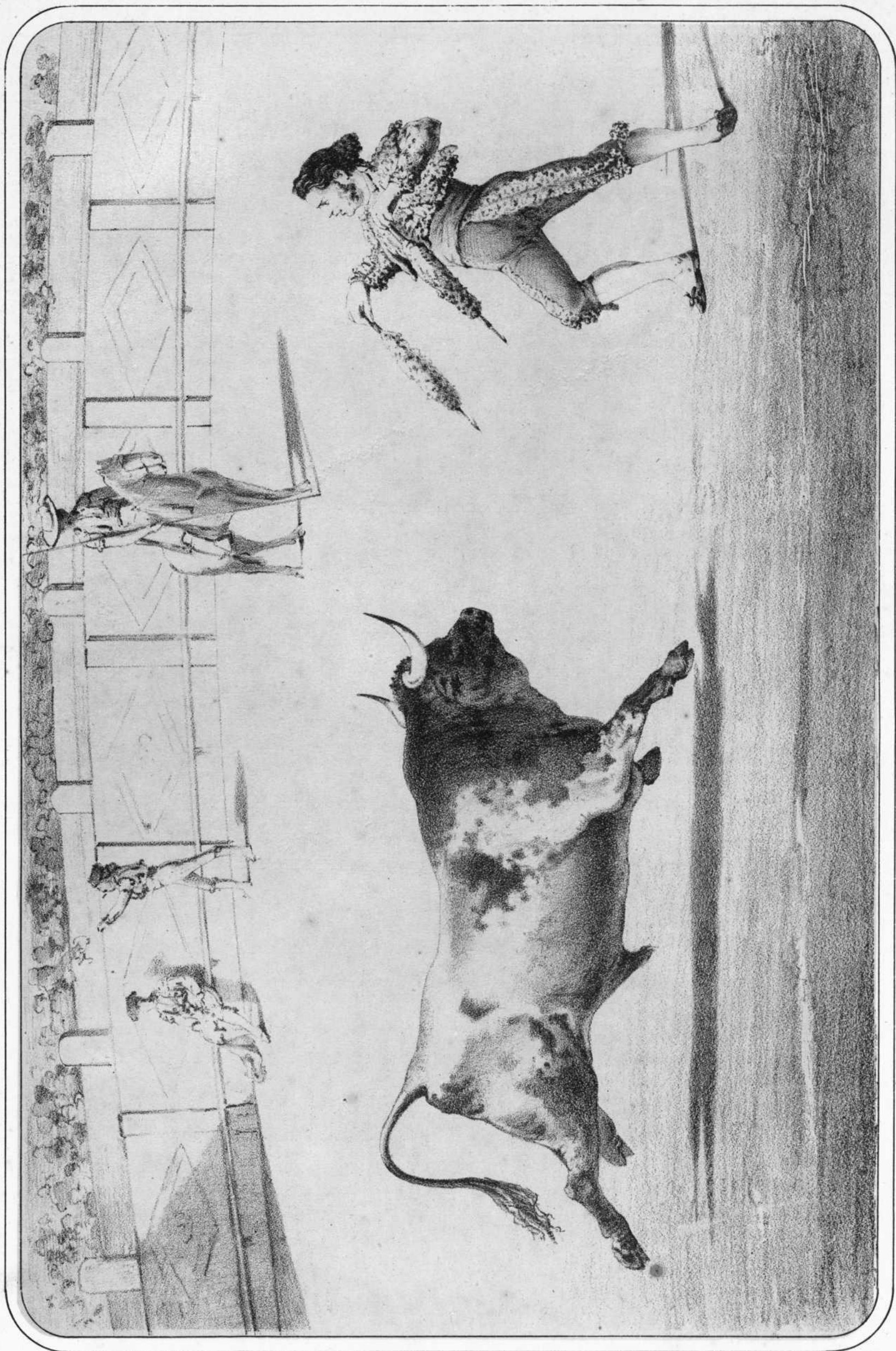


Chavez del

RECARGA EN SUERTE DE VARA

J. Chavez del

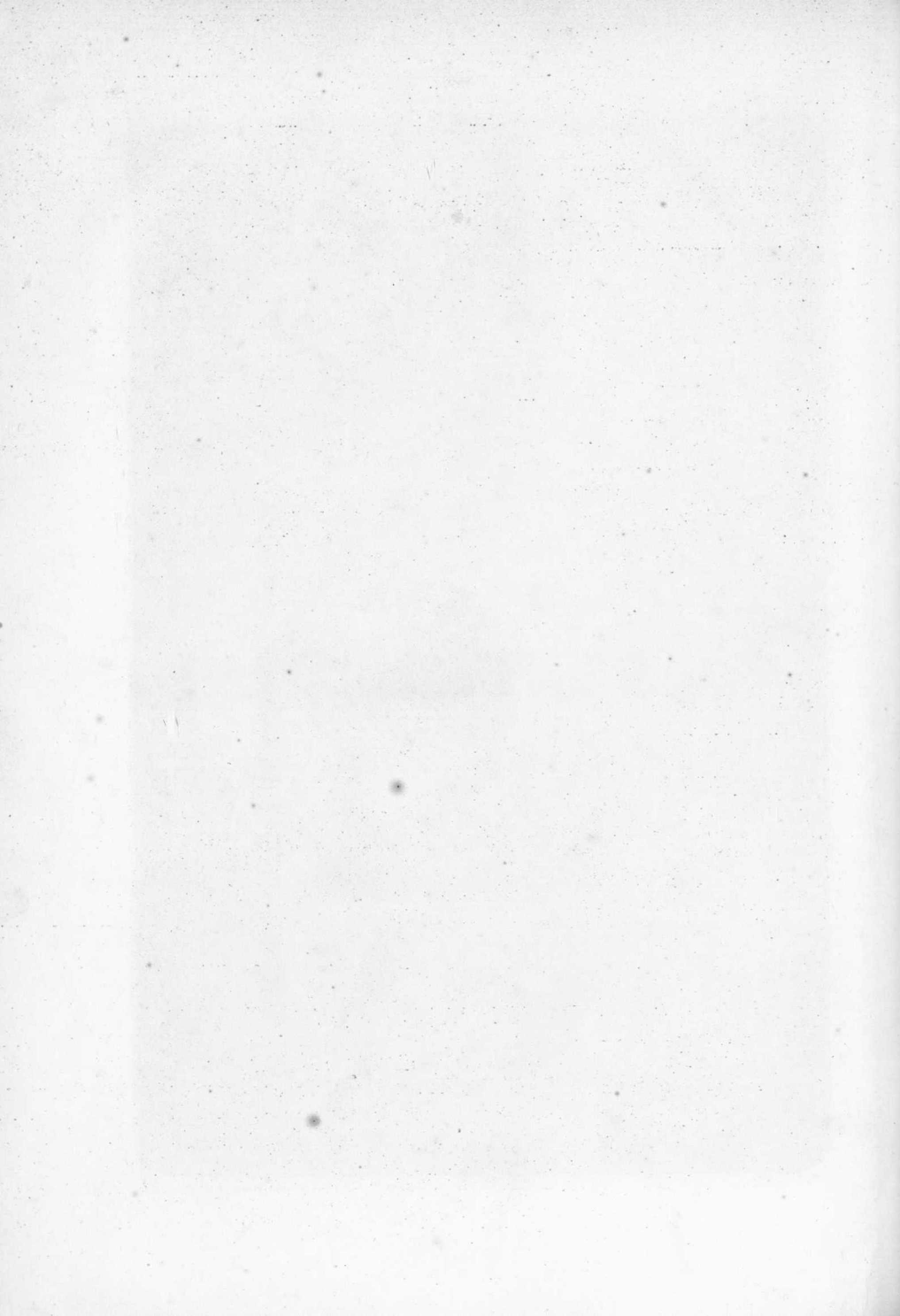


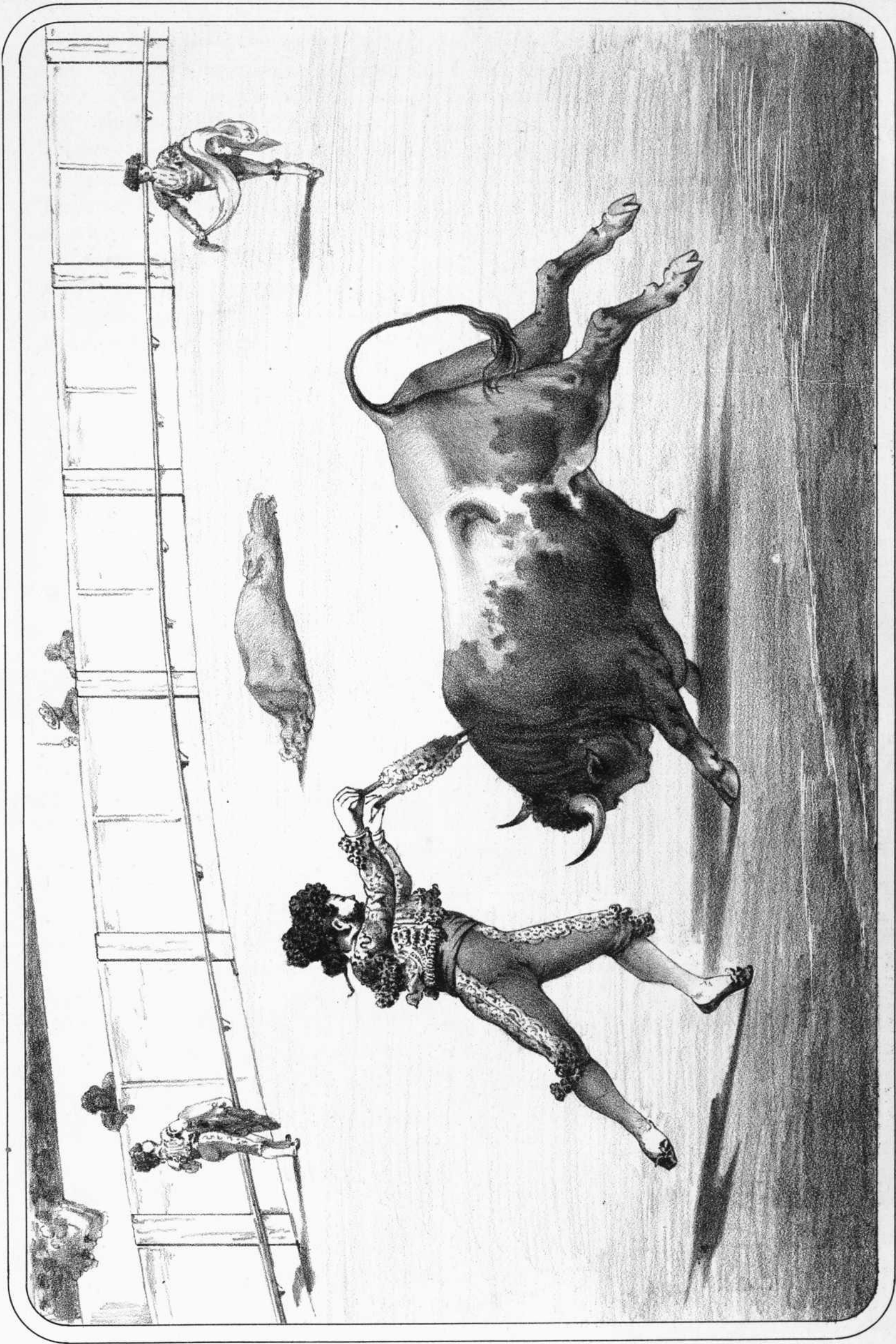


J. Rayner, del.

J. Chauvis, esc.

CITE DE BANDERILLAS DE FRENTE.

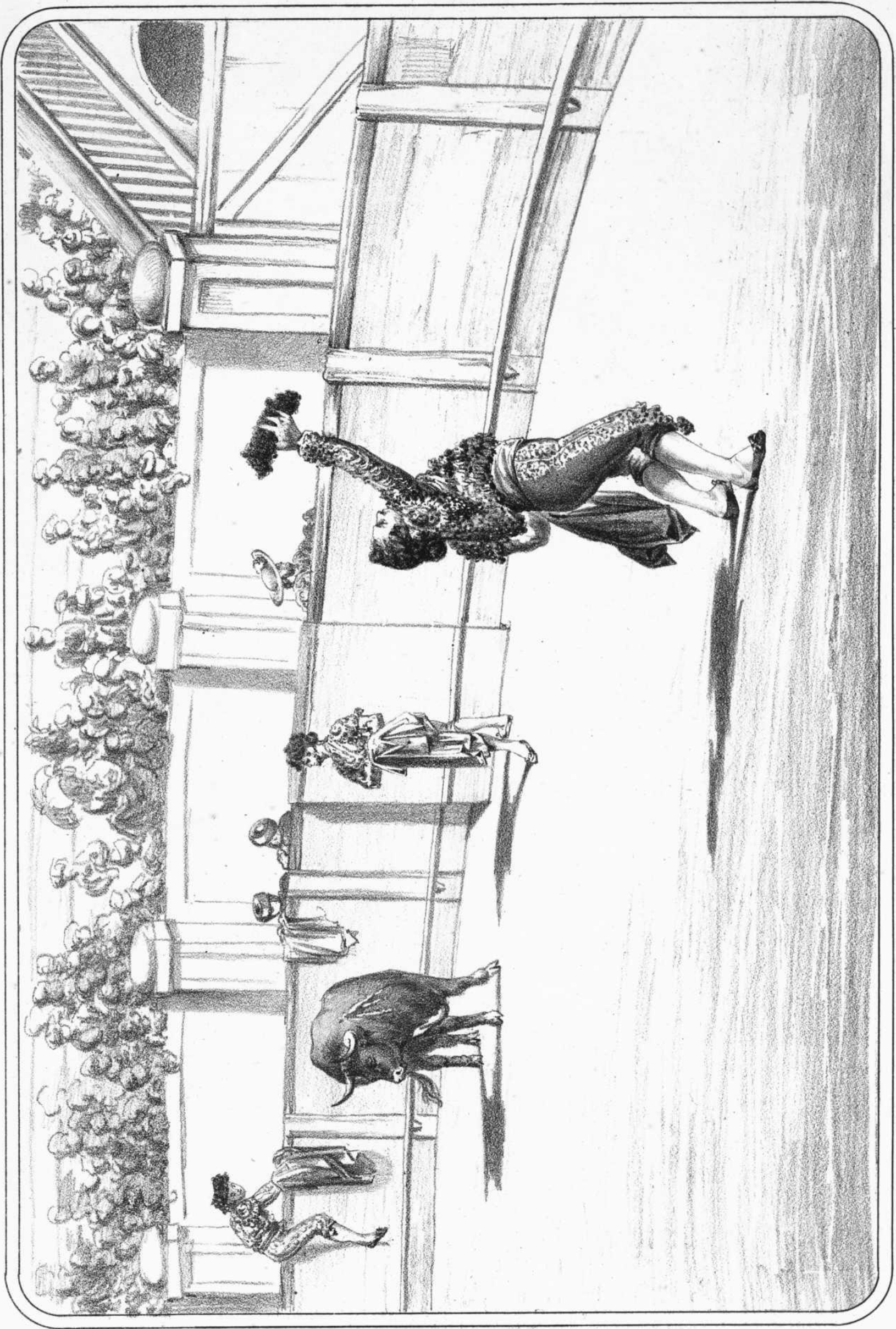




J. Raquero del.

SUERTE DE BANDERILLAS CUARTEANDO

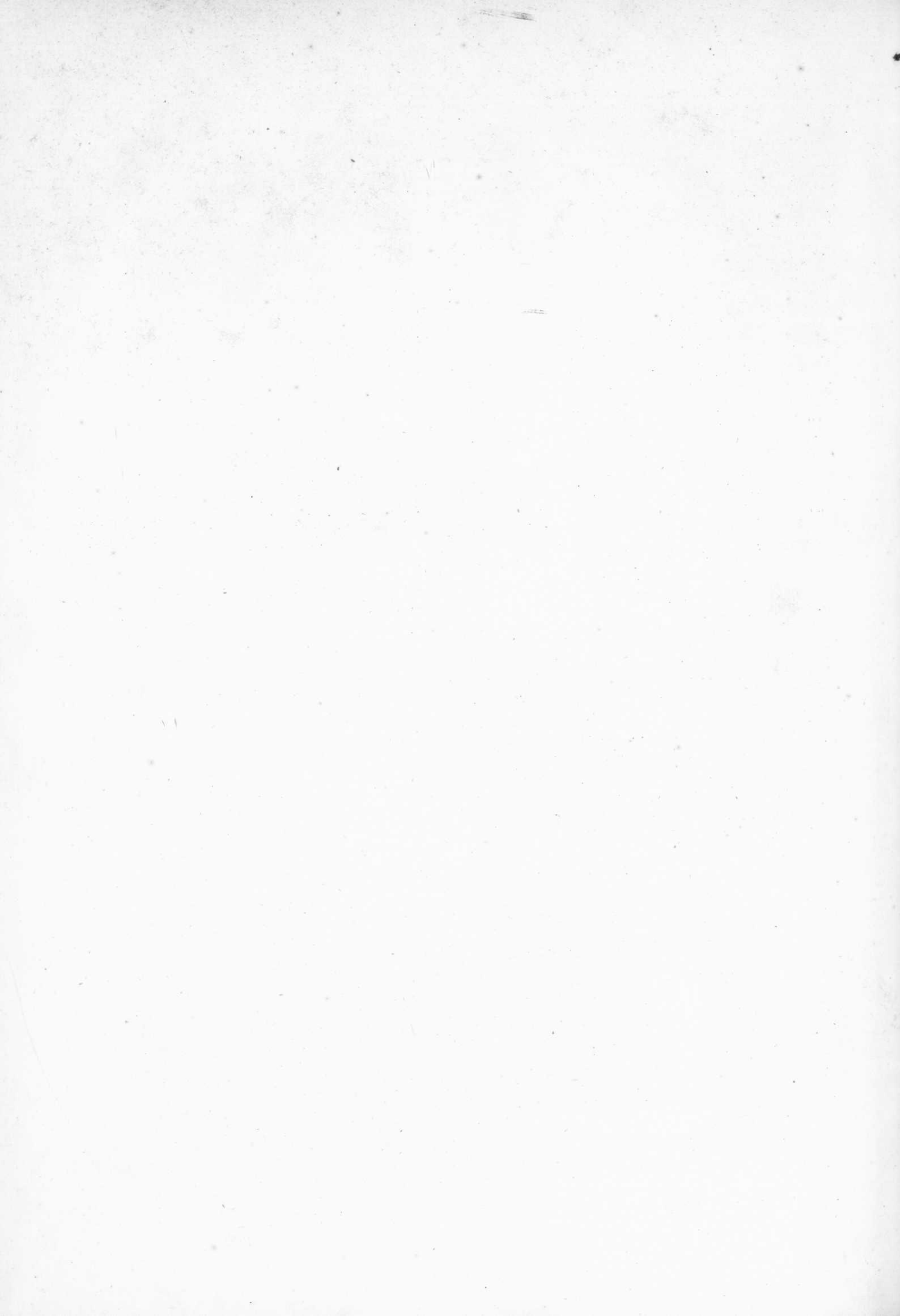
J. Chaves del.

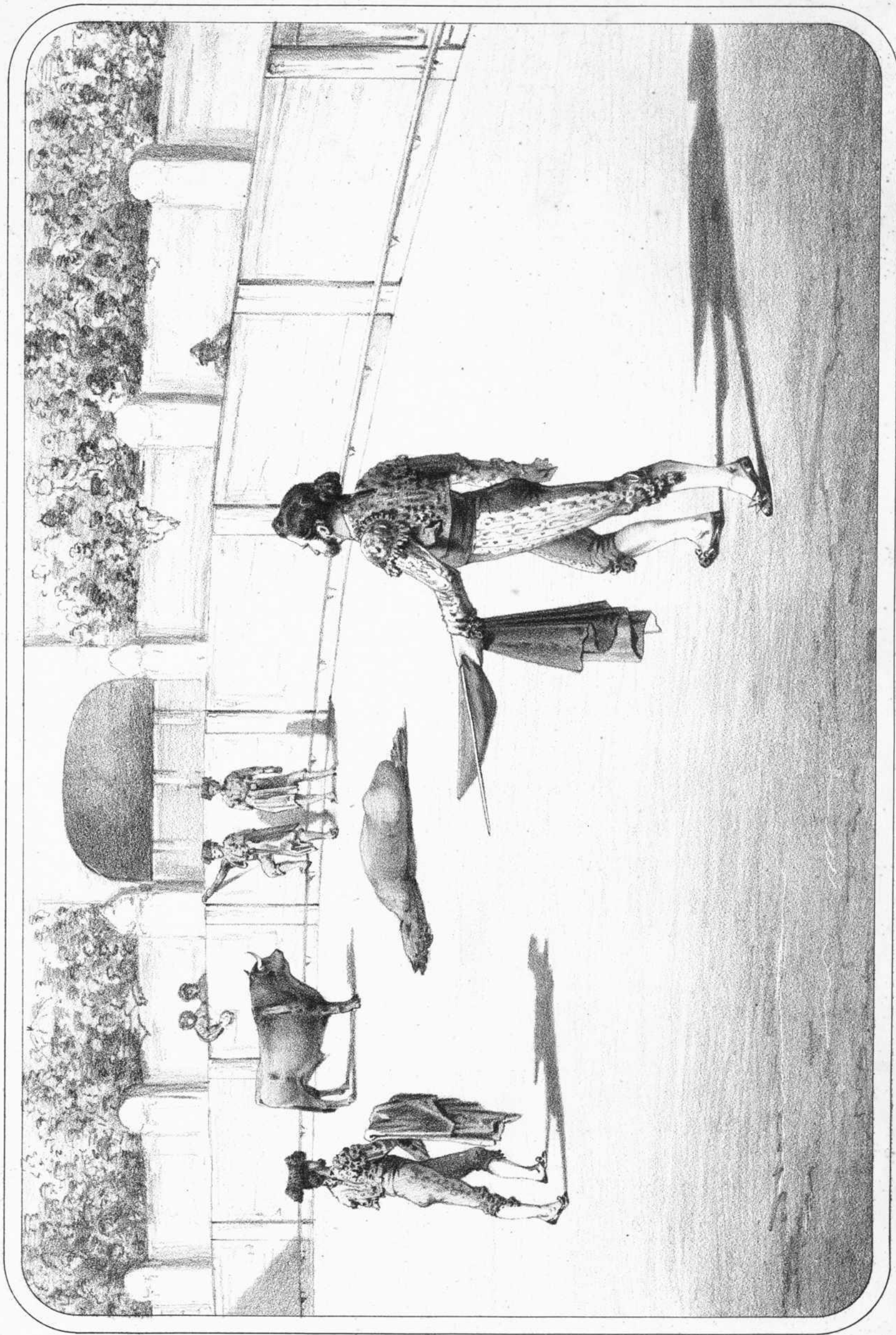


J. Sanguinetti del.

J. Sanguinetti del.

BRINDA EL DIESTRO.

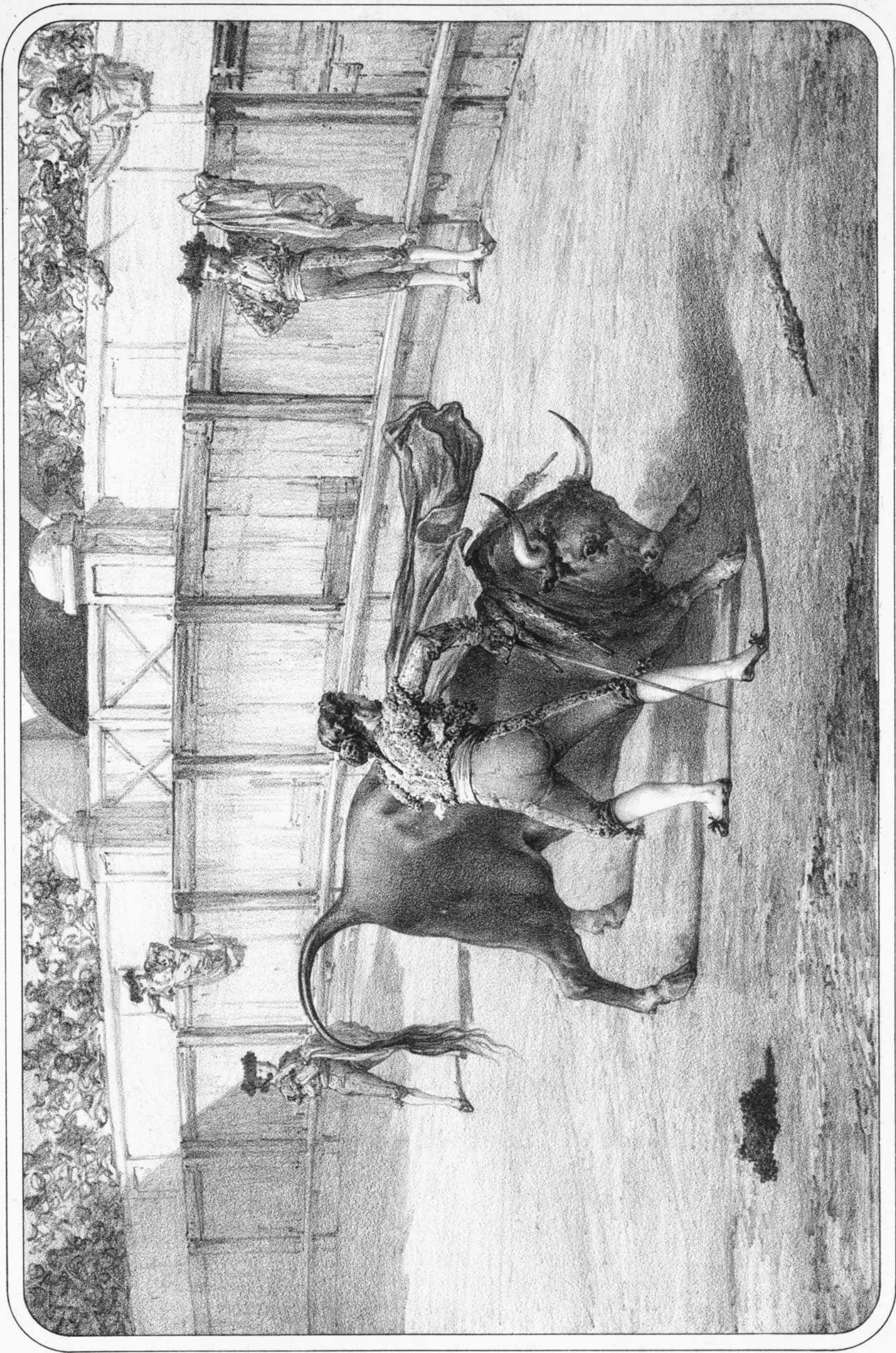




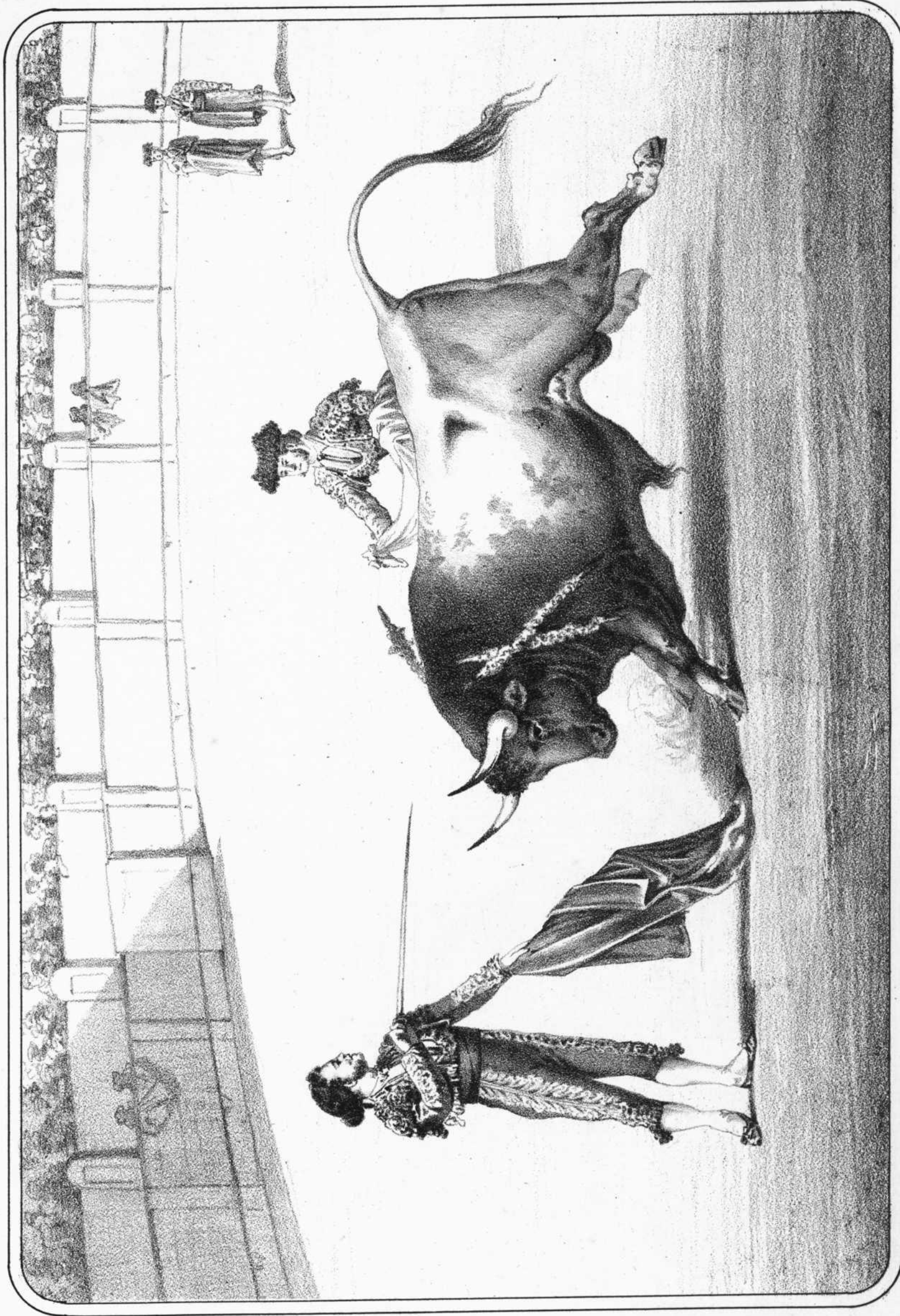
J. Chavez, del.

J. Bascopio, lit.

EL DIESTRO SE DIRIJE A MATAR EL TORO.



SUERTE DE MULETA CAMBIANDO.



J. Ruysdael 1878

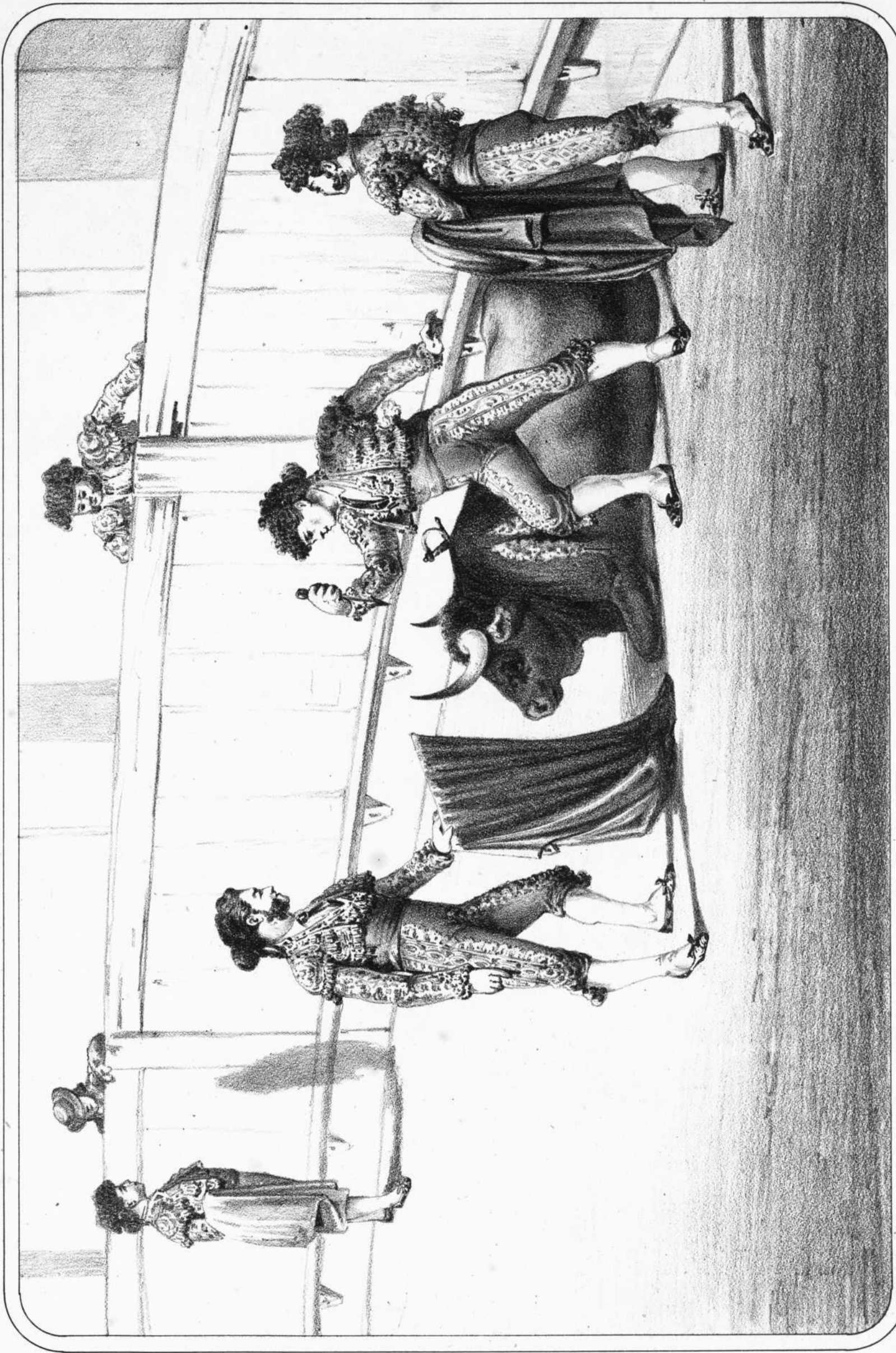
J. Chavex 1878

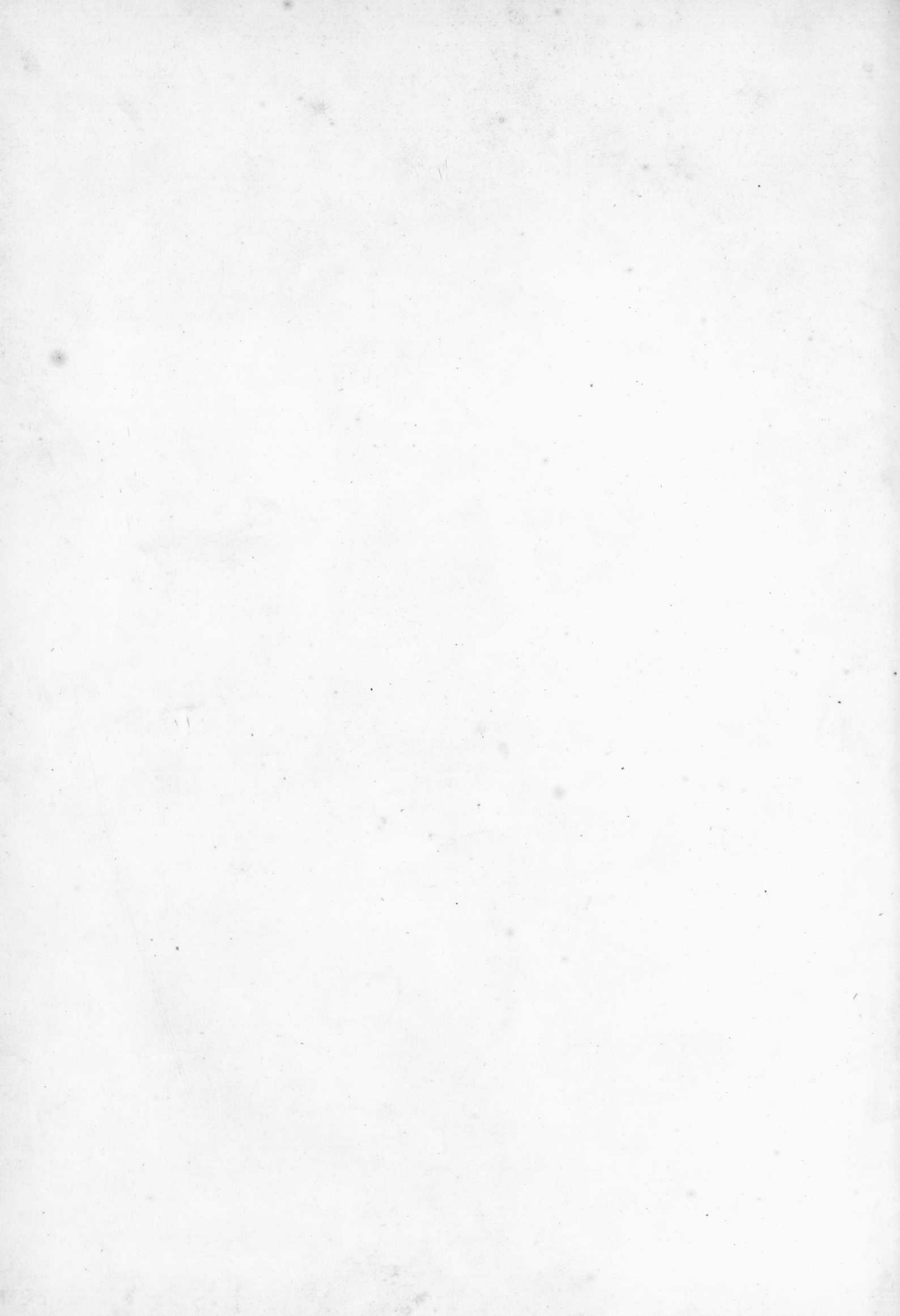
SUERTE DE RECIBIR.

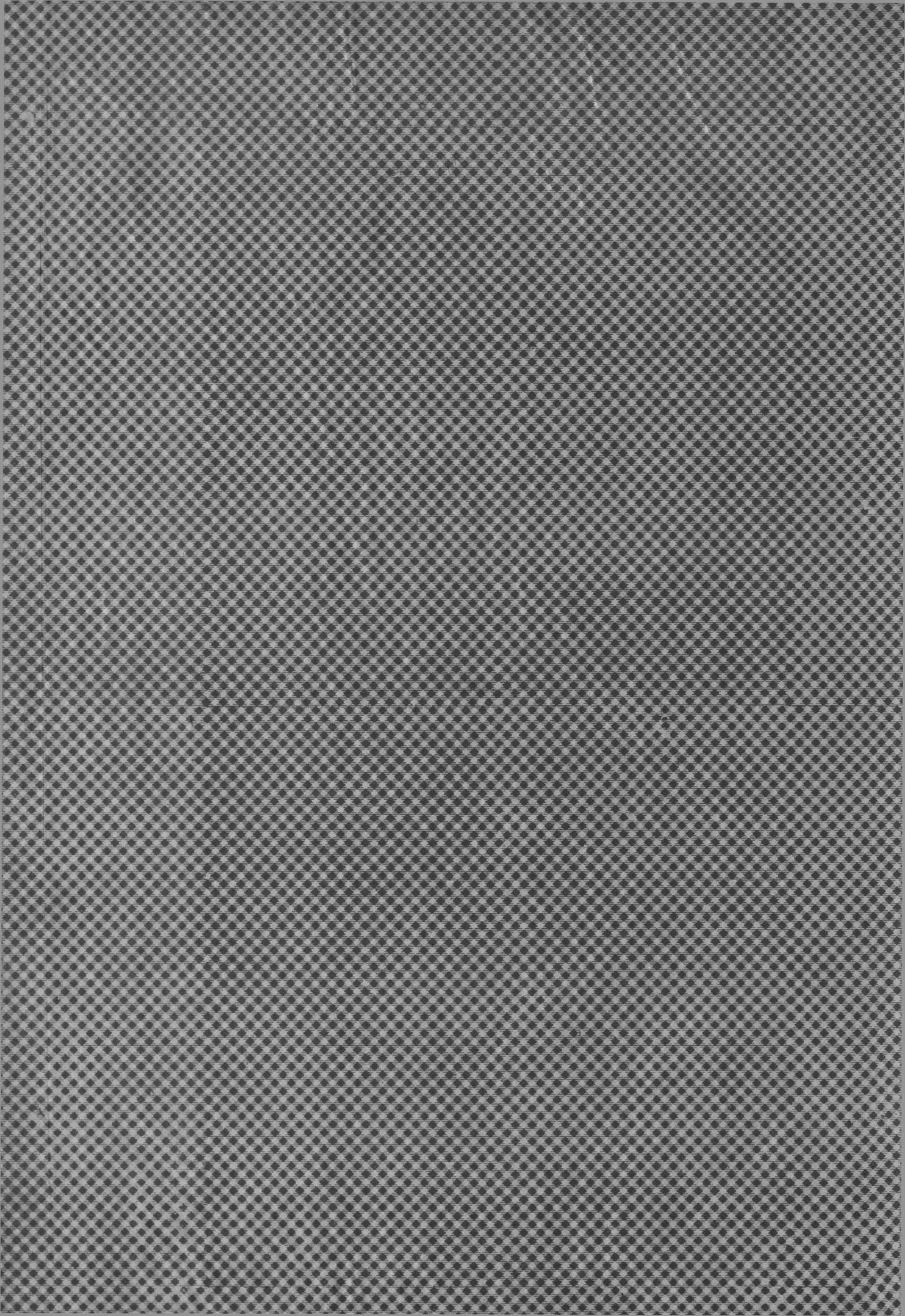
Santiago del

J. Chaviz del

PUNTILLA.



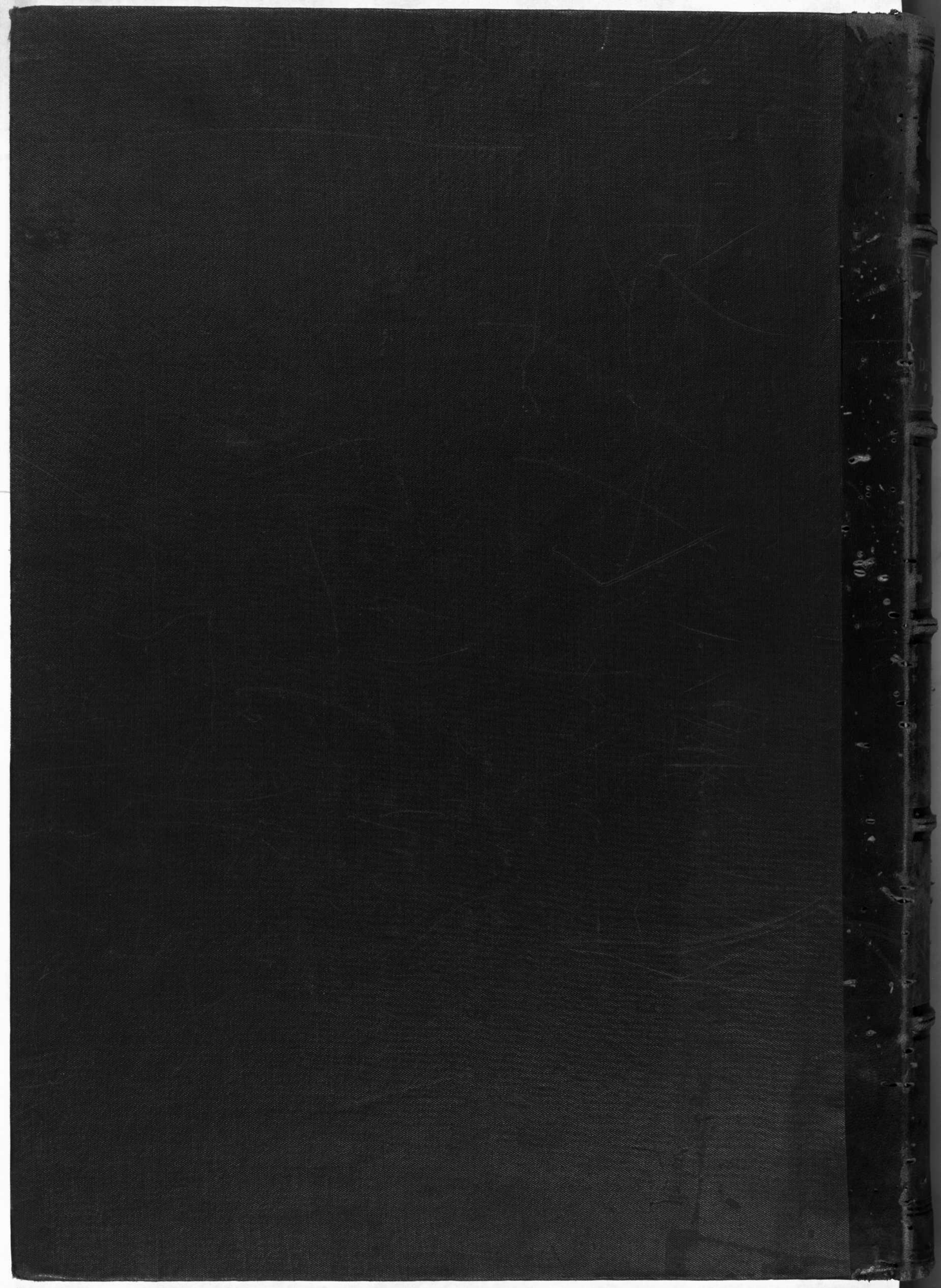




MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Número.	496	Precio de la obra.....	Pesetas
Estante .	2	Precio de adquisición..	
Tabla...	2	Valoración actual.....	
		Número de tomos.	



496.

VELAZQUEZ

ANALES

DEL TOREO